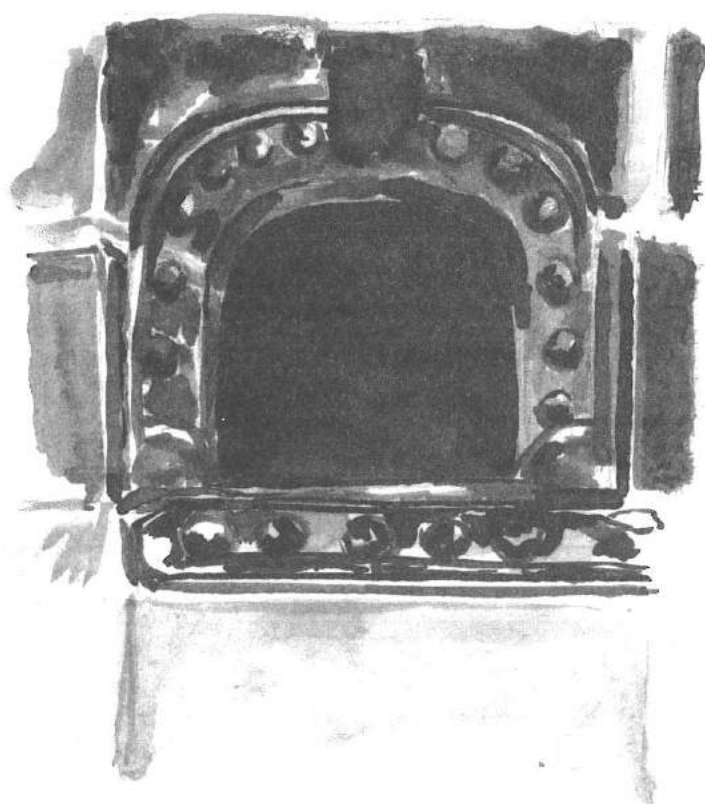


# Aranda varada en la memoria

José Luis Hernando Garrido



Fotografías: Archivo de Máximo López Sanz

BIBLIOTECA 15  
ESTUDIO E INVESTIGACIÓN

AYUNTAMIENTO DE ARANDA DE DUERO  
2000



# NI TE MENEES: LA PARALIZANTE MIRADA DE LAS GORGONAS

Cada foto que yo miraba era una interrogación, una posible historia de alguien a quien yo no conocía pero que tenía mucho que ver conmigo, que había vivido tal vez en la misma casa que yo en el tiempo anterior a mi vida o a mis primeros recuerdos".

Poco sabemos sobre historia de la fotografía en Aranda. Apenas nada. Es un trabajo que está por hacer<sup>2</sup>. Rastrear entre los incunables fotográficos, investigar sobre la arribada de los profesionales transeúntes, tomar el pulso a los viejos retratistas locales con estudio propio y aquilatar la posible influencia de las misiones fotográficas de fines del siglo pasado.

Resultarán sin duda materiales de complejo oteo -porque haberlos haylos- aunque a buen seguro sigan durmiendo el sueño de los justos en los fondos de tantos domicilios privados, archivos particulares y en otros públicos bastante más pelágicos (Archivo del Monasterio de Silos, Fototeca del *Palacio Real* de Madrid, *Biblioteca Nacional*, *Foto-Club* de Burgos, Archivo Carrascosa de la *Diputación Provincial de Soria*, Instituto Diego Velázquez del CSIC, Fototeca de Castilla y León, Archivo Fotográfico del *Instituto de Conservación y Restauración de Bienes Culturales* de Madrid, Archivo Mas o Amatller de Arte Hispánico) y éso, por citar sólo algunos de fronteras adentro.

<sup>1</sup>-Antonio MUÑOZ MOLINA, "La vida entera en blanco y negro", en Publio LOPEZ MONDEJAR, *Fotografía y sociedad en la España de Franco. Las Fuentes de la Memoria. III*, Madrid, 1996, p. 7.

<sup>2</sup>-Entre las escasas excepciones para el caso castellano-leonés vid. Kurt HIELSCHER, *La España incógnita. Arquitectura, paisajes, vida popular*, Barcelona, 1921; *Castilla y León 1880-1985. Imágenes de la otra historia. Fotografías*, Salamanca, 1986; Ricardo GONZALEZ, *Luces de un siglo. Fotografía en Valladolid en el siglo XIX*, Valladolid, 1990; Francisco QUIROS LINARES, *Las ciudades españolas en el siglo XIX*, Valladolid, 1991; José Luis MARTIN GARCIA y Juan José PASCUAL LOBO, *Archivo fotográfico del padre Benito de Frutos*, Segovia, 1992; Ricardo GONZALEZ PABLO, "Historia de la fotografía en Castilla y León", en *Historia de la fotografía española 1839-1986. Actas del I Congreso de Historia de la Fotografía Española*, Sevilla, 1986, pp. 167-180; id., "Introducción y generalización de las técnicas fotográficas en Castilla y León", *Revista de Historia de la Fotografía Española*, nº 4 (1992); id., *Segovia en la fotografía del siglo XIX*, Segovia, 1997. Enrique DE SENA MARCOS, *Salamanca en las fotografías de Venancio Gombau*, Salamanca, 1991; Tatana RUÍZ ANSEDE, *Cándido Ansede. Fotógrafo de Salamanca: con la opinión coloreada de Franja Fotográfica*, Salamanca, 1991; Maite CONESA, *José Nuñez Larraz. Seis décadas de fotografía*, Valladolid, 1993; Adelino PÉREZ LÓPEZ-BOTO y Valentín GONZÁLEZ CARRERA, *Album del Bierzo*, León, 1994. *Memoria gráfica de Burgos. Tom. I: 1936 - 1959. Archivo de Foto Fede*, Burgos, 1994. Para el conjunto de la fotografía española vid. Lee FONTANELLA, *La Historia de la fotografía en España desde sus orígenes hasta 1900*, Madrid, 1981; *La documentación fotográfica de la Dirección General de Bellas Artes y Archivos. J. Laurent. I*, Madrid, 1983; Publio LOPEZ MONDEJAR, *Cronica de la luz. Fotografía en Castilla-La Mancha. 1855-1936*, Madrid, 1984; Gerardo KURTZ e Isabel ORTEGA (dir.), *150 años de fotografía en la Biblioteca Nacional*, Madrid, 1989; Jaume FABRE, *Historia del fotoperiodisme a Catalunya 1885-1976*, Barcelona, 1990; Juan Miguel SANCHEZ VIGIL y Manuel DURAN BLAZQUEZ, *España en Blanco y Negro*, Madrid, 1991; id., *Historia de la fotografía taurina*, Madrid, 1991; Publio LOPEZ MONDEJAR, e *Historia de la fotografía en España*, Barcelona, 1997; *La fotografía pictoralista a Espanya. 1900-1936*, Barcelona, 1998; Rafael DOTOR, *Una historia (otra) de la fotografía*, Madrid, 2000. Y muy especialmente los excelentes trabajos monográficos de Publio LOPEZ MONDEJAR, *Las fuentes de la memoria. Fotografía y sociedad en la España del siglo XIX*, Madrid, 1989; id., *Las fuentes de la memoria II. Fotografía y sociedad en España, 1900-1939*, Madrid, 1992; id., *Fotografía y sociedad en la España de Franco. Las fuentes de la memoria. III*, Madrid, 1996; id., *Madrid. Laberinto de memorias (Cien años de fotografía, 1839-1936)*, Madrid, 1999.

<sup>3</sup>-Sobre historias locales y regionales de la fotografía de muy diverso género vid. *Almansa. Imágenes de un pasado (1870-1936)*, Albacete, 1985; P. ANGUERA, A. ARNAVAT y X. AMOROS, *Historia gráfica del Reus contemporani*, II toms., Reus, 1987; Matilde MURO CASTILLO y M<sup>a</sup> Teresa P. ZUBI-ZARRETA, *La memoria quieta. La fotografía en Trujillo hasta 1936*, Barcelona, 1987; Jesús RAMIREZ COPEIRO DEL VILLAR, *Valverde a través de la fotografía (1840-1940)*, Huelva, 1987; Bernardo RIEGO, *Cien años de Cantabria a través de sus fotografías*, Barcelona, 1987; Carlos TEIXIDOR CARDENAS, *La fotografía en Canarias y Madeira. La época del daguerrotipo, el colodión y la albimina 1839-1900*, Madrid, 1988; *Granada en la fotografía del siglo XIX*, Granada, 1992; Jesús ROCANDIO, *Cien años de fotografía en la Rioja*, Logroño, 1992; Juan Antonio FERNANDEZ RIVERO, *Historia de la fotografía en Málaga durante el siglo XIX*, Málaga, 1994; Lee FONTANELLA y M<sup>a</sup> de los Santos GARCIA FELGUERA, *Fotografos en la Sevilla del siglo XIX*, Sevilla, 1994; *Imágenes vividas. Historia fotográfica de Almodóvar del Campo (1867-1967)*, Ciudad Real, 1995.

Una villa de paso, permanentemente frecuentada por los viajeros, con línea de ferrocarril inaugurada en 1895 y con temprana afición por las placas de cristal, las emulsiones y los líquidos de revelado, ha debido dejar muchas pistas que es necesario reunir, incluso asumiendo formas y técnicas detectivescas. Un apasionante trabajo que cuenta con escasos precedentes locales y sin duda interesará a los jóvenes investigadores<sup>3</sup>.

Lo que aquí presentamos está muy lejos de intuirse como una historia de la fotografía arandina, ni siquiera llegaría a la altura de apunte abocetado, trazado con groseros dedos grasientos. Nos limitamos más bien a exponer una colección de impresiones que tan generosamente ha puesto a nuestra disposición la familia de Máximo López, ángel custodio de un singular archivo. Va acompañada de un sucinto relato donde se repasan algunos avatares de la historia arandina, sirviendo de desgarbado guión a tan singular fotomontaje.

La colección fotográfica se inicia hacia las dos últimas décadas del siglo pasado y tiene continuidad hasta 1960. Presentación que sin seguir un orden cronológico estricto, responde más bien al objetivo de ofrecer un mosaico heterogéneo donde se mezclan reconocibles vericuetos urbanos, testimonios monumentales, efemérides y festejos al rebufo de las gentes, sus atuendos, sus costumbres y sus rostros. ¿Qué sería de los escenarios sin sus protagonistas?. Figurines, las más de las veces anónimos. Paseaban o posaban sin apenas sospechar que muchas décadas después aparecerían en los papeles. Personajes de carne y hueso que alguien tuvo la osadía de retratar para convertirlos en vaporosos fantasmas, imprecisas áuras de antepasados que apenas han conseguido inmortalizar sus siluetas. Niños pelones que ahora son venerables ancianos o peor aún, mudos epitafios entre austeros nichos de camposanto. Nos queda la palabra, pero también la imagen, congelada y poderosamente retínica, cruel y enternecedora a la par.

Para reconocer los retratos de fines del siglo pasado, de aquellos sexagenarios bigotudos de piel cetrina, de aquellas obesas señoronas refajadas y molletudas, es necesario olfatear sabuesamente entre los daguerrotipistas que incentivaron la fiebre del retratismo burgués, auténtica edad de oro de la foto de galería y de la *carte-de-visite*, permitiendo el desarrollo de un fenómeno tan curioso como el de la *cartomanía*. Eran años en los que un uno por ciento de la población -los más privilegiados- dominaban al noventa y nueve por ciento restante, años durante los que el analfabetismo superaba el setenta por ciento de los moradores del país.

Sólo unos pocos se retrataban en las sillas de pose: notarios y oficiales, jurisconsultos y funcionarios, obispos y autoridades. Una España caciquil que iba a presenciar la desaparición de los últimos reductos coloniales y meterse de lleno en las guerras rifeñas, llevando al matadero a toda una generación de jóvenes reclutas. Los *noventayochistas* no serían tantos y la enseñanza pública se encontraba en una situación penosísima.

La aparición de las primeras cámaras *Kodak* de cajón (su *slogan* publicitario *you press the button, we'll do the rest* tuvo verdadera repercusión), hoy auténticas antiguallas fervorosamente buscadas por los coleccionistas, permitieron que la práctica del nuevo arte fuera popularizándose y entusiasmando a muchos, surgiendo los valientes *amateurs* y alguna que otra sociedad fotográfica. Los elitistas tiempos de Daguerre, Chevalier, Niepce y Fox Talbot habían pasado a la historia y el rito de congelar la imagen iba democratizándose de forma progresiva.

No sabemos si Clifford, de viaje hacia el norte con sus más de 100 kilos de material cargado a lomos de mulas, congeló en alguna de sus placas isabelinas los paisajes y monumentos ribereños, es cuestión de paciente investigación. Como lo es espigar entre las instantáneas obtenidas por Bonnevide, Dubois, Marchetti, Belveder, Madame Ludovisi, Otmar Werlin, Atkinson, Poujade o Foncuebalud. Así como las de aquellos fotógrafos extranjeros de talante más etnográfico: el pictoralista escocés J. C. Annan, Keighley, Ruth Matilda Anderson, Otto Wunderlich y sobre todo Kurt Hielscher.

Entre los españoles que frecuentaron los caminos de Castilla y León estuvieron el gaditano Blanco, los madrileños Mariano Rodríguez y Martínez y Nieto, el ilustre manchego Casiano Alguacil, los vallisoletanos Peribáñez, Idelmón, Francisco Sancho Millán o Juan Hortelano, Cordeiro en León y el hábil acompañante de Clifford por tierras segovianas: Juan Pérez Galiano, además de Bernardo Maeso, Rafael Montes, Macario García, Manuel Picazo, los Unturbe y el padre Benito de Frutos, asentados junto a la ciudad del acueducto. Bregados todos ellos en el arte de congelarse las manos lavando cubetas durante las tardes de invierno y dejarse las yemas de los dedos en las afiladuras de las placas de cristal, originando con ello sangrientos positivados. Tanto avanzamos con el celuloide, los triacetatos y el poliéster que nos sentimos ahora ilusos pioneros. Atrevida es la ignorancia, atenazada entre sincopados obturadores que nos parecen lo más normal del mundo.

A primeros de siglo en el monasterio de Santo Domingo de Silos el padre Satorio González tomaba el relevo de los primeros fotógrafos benedictinos franceses que habían repoblado la casa allá por 1880, acompañando con su cámara sus inimaginables periplos. Al despuntar el siglo, practicaron el arte fotográfico en la ciudad del Arlanzón R. Gonzalo, Alfonso Padillo, Jaime de Colsa, J. Montes, Amando Rodríguez Velasco, Ruiz Zarzosa, el olvidado folklorista Justo del Río y, frecuentando la entonces inaccesible localidad serrana de Neila, Ricardo González.

Empezaba a aparecer otra categoría de retrato, el de los tipos populares, ensayado por fotógrafos ambulantes, verdaderos andariegos con carisma de feriantes. Practicaron un retrato muy distinto del acartonado acuñado por los estudios profesionales, más fresco, menos pomposo y académico. Singulares personajes que nos recuerdan a los viajeros extranjeros que como el vizconde Vigier, Tenison, Laurent y Levy, habían realizado los famosos *tours* a fines del siglo XIX.

Los fotógrafos itinerantes del primer cuarto del siglo XX montaban sus estudios en cualquier patio, corral, atrio de la iglesia o en plena calle. Retrateros que realizaban su trabajo en penosas condiciones e incorporaban toda suerte de ingenuos decorados: maceteros, sillas, pedestales, esquirradas escayolas clásicas, sábanas grandilocuentes y cómicos cartelones troquelados. Fotografiaban de nueve de la mañana a cinco de la tarde, cuando la luz solar era capaz de impresionar las placas convenientemente emulsionadas y aseguraban devolver los cuartos si el cliente no se sentía satisfecho. Los avances técnicos en forma de procedimientos de revelado más sencillos, placas secas y papeles de gelatino-bromuro, facilitaron sobremanera el trabajo y así, el profesional transeúnte siguió surcando estaciones de ferrocarril y casas de postas, con el calendario festivo en cualquier bolsillo del zurrón.

Si tirásemos de las fotos de familia que guardamos en los cajones tal vez sería factible una verdadera reconstrucción arqueológica de aquellas jornadas veraniegas rondadas por los minutereros. El fotógrafo se había convertido, junto al feriante de la casetilla de chucherías, el quincallero, el ciego de la guitarra, los cómicos y los titiriteros, en una pieza más del paisaje humano que singularizaba las fiestas patronales. Sin duda que aún se conservarán fotos de imágenes piadosas, fotos *ex-voto*, fotos de difuntos, de colegio, de cofradías y orquestas, de clérigos recién ordenados y de soldados con permiso más retiosos que un palo. Nos llevaríamos gratas sorpresas.

Los ambulantes vendían las impresiones en fondas, mesones y cantinas, liquidando con los amos a su regreso y, si había suerte, colando las *foto-noticias* en reportajes para las revistas ilustradas. Otros fotógrafos urbanos la emprendieron con el reporterismo, cubriendo mítines políticos, viajes oficiales, corridas de toros, paradas militares, trincheras, penales, obras públicas, fábricas e incluso públicas ejecuciones.

El primer tercio de siglo trajo la moda de la tarjeta postal, grandes series de vistas coleccionables tiradas en fototipia al principio y más tarde en huecograbado, litografía y hasta en cromolitografía. Y además de los pueblos españoles, se vendían bien las escenas taurinas y deportivas, las ferroviarias, las efigies de los políticos y militares africanistas, los trajes regionales y los retratos de artistas, *vedettes* y miembros de las emperifolladas casas reales. Son las entrañables imágenes publicadas por Thomas, Hauser y Menet, Moreno, Mas y Roisin, amén de las producidas por docenas de fotógrafos locales -y no sólo por los famosos Alfonso, Franzen y Káulak- que tuvieron entusiastas compradores entre una burguesía deseosa de lucir su *status*, que se carteaba y empezaba a viajar, nacía así la fotografía turística.

A pesar de todo, el retrato popular nunca decayó, especialmente tras la postguerra, cuando tantas familias españolas, salpicadas por la muerte de sus seres queridos, el exilio, la cárcel, los seminarios y la emigración intentaban

recomponer una dolorosa geografía afectiva que hoy sigue estremeciéndonos<sup>4</sup>. La fotografía funcionaba entonces como analgésico contra el olvido y la fatalidad. Augustas aras de lares, presidiendo rancias alcobas y comedores llenos de moscas.

Con la apertura hacia el mundo llegó la cotidianidad fotográfica. Al alcance de casi todos estaba el adquirir una máquina de retratar y emular a los profesionales. Bendición que nos hizo mirar con proverbial y sana envidia hacia las grandes capitales del estado, hacia el reporterismo y hacia los fotógrafos creativos que creían religiosamente en la artísticidad del medio.

Aunque tarde, volvimos a reconocer la validez de las vanguardias, valorar en su justa medida las añoranzas del revenido *pictoralismo*, ponernos al día de lo que se hacía allende el Pirineo y sorber en apenas unos pocos veranos la increíble calidad de los fotógrafos españoles, o al menos eso pensamos algunos, entusiastas y aficionados que durante las madrugadas gomellanas, al montar la exposición con las instantáneas seleccionadas del concurso fotográfico, nos empapamos de gomas bicromatadas, papeles baritados y *cibachromes* tan imponentes como los pavimentos del mármol más resbaladizo. Acariaciamos todas las pulsiones y tomamos la tensión a todas las tendencias. Con el paso de los años, rebuscando entre libros y revistas especializadas, descubrimos que por nuestras impúdicas manos habían pasado algunos trabajos de los mejores fotógrafos del país. Enfoques, composiciones, encuadres, planos y ambientes que siguen pululando por el continente de la sesera.

La maldita imagen paralizada nos sigue subyugando, agazapada en la línea de meta de la etapa reina del *Tour* de Francia, componiendo geniales poemas visuales o cazando la escena irreplicable, sin trampas ni cartón.

Documento histórico, mofa desvergonzada o carambola inimaginable, también se tornó icono testimonial por el que algunos dejaron el pellejo, saltando por los aires tras el estallido de una mina, encajando una rágafa entera de un fusil de asalto o pagando con un cáncer de tripas años de hambre bajo la abominable mirada de los oficiales nazis que molían a palos a los internados en Mathausen. Una imagen que pugna por levantar acta, lo menos embustera posible -si se nos permite la inocencia- de nuestra historia contemporánea, un oficio de luces y sombras, de neblinas y también de tinieblas.

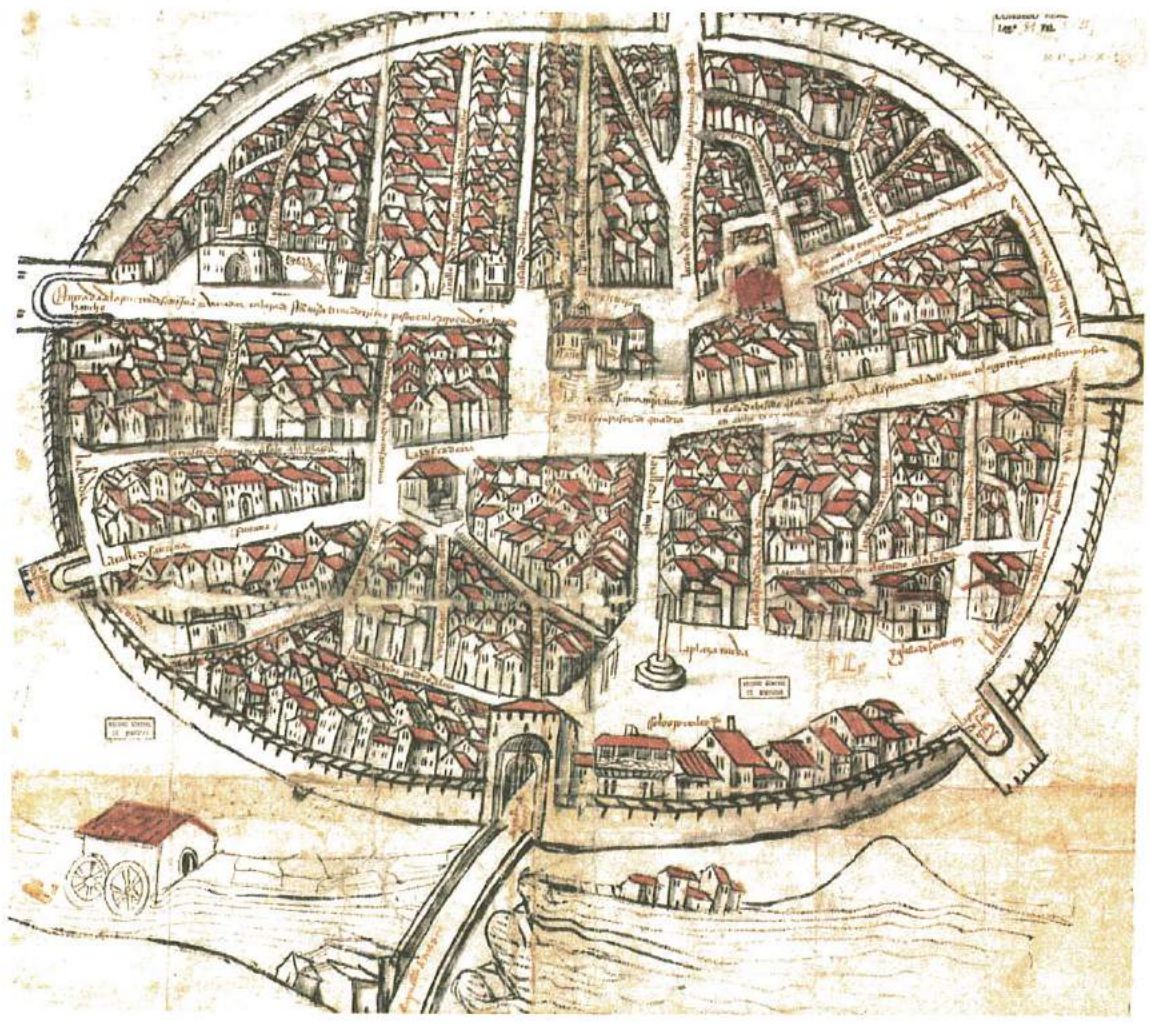
Desde lo más cinegético a lo más inofensivo, la fotografía se ha ganado con creces el derecho a figurar con mayúsculas en los manuales de Historia del Arte, pero también a prestar su desinteresada ayuda a la vida, la literatura, las ciencias y la antropología.

---

<sup>4</sup>-Cf. LOPEZ MONDEJAR, *op. cit.*, p. 20.







Plano de la Villa de Aranda. 1503



## DESDE LAS FOSAS ABISALES...

Ahora nos da la impresión que el tiempo avanzó con cierta lentitud, o tal vez todo lo contrario, a una espasmódica velocidad rastrera.

Durante miles de años la villa permaneció encallada en un océano de letargo, flotando en un cocido espeso, embadurnado por el lustre de tapizados geológicos que se fueron pegando a las paredes de una gigantesca marmita fosilizada. Todo fue cuajando en untos de arcilla hasta conformar una pecina mugrienta que algunos de nuestros más insignes centenarios ya identificaron con la orilla del Duero.

Se imagina uno al bendito de nuestro erecto *antecessor* recorriendo las suaves terrazas fluviales -como quien va a la bodega- armado de vegetal garrota mientras afilaba el olfato y articulaba una intrincada jerga de monosílabos guturales. ¿Qué andaría buscando?. Y muchos paseos debió dar hasta que dominó el peligroso oficio de desmochar cantos, prender una hoguera, hablar como es debido y asimilar la escritura, arrogante arte del venidero arrepentimiento y también de la literalidad, que se nos antoja perpetuadora de pensamientos.

Y más tarde nuestro *erectus* se convirtió en ganadero *rudus*, en

impertérrito cerealista *paganus* y hasta en ciudadano de la primera globalidad mediterránea.

No nos consta que Aranda fuera *vicus cluniense*, de la Sulpicia, donde Galba fue proclamado emperador a la muerte de Nerón, y menos que asumiera el papel de polo de desarrollo o de suburbio dormitorio. De bastante antes son algunos hallazgos gomellanos en forma de hachas de la Edad de Bronce y raudenses en cerámicas de la del Hierro.

Faltaba mucho para que las comunicaciones peninsulares se desarrollaran en sentido norte-sur. A lo sumo, si no es mucho aventurar, Aranda pudo ser peregrina casa de postas, una más entre las microscópicas mansiones del Imperio, tasca-mesón de algún itinerario o casetilla de esclavo-caminero, pero de ceca, de las que acuñaron denarios contantes y sonantes, nada de nada.

Y por la indecisa ruta, debían ir desfilando impertérritos pelendones, pacientes arévacos y vacceos muy jaraneros, cual federación sioux, sorteando la acción de lo romanos, cuyos ojos -enrojecidos por la avidez- estaban ya clavados en el *Far West* minero del norte leonés.

Por aquel entonces Numancia no tenía garrido club de fútbol ni Rauda vino tinto, a lo sumo fino alfar,

pero las rivalidades eran encarnizadas y los porrazos más que abundantes cuando los encolerizados romanos intentaron someter a los insurgentes celtíberos que, dicho sea de paso, vivían en los cerros más elevados y empezaban a subírseles a las barbas.

Corrían los años del 140 antes de Cristo. En el 75 antes de la Era otros espadazos sacudieron la región, cuando Sertorio convenció a los clunienses para que desoyeran los cantos de sirena de Pompeyo. Veinte años les duró el plante, hasta que Afranio embriscó con saña. De ésta, los autóctonos, bien escocidos y escarmentados, debieron aprender a escurrir el bulto y enjabonar al enemigo, y como ¡a la fuerza ahorcan!, terminaron por convertirse en mercenarios ejemplares y, con el tiempo, hasta en funcionarios expeditos. Sentaron la cabeza en Clunia, instituyendo la capitalidad de un convento jurídico donde habitaron hasta 30.000 almas. La cosa, que aquí contamos en un abrir y cerrar de ojos, fue lenta, desesperantemente lenta.

Que el puente de las Tenerías, por donde aún salvamos el curso del Bañuelos, tenga abolengo romano parece más difícil de dilucidar. Un concienzudo oteo del mismo revela un sospechoso pasado bajomedieval, en todo caso incompatible con la manifiesta aparatosidad de la ingeniería civil romana. Y para más señas, tajamares, reparos, pretiles y manguardas manifiestan posteriores intervenciones clasicistas y barrocas. Claro que si el lector lo prefiere, pues podría seguir imaginándose los viajes de ida y vuelta de Viriato y tampoco pasaría nada. Dios nos libre de cercenar las alas de la imaginación.

Algunas huellas de la romanización se han desenterrado entre las tierras de labor que los arados volteaban en numerosas localidades comarcanas: Baños de Valdearados, Zuzones, San Juan del Monte, Milagros, Arauzo de la Torre, Vadocondes, Gumiel de Izán, Quintana del Pidio y La Vid, coincidiendo con la red viaria, desde Clunia a Astorga y desde Encinas de Esgueva a Clunia, amén de las supuestas villas agrarias que no remilgaron en lujosas estancias bien calefactadas: Quintanamanvirgo, Roa, La Horra, Villalba, Torresandino, Quemada, Arandilla, Hontangas y Aza. Los más adinerados han tratado de estar siempre lo más cerca posible de la gloria.

El Bajo Imperio pasó sin demasiadas sacudidas, rácano en noticias que proporcionaran datos sobre la villa. Aranda seguía sin asomar el hocico mientras que Osma se convertía en prima sede episcopal. Por contra, la ciudad de Clunia albergó un decrepito asentamiento visigodo. Había ido despoblándose, perdiendo su carácter urbano. Sus escasos moradores (no precisamente los moros que poblaban los sueños de nuestros tatarabuelos, dueños y señores de manantiales encantados infectados de rubias seductoras) reaprovecharon los materiales de construcción que aún no habían sido saqueados y plantaron reales entre sus ruinas. Llegaron incluso a enterrarse entre los desvencijados muros, convirtiendo en fatuo camposanto lo que siglos atrás fue corazón de la urbe.

Los escollos del teatro, calcinados por el sol y acuchillados por las atroces heladas apenas sirven para



Puente de las Tenerías

hacernos una idea de lo que otrora fue esta ciudad pionera, próspera y feraz, bulliciosa y ortogonal, de las de cardo y decumano como Dios -o Júpiter, con perdón- manda. Dicen que sus vomitorios arrojaron el increíble marasmo de más de diez mil espectadores. Tras su ocaso, los patéticos restos de la colonia, embarrancados en medio del páramo, alimentaron la leyenda de tesoros

escondidos y martinillos burlones. Algún que otro tesorillo dio de sí, ocultado entre las rendijas de uno de los comercios del foro y cuyo propietario nunca pudo rescatar, ni parece lo comunicara a sus herederos. Pero el verdadero tesoro está en la constancia de un yacimiento arqueológico de tamaña envergadura, infinitamente más rico en datos que en valiosas acuñaciones.



## ...A LAS EDADES MEDIAS Y LOS ESCRIBANOS MAS TOZUDOS.

**D**e los más tempranos tiempos altomedievales -antes de la tan discutida repoblación- apenas conocemos celulares comunidades de aldea (Valdezate, La Sequera de Aza, Hinojar del Rey y San Martín de Rubiales). Pobres en recursos, parecen islotes más o menos autosuficientes en el tedio de una región escasamente poblada. Los colonos aparecieron después, ¡quién les vería ajetrear sus bártulos rumbo al Duero!. No estaría de más rescatar alguna de las películas de John Ford y trasladar topografías y personajes, pero sin atolondrar a golpe de banda sonora gregoriana ni *atrezzo* de harapientas calzas.

Como lo de los árabes no pasó de aislada escaramuza, nuestros ancestros hispanogodos, debieron instalarse en los villorrios más penetrables, prendiendo fuego al monte y sacando calveros entre los encinares y sabinales, costumbre tan celebrada que ha terminado por dejarnos coritos de fronda, ¡ni robledal ni Ceres que lo fundó!. La verdad es que todavía seguimos rindiendo culto a las vírgenes más vegetales, incluso enramamos galeras durante los hermosos estíos festivos, pero aprecio al bosque, lo que se dice aprecio al bosque, no es que hayamos tenido mucho. Más cercanamente, con lo de las parcelarias y el explosivo renacimiento del viñedo, parecemos secundar semejantes hábitos. Ya señalaba don Pascual Madoz que los rigores del clima arandino se habían ter-

minado de extremar tras la desaparición de la masa montuna, desafortadamente intensa desde 1800 a esta parte. Quizás no pase mucho tiempo hasta que nuestras olmas, nogales y frutales terminen siendo declarados *Bienes de Interés Cultural*, cual osos, urogallos y huidizas avutardas, calificativo que -dados los tiempos que corren- se prodiga menos de lo que uno espera.

Nuestros más prestigiosos medievalistas mantuvieron durante décadas posturas enfrentadas sobre si en la Meseta Norte fue durante aquellos tiempos un "desierto estratégico" que separaba cristianos de agarenos o si por el contrario mantuvo población permanente. Don Claudio Sánchez Albornoz valoró la idea de la despoblación, hoy por contra, optamos por considerar que la densidad de habitantes fue muy baja, pero de ahí a pensar en un yermo absoluto, hay mucha diferencia. Una cosa es que los bereberes más osados se aventuraran esporádicamente por tierras septentrionales -lo que ha sido calificado como *razzia* veraniega- y otra muy distinta que se arriesgaran a instalar allí su residencia, más que nada porque sus elaboradas estrategias ecológicas se daban de bofetadas con las posibilidades ofrecidas por regiones tan hostiles y boscosas.

Hacia las primeras décadas del siglo X reyes leoneses y condes castellanos aseguran una serie de fortalezas



Puente sobre el Duero con andamio de madera. 1886

en la margen derecha del Duero (San Esteban de Gormaz, Clunia, Aza y Roa) mientras que algunos monasterios como el de Arlanza extendieron sus dominios hasta el despoblado de Casuar. Fernán González repuebla Sepúlveda aunque a su muerte Almanzor volvió a poner en jaque a los cristianos ocupando Aranda, Osma y

Gormaz. El tira y afloja continuó varios años con Sancho Garcés y Al-Muzaffar.

Tras la conquista de Toledo en 1085, Aranda funcionó como socorrido vado sobre el Duero, conectando los páramos septentrionales con la Extremadura castellana (topónimo que venía caracterizando las tierras



situadas al sur del Duero *extrema-Dorii* y no las que hoy en día tenemos por cacereñas y pacenses), permitiendo así la conexión con la Tierra de Pinares y el Sistema Central, comarcas hacia donde se desplazaron nuevos foramontanos llegados desde Asturias, el País Vasco, Cantabria y las montañas de Burgos.

A estas alturas, la mezcolanza de foráneos, habitual desde la Antigüedad, empezaba a ser modelo asentado. Todavía hoy algunos se empeñan en apreciar por doquier particularismos y raíces ancestrales, quizás para justificar actitudes hostiles frente al otro, cambiantes en acento, cultura y costumbres. Luego surgen los consabidos estereotipos, que se encargan de homologar categorías absolutamente artificiales, más tarde los hechos diferenciales y finalmente las caracterizaciones territoriales radicalmente excluyentes. Deformar los hechos históricos -u omitir aquellos que no interesan- nada tiene de inocente.

El vado terminó asegurándose mediante un modesto puente, consabido mueble heráldico que preside el blasón de la villa. Y junto a tan útil pasarela debieron instalarse muleros y

carreteros, herreros y guarnicioneros, dando paso a los primeros artesanos y comerciantes que encontraron clientela entre viajeros y residentes. Los que vivían del agro y el pastoreo -es decir, el grueso de la población- no siempre alcanzaron niveles aceptables de autosuficiencia, precisando del auxilio de otros oficios especializados. Más de una leyenda ensalza el valor de don Julián y don Romero, iracundos arandinos que protegieron el puente sobre el Duero del acoso musulmán y gracias a ello fueron simbólicamente efigiados como la afrontada pareja de leones rampantes que sañudamente arañan con sus garras las almenas del torreón elevado sobre la puente del escudo arandino. A Dios gracias, no hay que darle muchas vueltas a la ciencia del blasón para suponer en la arcana usanza supina patochada.

Aranda fue desde antiguo villa de realengo, quedó libre del zarpazo señorial y de la presión monástica, claro que no pudo evitar salir mal parada de las campañas militares del aragonés Alfonso el Batallador, una vez que contrajo matrimonio con la reina doña Urraca.



## CATON DE URBANISMO

**P**edro Sanz Abad supone la existencia de dos núcleos urbanos medievales, el uno sobre la loma donde tiempo después se asentó la iglesia de San Juan y el otro junto a la desaparecida ermita del Santo Cristo, a la vera del castillete que vigilaba el paso sobre el Duero. Entre ambos surgía la ermita de Santa Ana.

La villa fue creciendo hacia oriente, en el entorno del antiguo templo de Santa María, entonces románico, al tiempo que fueron trazadas las cercas más viejas, aprovechándose del utilísimo cariz defensivo que el profundo cauce del Bañuelos -las Francesillas- marcaba hacia el norte y la ronda del oeste (la vieja carretera a Palencia). Su perímetro abrazaba la calle Cascajar, la de la Miel y la cabecera de Santa María, abriendo puertas al final de las calles de San Juan, Santa Ana, Cascajar, junto al puente -sobreviviente hoy- y la Dehesilla (la popular Isilla), entonces paraje arbolado, junto a la plaza de Santa María.

Más allá del recinto murado surgieron arrabales con alguna que otra casa, corralizas y bodegas, tal vez junto a los camposantos alzados al norte de las dos parroquias, a la vera de los que se formaron sendos mercados. El mercado de la Dehesilla dedicado al trigo y el de Plaza Nueva al artesanado, germinales células pedáneas que terminaron

por formar un solo meollo enlazando con el Barrio Nuevo y la iglesia de la Santa Cruz, hoy calle de Santa Lucía. Desde luego aquellas eras de Santa Cruz o Rasines tiempo ha que cedieron sus solares al crecimiento urbano.

Algún que otro problema surgió por la titularidad de las parroquias arandinas, provocando arduo contencioso entre las dos diócesis vecinas: Osma y Burgos. La resolución -tras el concilio de Husillos (1088)- se dictó en favor de los prelados burgaleses que se llevaron el gato al agua, obteniendo para sí los arciprestazgos de Aranda, Roa y Aza. El pleito no terminó ahí, pues el pataleo de los oxomenses fue tan singular y machacón que finalmente consiguieron satisfacer sus pretensiones al ser reconocidos durante el concilio de Burgos de 1133.

La tradición señala que hacia el siglo XII un ufano viticultor que se dirigía laborioso hasta los planteles de Costaján quedó petrificado ante la increíble aparición de una imagen de la Virgen -bautizada con el nombre de la preciada viña- que los devotos originarios de Lara habían enterrado para librarla del acoso musulmán. En realidad la historia, uno de los primeros "hallazgos casuales" del patrimonio cultural ribereño, pacientemente relatada en la monografía de don Aniceto de la Cruz, no es nueva.



Vista panorámica del Espolón. 1940 (Destaca en el centro la desaparecida ermita de Santo Cristo, 1957)



*Real*

Relatos similares se repiten constantemente en el piadoso acontecer de muchos pueblos en la Castilla moderna, cuando la sed de apariciones y milagros era tal que nuestros eruditos no dudaron en recurrir a toda suerte de infundadas crónicas y argumentos falsarios. A decir verdad y tras reconocer la imagen patronímica de la localidad, venerada en la ermita homónima, no parece que la talla policromada sea -ni por asomo- anterior al gótico.

A pesar de ciertas donaciones efectuadas por Fernando III en favor de los monjes bernardos del monasterio de San Pedro de Gumiel y de las evidentes ambiciones de Lope Díaz de Haro, Aranda siguió siendo lugar de realengo, privilegio que ratificó Sancho IV. Pero bocado tan exquisito tentaba las ambiciones de Diego López de Haro, señor de Vizcaya, quien se emperó en cobrar tributos como si ante coto particular estuviera. La minoridad de Fernando IV y el dramático aislamiento de María de Molina permitieron un zumbón acoso sólo amortiguado por la obtención en 1298 de feria anual para la villa durante la Virgen de febrero.

En 1306, el puente de Aranda fue testigo de la refriega entablada entre las tropas de Juan Núñez de Lara, señor de Lerma, aliado de Diego López de Haro y su hijo don Lope, y el infante don Juan, la lid se saldó con una relativa victoria de Fernando IV. Aunque fallecido en 1310, no pudo atajar de raíz las ansias señoriales de los ricoshombres más linajudos. Alvar Díaz de Haro, alférez del rey niño Alfonso XI, seguía presionando desde su señorío de Quemada. Mientras tanto obtuvo la villa confirma-

ción de su relativa independencia en 1325, tras alcanzar el monarca la mayoría de edad.

Hacia las mismas fechas Aranda gozaba de animado mercado sabatino, que gracias a la efectiva influencia del estamento judío, fue trasladado al lunes, día no feriado para los activos comerciantes jacobinos.

La villa estuvo pendiente de la espada de Damocles, del poder de los Haro en este caso, pues Alfonso XI la entregó como señorío a don Tello, uno de los hijos que había tenido con doña Leonor de Guzmán. Una nueva ratificación que favorecía al concejo arandino fue firmada en 1352 por dos ocasiones con la rúbrica de Pedro I, heredero legítimo al trono.

Durante la guerra civil que enfrentó a Enrique de Trastámara y Pedro el Cruel, los regidores arandinos fueron siguiendo la pista del primero hasta obtener confirmación de privilegios. Parece como si un manajo de munícipes, precisamente los privilegiados de la villa, pugnarán por asegurarse el sustento, andando a la zaga del delfín de turno, por encima del cambio dinástico. Y los Trastámaras no se caracterizaron precisamente por entibar con firmeza la nao de la corona. Al fallecimiento de don Tello en 1370, dejó Aranda a sus hijas Leonor y Constanza. Enrique II la mantuvo como villa realenga secundándose en la ilegitimidad de aquellas herederas.

La conexión lusa llegará con Martín Vázquez de Acuña, abuelo del prohombre que tiempo después se avecinó en Aranda. Había defendido los derechos al trono de Portugal de Juan I de Castilla, pues por sutil



Puente de San Francisco. 1910

ganancial había contraído matrimonio con doña Beatriz, hija del monarca Fernando, titular del vecino reino. Pero que Juan I se diese un paseo por Aranda tras el desbarajuste de Aljubarrota -plantando de una tacada *ex voto* a su patrona- parece más que improbable.

La historiografía local se ha esforzado en destacar tesón y virtudes

del municipio arandino, enseñoreado con su gallardía realenga, presto a ir tras el monarca entrante buscando empedernida confirmación de franquicias y privilegios que los diferenciaron de los pueblos sometidos a la merindad de Silos. Sus regidores se emperraron en absorber pagos vecinos y reforzar líneas de mojones, especialmente conflictivas frente a huesos duros de roer

como los concejos de Torregalindo y Gumiel de Hizán. En el caso de Quemada, la adhesión se hizo mediante enajenación directa, pues en 1366 fue adquirida a doña Isabel Sánchez de Leiva, abadesa del cenobio bernardo femenino de Santa María de Fuencaiente, hacia las próximas tierras sorianas, tras obtener conformidad de la omnipotente abadesa de Las Huelgas.

Cuando Fernando de Antequera, regente al trono castellano durante la minoridad de su sobrino Juan II, se convirtió en rey de Aragón y en 1415 apañó el matrimonio de su hijo Alfonso con María, hija de Enrique II y Catalina de Lancaster y hermana de Juan II, se ajustó como dote la fuerte suma de 200.000 doblas de oro. Mientras se efectuaba el pago, Madrigal de las Altas Torres, Roa y Aranda quedaban en prenda. Desde ese mismo momento los infantes aragoneses (Alfonso V el Magnánimo y Juan II de Aragón, padre del Católico), se sirvieron de Roa, Aranda y Peñafiel como cabezas de puente en sus incursiones castellanas contra don Juan II y don Alvaro de Luna.

Durante aquellos banderizos años, corría el de 1431, consta cómo hasta sesenta arandinos -requeridos por el rey castellano- acudieron a desmochar la fortaleza de Peñafiel, arrogante máquina defensiva sin duda bien engrasada por los aragoneses pero que habían abandonado tras ser requeridos por sus asuntos napolitanos. El tiempo demostró cómo nuestros paisanos no fueron demasiado hábiles en la ejecución de semejante derribo.

Tras sufrir contratiempos de todo orden, Juan de Aragón terminó retirándose de sus villas durienses al

salir derrotado en Olmedo en 1445. Hasta entonces se había encargado de cobrar diligentemente los golosos impuestos con los que en Aranda se gravaba el vino y la monera forera. El nuevo rey Enrique IV, tras su destartado matrimonio con Blanca de Navarra, casó en 1455 con Juana de Portugal, a quien ofreció la villa arandina una vez recibida la buenanueva de su sospechosa paternidad en 1461. Desde allí partieron los ribereños para hostigar a los navarros, arrebatándoles Los Arcos y Viana y, la reina, para dar a luz en Madrid a la Beltraneja, tan controvertida años después.

La fidelidad marital de Juana de Portugal quedó en entredicho pues se le atribuían pecaminosos escarceos con don Beltrán de la Cueva, el de la leyenda del escudo raudense, que dieron consabido apodo a la infanta. Fueran justas certezas o habladurías fundadas, Juana tuvo que ser señora frustrada en pasiones aunque benigna con los arandinos, ratificándoles la feria de febrero y librándoles de ciertas cargas fiscales. La rebaja dejó de lado a moros y judíos, que no eran precisamente escasos entre quienes allí morarón.

Céfiro no soplabá con demasiada bonanza y el marqués de Villena propició la curiosa farsa de Avila, durante la que el infante Alfonso fue proclamado príncipe de Asturias y la efigie de Enrique destronada. La situación sólo pudo salvarse tras la victoria realista en la batalla de Olmedo, reconociéndose a la católica Isabel como princesa heredera, futura esposa del rey Fernando que, camino de Valladolid hacia donde se dirigía para contraer matrimonio en 1469, hizo noche en Gumiel de Mer-





Plaza de San Juan y Casa de las Bolas. 1940

cado, por entonces señorío de don Diego de Rojas, conde de Castro.

El dominio de la joven pareja sólo pudo hacerse efectivo tras contar con el apoyo de los sepulvedanos, frenados por el conde de Miranda. En 1472, algunos regidores arandinos se personaron en Alcalá de Henares renegando de doña Juana y apoyando al ganador partido de Isabel.

La misma reina entró solemnemente en la villa un año después, procedente de Sepúlveda y acompañada por un soberbio Alfonso Carrillo de Acuña, arzobispo de Toledo. En Allendeduero fue recibida por el conde de Castro, alcaldes de corte, regidores e hidalgos. Lo que no sabemos muy bien fue qué pasó con quienes no habían compartido el mismo bando.

Naturalmente los procuradores, aprovechando la presencia de los escribanos reales, se apresuraron a sacar pergamino y cálamo y confirmar sus archiconfirmados privilegios, usos y dignidades, amén de intentar la restitución de bienes de cuantos desterrados fueron, en correspondencia por su incondicional apoyo durante la guerra de sucesión al trono: "Por quanto al tiempo que vos, el conçejo, justicia, regidores, cavalleros, escuderos, ofiçiales e omnes buenos de la mi villa de Aranda me jurastes por prinçesa primogenita e legitima heredera e subçesora de estos reynos de Castilla e de Leon e me prestates e distes la fidelidad que se debe dar al prinçipe primogenito...".

A fines de 1473 el arzobispo Carrillo convocó en Aranda concilio provincial de la archidiócesis que se celebró en la iglesia de San Juan. El evento hizo coincidir altos mandatarios eclesiásticos y seglares del reino aunque fueron muy significadas algunas ausencias: Luis de Acuña, obispo de Burgos; Giacomo Vernier, obispo de Cuenca; Pedro de Montoya, obispo de Osma y Pedro González de Mendoza, obispo de Sigüenza y futuro cardenal.

Durante el concilio se criticaron los disolutos hábitos cotidianos de muchos clérigos seculares, su tortuosa moralidad y su predisponibilidad a revolcarse en todo tipo de tentaciones. En la sede primada fueron publicadas las constituciones que ilustran a la perfección por dónde iban los tiros en materia de asuntos doctrinales: obligaban a los sacerdotes a celebrar un mínimo de cuatro veces al año, les prohibía el uso de ropas de seda, encarnadas, verdes y de

zapatos blancos, desterraba el juego de dados y el disfrute de concubinas, proscribía a todo clérigo el servir como hombre de armas al servicio de señores temporales y exigía el conocimiento del latín para cuantos aspirasen a ascender en el escalafón eclesiástico. También había ración para la feligresía pues sacralizaba las fiestas de guardar, censuraba las bodas ilícitas y las cuaresmales, además de prohibir las representaciones teatrales en las iglesias y denegar la sepultura eclesiástica a los decesos en duelo y a los ladrones. En las constituciones conciliares se amenazaba con excomulgar además a quienes se apropiaran de los diezmos -materia verdaderamente sagrada- o fortificaran los templos, muy seguros en caso de recibir la molesta visita de algún cobrador de impuestos tocado con mitra. A pesar del protagonismo alcanzado por el arzobispo Carrillo, el tiempo demostró cómo don Pedro González de Mendoza acabó por ser el verdadero depositario de la confianza real pues terminó ganando la partida.

Muchos años más tarde, en mayo de 1492, cuando se había superado completamente la crisis sucesoria, la Católica visitó la tumba de San Pedro Regalado en el convento franciscano de La Aguilera. La condesa de Haro a la sazón, había encargado un suntuoso sepulcro de mármol para albergar los despojos del santo y durante el traslado se certificó su incorruptibilidad, aprovechando Isabel para llevarse como recuerdo uno de sus enhiestos brazos, sin necrofilia ninguna, todo real licencia. Poco antes había gratificado al santuario de la Virgen de las Viñas con una ren-



Calle Béjar

ta anual de 1.500 maravedís sobre las alcabalas de la villa.

En el *Archivo General de Simancas* se ha conservado un documento gráfico de notoria trascendencia, verdadera *rara avis* en el mundo hispánico, se trata de un curioso plano de la villa que acompañaba un pleito y que data de 1503. A pesar del evidente idealismo con el que fue

confeccionado, sirve para describir perfectamente la trama urbana protegida por una cerca más o menos oval.

La plaza de Santa María desplaza al viejo barrio de San Juan y se convierte en el centro neurálgico de la población, desde allí, las calles se trazan radialmente. Una rúa va de sur a norte, desde la puerta del Duero hasta la puerta de Cascajar (el arco

*Pajarito*), pasando por la Plaza Nueva porticada, provista de picota y donde se instalaba la primera casa del Regimiento y provisionalmente se celebraban juegos de cañas, toros y ejemplares autos de fe que eran contemplados desde los miraderos.

Hacia occidente se agolpan las tortuosas callejuelas del núcleo más primitivo y la puerta de Santa Ana (al final de la calle homónima, hoy Pedraja). Hacia oriente se dispone el ensanche bajomedieval, hasta las puertas de la Dehesilla, eminente zona bodeguera, y la Santa Cruz (saliendo desde la Plaza Nueva, actual Plaza Mayor), disponiendo solares que permiten elevar inmuebles de adobe y casonas pétreas.

Sanz Abad refiere la presumible presencia de los soportales de la Plaza Nueva, que ya documenta en 1432, cuando fueron subastados por el Regimiento con el fin de ser edificados. Los inquilinos estaban obligados a mantener justo alineado "portal vano" y permitir el paso hasta la muralla, dejando entre el paso de ronda y las casas cuya altura superara la de la cerca, espacio suficiente como para facultar el paso del centinela armado con escudo y lanza.

Más allá del redil amurallado, traslacerca, debieron instalarse las ermitas de San Lázaro o San Benito y San Andrés, camino del enclave de Allendeduero, además de huérfanas construcciones hacia San Gregorio o la Virgencilla, el futuro convento de San Francisco, San Antonio, Cantarranas, los Pozos y Fuente Minaya. Hacia occidente se alzaba la ermita de San Gil y el morisco arrabal de Tenerías (antes San Andrés, respondiendo a la presencia del templo

homónimo), donde artesanos especialistas manipulaban las nauseabundas pieles.

De consultar el nomenclátor callejero advertiremos abundantes resonancias hagiográficas que responden al cuadro de las devociones locales y sus consiguientes santuarios; pero no eran menos las calles bautizadas por mor del comercio: trigo, centeno, sal, aceite o aloja; las que respondían a otros condicionantes topográficos y fitotoponímicos: costanilla, cascajar y dehesilla; las que sugerían hitos públicos como hospicio, pescadería, ánimas (a la vera del camposanto) o boticas o las nombradas por sus hirientes requerimientos fiscales (la plaza de los Tercios, donde la parroquia poseía la titularidad de los lagares que servían para depositar tan pellejeras décimas). Dentro de la cerca se alzaban las ermitas de Santa Ana, San Lorenzo o Santo Cristo y Santa Cruz (Plaza Nueva).

El apiñado caserío arandino solía agrupar viviendas de adobe acoyuntadas mediante entramados de madera que desaparecían bajo revocos de barro y cosméticas lechadas. Nada más lejos de las famélicas desnudeces que nuestra contemporánea mentalidad acostumbra a suponer como tradición de los tiempos de Matusalem. Parece como si la costra nunca hubiera existido y nos empeñemos ahora en disponer fachadas en calzoncillos para henchir el orgullo regional del vecindario.

A partir del siglo XVI, con el encumbramiento de los nobles más adinerados empezarán a construirse palacios pétreos como el de la calle



Panorámica del río Bañuelos y la Iglesia de San Juan

Barrionuevo (la casa de los Berdugo), la casa de las Bolas del barrio de San Juan o la desaparecida casona de la calle de la Costanilla esquina con San Juan, machihembradas entre un laberinto de arcilla de una o dos plantas hasta constituir una escenografía que se repitía en

muchas villas soportaladas de la Castilla mesetaria. De la última casona se conservó un escudo de armas - con yelmo lambrequinado y todoque, junto a un arco del derruido convento del *Sancti Spiritus*, sirvió para trabar en 1973 la insólita "instalación" del paseo de la Virgen de

las Viñas, egregio *puzzle* conmemorativo que incita a rascarse la cabeza y dejar boquiabierto al más pintado.

No es que la documentación conservada sobre moros y hebreos sea excepcional, pero ha solido pasar desapercibida a los ojos de los intituados como cronistas oficiales. Nuestras celebridades han optado por las gestas y los grandes hechos de la historia militar en perjuicio de la vida cotidiana. En la Ribera existen noticias sobre sus vecinos hebreos desde 1137, cuando aparecen citados en Huerta del Rey. En 1147 surgen de nuevo en el fuero de Lerma. Juderías hubo en Coruña del Conde, Torregalindo, Peñaranda, Roa, Gumiel de Mercado, Santo Domingo de Silos y Aranda de Duero, aunque a partir de 1480 entraron en franco retroceso, por contra, las del norte se mantuvieron medianamente (Burgos, Belorado, Briviesca, Villadiego, Pancorbo o Miranda de Ebro).

La comunidad judía, quizás compuesta por medio centenar de familias, tantas veces chivo expiatorio de los desatinos cristianos, contó en Aranda con propietarios de importantes bodegas, dedicados al comercio de vinos a larga distancia.

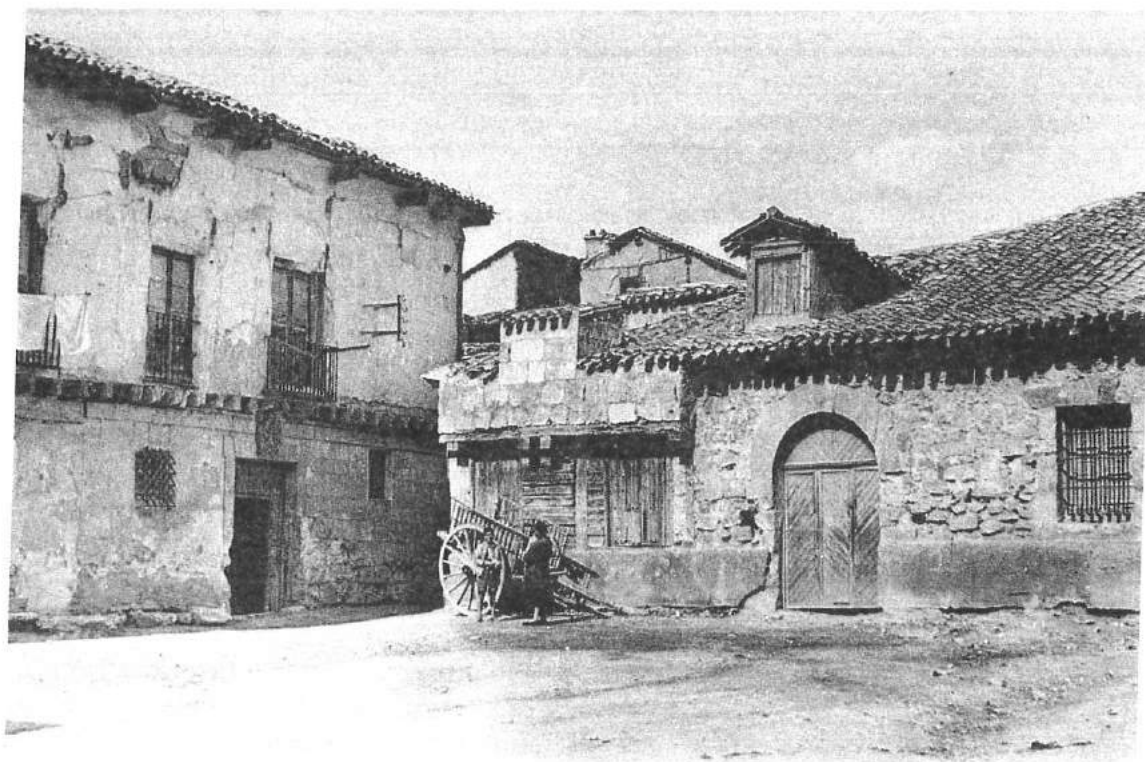
Muchas veces fueron denunciados como usureros: "les lievan muchas quantias de maravedis de logros e usuras e relançes e de otras cosas ylicitas e proybidas", actividad por lo demás, extendida también entre los propios cristianos, de forma que los justicias arandinos solían designar personas para tasar los bienes de los deudores. En 1481 Rabí Mayr Melamed, vecino de Segovia, ejercía como recaudador de impuestos reales en la comarca arandina

(alcabalas, pechos y derechos, además de las fuertes rentas sobre los pesos, cereales y vinos, mostos, corambres y zapaterías). También el cobro de los impuestos locales fue encargado a judíos (Isaac Bienveniste, famoso linage soriano que asumió la tesorería de Juan II, o Yuçe de Soto hacia la decada de 1480). Pero como "a perro flaco todo son pulgas", estos funcionarios pagaron los platos rotos poco antes de la expulsión, cuando algunos vecinos cristianos les reclamaban fuertes sumas de dinero (no sabemos si reales o ficticias). La cárcel y el embargo eran entonces moneda de curso corriente.

Otros hebreos ribereños ejercieron el oficio de cirujanos, vidrieros, yeseros, tejedores, carpinteros de armar o carniceros, y anualmente pagaban al obispo de Osma la nada despreciable suma de treinta dineros.

La primera judería arandina se asentó extramuros, junto a la puerta de Cascajar, aunque terminará integrada dentro del núcleo urbano con la ampliación de la cerca. En 1480 se les arrinconó hasta las calles de Barrionuevo y la extinta del Pozo, -comunicaba las actuales calles de los generales Berdugo y Catalán- cerca de la esquina de la calle Tamarón, y más tarde frente al templo de Santa Ana o del Hocino, abriendo postigo en la muralla (conocido como de Santa María o del Hocino, punto de entrada en la villa desde Gumiel de Mercado y el valle del Esgueva) de fuerte desarrollo comercial, aunque quedaron desiertas tras la expulsión de 1492.

La sinagoga terminó siendo invadida -sin mayores miramientos- por los cofrades *okupas* del templo



Plaza de los Tercios. 1910

crisiano. Tampoco se caracterizó la judería por su salubridad pues las calles del Pozo y las tortuosas de Comadres o la plaza Romualdillo fueron catalogadas entre las más sucias del reino, característica que reforzó la marginalidad del barrio y que se ha mantenido hasta nuestros días.

La aljama o morería tuvo similar suerte y se instaló tras la iglesia de San Juan y junto al Bañuelos, zona insana y afectada por las crecidas del río, a todas luces incómoda. Los moriscos "*que han de ser cristianos quieran o no*" (desde luego y aunque estuvieran representados ante el concejo, la máxima no tiene

desperdicio), solían figurar en los censos como herradores, alfareros, alarifes y yeseros, llegando a alcanzar las 200 almas -impías- sobre un total de 1.500 habitantes. Con el paso del tiempo, fueron dejando las Tenerías y terminaron integrándose entre el resto del vecindario.

Tras el decreto de expulsión, grupos de judeoconversos o *marranos* siguieron viviendo en la calle de Santa Ana y desempeñando oficios artesanales, aunque eran oriundos de Aranda, muchos procedían del vecino reino de Portugal y aún pugnaban por cobrar las crecidas deudas que se les debían.

Poca suerte debieron tener a la hora de saldar sus devengos pues la Inquisición solía meter el morro en estos asuntos y es tradición que el primer auto de fe castellano floreado y con *sambenitos* -guardados años después como espeluznantes fetiches en la iglesia de Santa María de Aranda- tuvo lugar contra los *relajados* en Villalba de Duero. Personalmente, dudo mucho que el célebre refrán "juntos pero no revueltos" se aplicara a rajatabla en todos los foros, incluyendo los más íntimos, tampoco harán falta muchas luces para sospechar que la historia de la intransigencia no es nueva. Ojala -y elijo moruna palabra- no vayamos por el camino de propiciar más duelos ni quebrantos.

Aranda contaba a inicios del siglo XVI con una población de casi cinco mil almas, aumentando hasta las siete mil mediado el siglo. Con feria franca anual y dos mercados semanales, el *pulcherrimum municipium* arandino descrito por Nebrija alcanzó gran prosperidad gracias al

intensísimo monocultivo vitivinícola desarrollado a lo largo de toda la Edad Moderna. No es baladí considerar que el monto total de impuestos satisfechos por la villa resultaba ser la mitad de los que pagaba Burgos y su merindad. El desarrollo de Aranda y su viñedo de situación, necesitado de una alta concentración de mano de obra, corrió parejo con el auge de la ciudad de Burgos, quizás el mayor mercado importador de vinos en la región a fines del siglo XV, coincidiendo con el monopolio del comercio lanero. Las viñas de Aranda y sus aledaños (Sinovas, Villalba, Fuentelcéspedes, Fuentespina, Quemada y Milagros), llegaban a producir a fines del siglo XVI hasta 350.000 y 400.000 cántaras anuales de vino, mayormente clarete.

Los concejos de 1426 y 1432 se habían celebrado en el cementerio y el célebre concilio provincial de 1473 en la parroquia de San Juan. Deberemos esperar hasta 1492 para constatar que la parroquial de Santa María ejercía funciones templarias pues en su capilla de San Pedro se reunía el Regimiento. Semejante consistorio estaba formado por dos alcaldes de la villa, cinco de las pedanías o colaciones (Sinovas, Villalba, Fuentespina y dos por Quemada) cuatro regidores (representando las cuatro cuadrillas de San Juan, Cascajar, Duero y Dehesilla que se reunían en las iglesias de San Juan, Santa María -más tarde en el convento de San Francisco-, San Lorenzo y Santa Lucía respectivamente), un alguacil, dos fieles y dos hijosdalgos más los escribanos públicos. Allí juraban sus cargos los ilustres entrantes regidores que más



tarde nombraban los procuradores generales de la villa y los compromisarios para elegir diputados de rentas.

Con la expansión del término municipal a cuenta de ciertas heredades pertenecientes al monasterio de La Vid y otros pagos en Gumiel de Hizán, Torregalindo, Zazuar, La Aguilera, Ventosilla y Aza, los pleitos suscritos por el concejo arandino contra sus litigantes no debieron ser escasos.

Silverio Velasco relataba cómo en 1425 los arandinos habían prendido una acémila y un rocín a los de Gumiel de Hizán ¡a saber qué jugarrreta les habrían gastado!, de manera que estos últimos se lanzaron como lobos sobre Sinovas "con omnes de armas e mano de ballesteros e de lanceros, e llevaron dos acemilas de albarda de Pero Gonzalez, juglar, e mas de sesenta carneros del término de Aranda". A pesar de las declaradas zalagardas, el asunto fue solventado entre ambos concejos tras alcanzar acuerdo en materia de pastos, leñas, amojonamientos y pagos de mantiniegas. No olvidemos que a inicios del siglo XVI Aranda era poseedora de los montes del Carrascal, Torremilanos (de carrasca y enebro), Villalba, Arandilla, la Calabaza (de pinar y enebro), los próximos a Hontoria y Baños, Costaján y Montehermoso (ambos de carrascal), parajes conflictivos donde el furtivismo, el aprovechamiento de combustible y el carboneo estaban a la orden del día.

La villa de Ventosilla había sido vendida por don Pedro de Villandrando, conde de Ribadeo, a Isabel la Católica en 1503. Con los

abultados dispendios ocasionados por el trajín de traerse la corte borgoñona desde los Países Bajos hasta Castilla, Felipe el Hermoso optó tres años más tarde por enajenar tan selvática finca, junto con la casa y fortaleza a don Francisco de Zúñiga y Avellaneda, a la sazón conde de Miranda. Claro que el fallecimiento del heredero dejó invalidada la transacción que minaba el patrimonio de la corona, pasando a manos de don Fernando, donde acudía con asiduidad para deleitarse cazando venados entre densísimos macizos de encinas y fresnos. También el emperador don Carlos la emprendió con las artes venatorias "por causa de la mucha caça de çieruos que allí avía" hasta que acabó en manos de don Bernardo de Sandoval y Rojas, primer conde de Lerma y bisabuelo del famoso duque, valido del todopoderoso Felipe III.

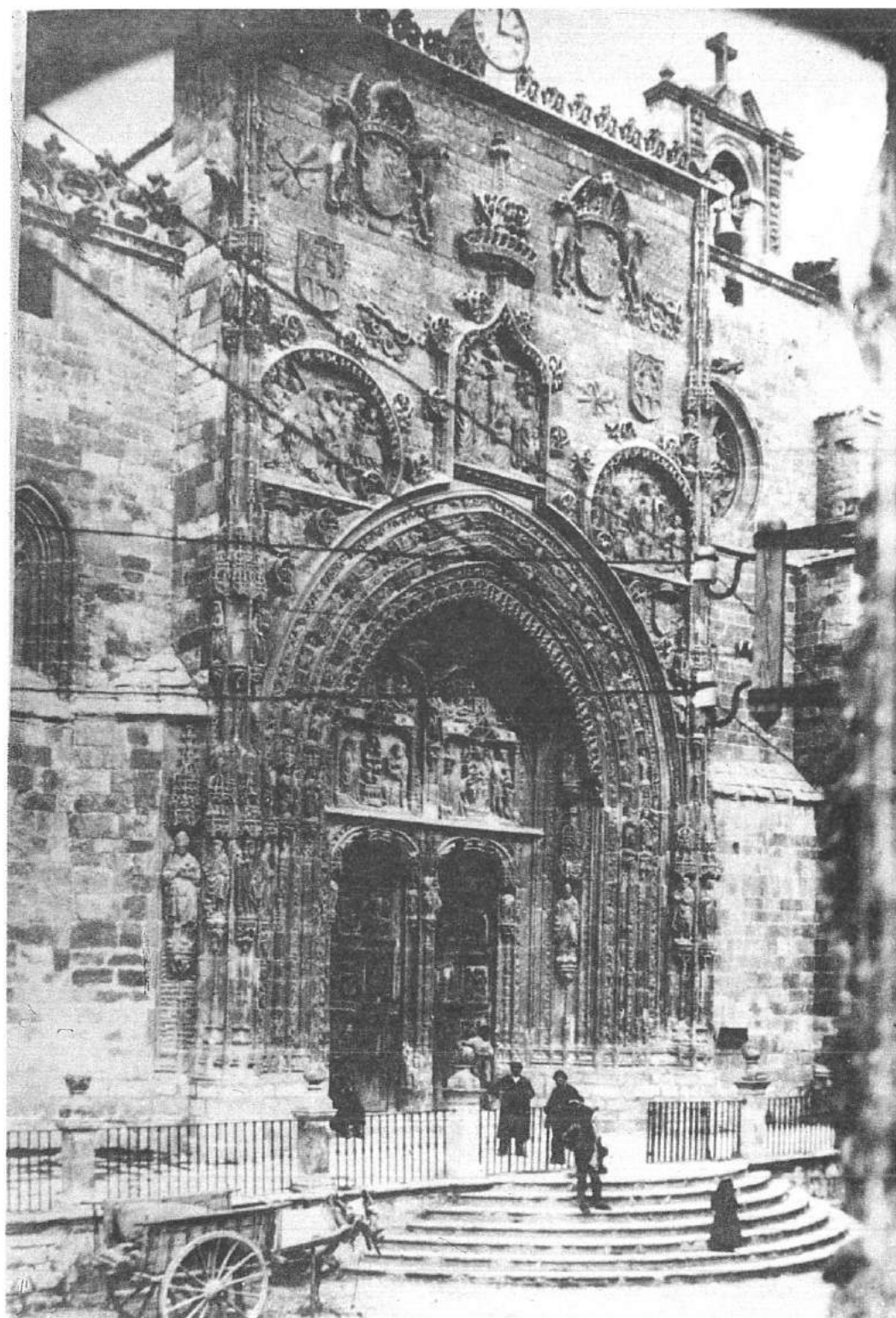
Como don Francisco de Sandoval y Rojas, el duque, dispuso de finas amistades e impresionante fortuna, le encargó un portentoso *châlet* cuajado de chimeneas al arquitecto Francisco de Mora -con balconadas doradas, vidrieras emplomadas y agua corriente incluso- y albergó allí parte de su exquisita colección artística. No hace falta mucha fantasía para situar en Ventosilla al mismísimo Pedro Pablo Rubens dándole palmaditas en la espalda a Lope de Vega, ambos asíduos en el cenáculo ribereño de don Francisco. El *Fénix de los Ingenios* ensayando nueva y rebuscada comedia, el pintor de merecida fama, magnificando solemnemente las toscas poses ecuestres del duque, y al alimón, soltando chascarrillos sobre

los ringorrangos que se daba el principesco mecenas. Ya se sabe que, cómo quien paga manda, al ilustre pintor flamenco no le quedó más

remedio que componer tan imperial retrato que hoy cuelga de las paredes del *Museo del Prado*.



Calle Comadres. (Archivo: Ricardo Ferrero)



Fachada de Santa María. 1900

## DE CUANDO LA FE REMOVIA MONTAÑAS Y ADEMÁS LEVANTABA IGLESIAS

La iglesia de Santa María de Aranda, instalada en el centro de la villa según da fiel testimonio el plano de 1503, debió alzarse a fines del siglo XV, aunque manteniendo sobre el ángulo noroeste una vieja torre del XIII. Bajo la misma estuvo la capilla de Santa Ana, donde en 1523 fundó capellanía Sebastián Daza -conocido como *el cura de Arauzo*- entusiasta promotor, junto al licenciado Rodrigo del Rincón, abad del cabildo de Santa María en 1547, de la cofradía de la Misericordia. De esta fueron miembros algunos de los arandinos más linajudos.

La torre aparece coronada por potentes matacanes y chapitel que se alzó durante el curato de Francisco de Reyna, hacia mediados del siglo XVI.

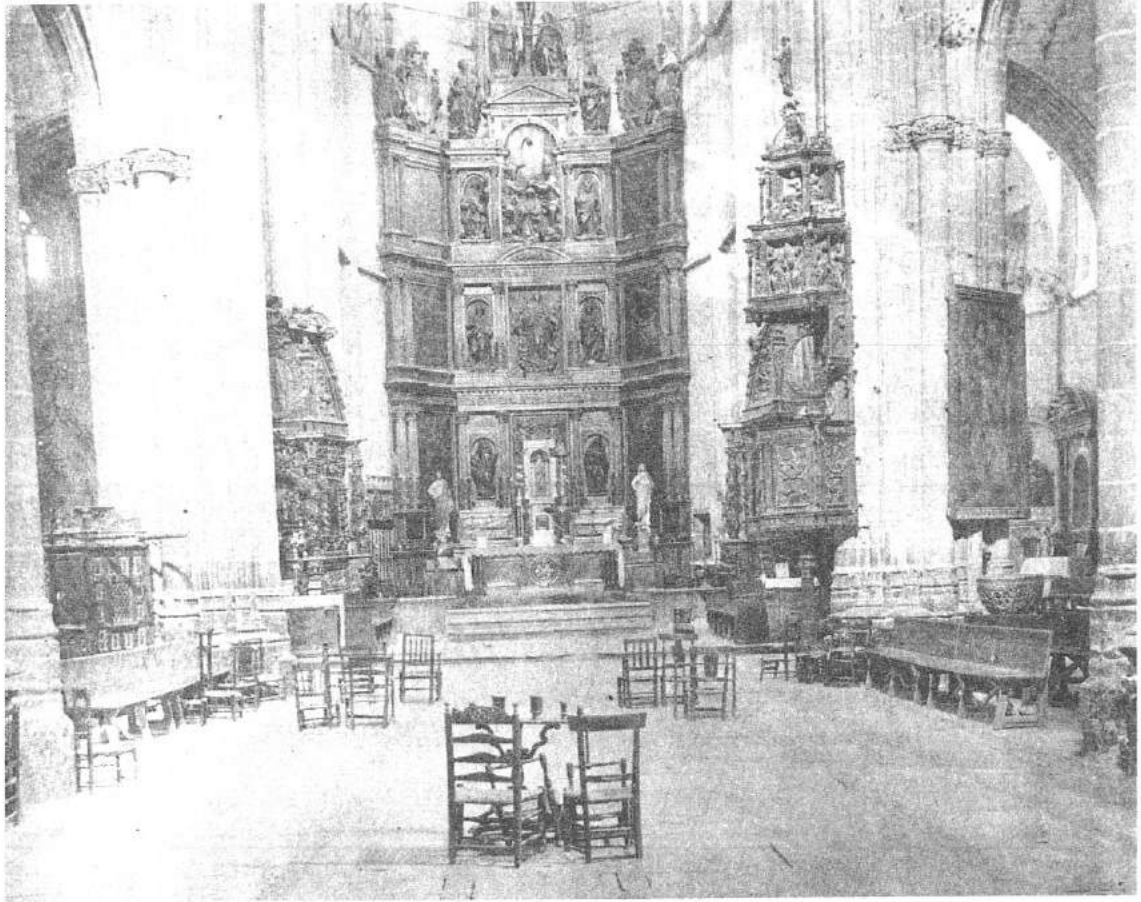
El templo de Santa María posee planta de cruz latina, con tres naves, más amplia la central (idéntica que el crucero) y triple ábside poligonal cuya capilla mayor está pautada por contrafuertes que rematan en señeros pináculos góticos. Cuenta con gruesos pilares de núcleo romboidal y laterales baquetonados en correspondencia con las nervaduras de la bóvedas octopartitas en la nave central y en la del evangelio. Más complejos son los abovedamientos en la nave de la epístola. Los ábsi-

des se cubren con abigarradas crucerías. Presentan conopias y cardinas en el lado del evangelio y clave heráldica de los Salazar en el de la epístola y quedan comunicados mediante la perforación de arcos escarzanos. Los riñones de la capilla mayor y ábside de la epístola mantienen otras perforaciones cuadrangulares en su plentería, con tracerías al estilo del modelo ensayado desde el siglo XIII para la catedral burgalesa y otros edificios de la región.

Hacia el norte surgen tres capillas cubiertas con crucerías. Al ábside del evangelio se adosaron dos capillas que hacen las veces de sacristía.

Hacia occidente el muro de la nave central aparece flanqueado por dobles contrafuertes, rosetón superior y la portada del Perdón, ejecutada en 1800 por el diligente arquitecto de la diócesis oxomense José Bargas empleando piedra de la localidad soriana de Espejón. Desde el lado septentrional se aprecian los arbotantes, ocultos hacia el sur por la gran fachada. El hastial del crucero meridional está perforado por rosetón calado y coronado por espadaña barroca.

La galería con triple arcada renaciente, crestería calada a lo charro y pináculos de los estribos, además del acceso hasta la fachada meridional del



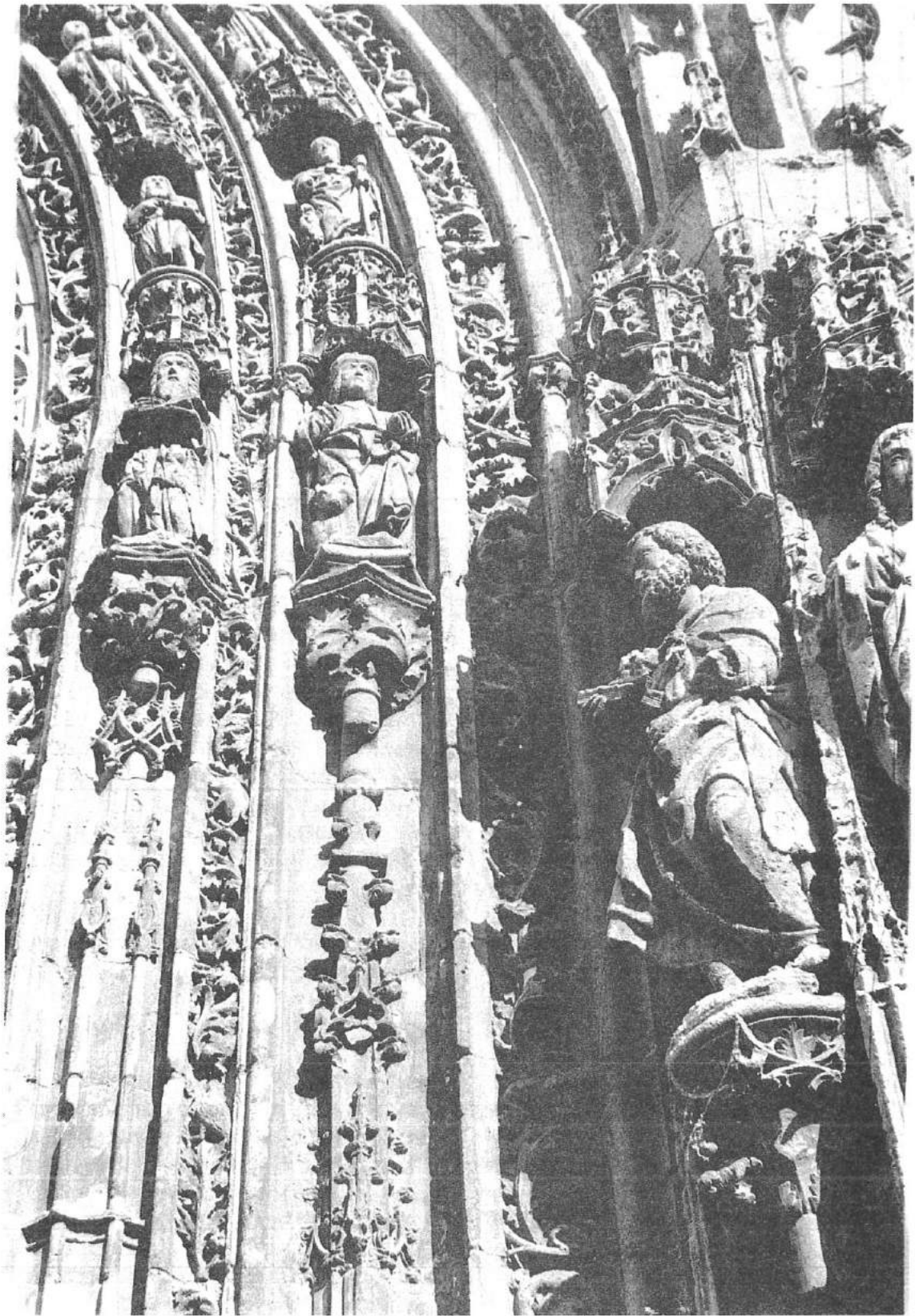
Interior de Santa María

templo y su barandilla de hierro, fueron ejecutados en 1527 por los artífices arandinos Sebastián y Juan de la Torre.

Pero el rasgo definitorio de mayor enjundia es sin duda su fascinante fachada-tapiz, bastante avanzada respecto a la puerta, razón que motiva la traza de una bovedilla aún policromada con medallones en sus claves, representando a Dios Padre,

San Juan, San Lucas y ángeles orantes en las nervaduras. Junto con las portadas vallisoletanas de San Pablo y San Gregorio, es uno de los ejemplos más soberbios del gótico isabelino.

Quedó señoreada por las armas reales, las del obispo oxomense Alfonso Enríquez (1506-1523) y excepcionalmente por las de la Villa arandina. "De prodigiosa arquitectura



Detalle de la fachada de Santa María

y feligrana, que adornan más de cien estatuas" para Aniceto de la Cruz y "de muy delicado encaje" para Amador de los Ríos, está formada por un gran lienzo rectangular flanqueado por pináculos pautados por peanas que sirven de soporte a diversas esculturas exentas coronadas por doseletes calados.

En su centro acoge la portada apuntada y festonada, con arquivolta ornada de cardinas, fantástica fronda y figurillas de santos bajo microarquitecturas, siguiendo la rosca de la misma y prolongándose hacia las jambas. La puerta de acceso cuenta con nuevas esculturas sobre peanas entre el jambaje y mainel -donde aparece la Virgen de la Leche- configurando sendos vanos rebajados desde donde arranca un tímpano partido en dos por el pináculo del mainel, a la derecha se esculpió la Adoración de los Magos y a la izquierda el Nacimiento. En el centro aparece el rey David portando dos de sus típicos atributos: el remo y el arpa. Las enjutas de la puerta se adornan con las armas del obispo Enríquez y desde el guardapolvos con cardinas se genera un apéndice florenzado alojando un calvario que remata en florón ceñido por una corona real. A los lados surgen grandes medallones incardinados con las escenas de Jesús con la cruz auestas camino del Calvario (derecha) y la Resurrección (izquierda).

Tradicionalmente -sin mediar documento alguno- se atribuye su concepción a Simón de Colonia, al frente de una cuadrilla de expertos escultores locales u otros artífices que ejercieron su oficio en tierras del obispado oxomense.

En lo formal, sus peculiares escamados imbricados del remate, revelan una evidente conexión respecto a San Pablo de Valladolid. Al hilo de la presencia de ciertos rasgos renacentes y la tipología del portal de Belén, similar a otro que aparece en el retablo de San Nicolás de Burgos, es posible suponer que tras el fallecimiento de Simón de Colonia en 1505, el remate de la obra correspondiera a Francisco de Colonia, terminándola antes de 1515, fecha en que fue inaugurada por Fernando el Católico.

Pero no olvidemos que el estilo de los Colonia ha sido calificado como polimorfo, donde se diluyen diferentes personalidades y que además debió maridarse con las ejecuciones de Gil de Siloé o evolucionar tras el contacto con Bigarny. Ciertamente la desaparición del retablo mayor de San Pablo de Valladolid y del sepulcro del obispo promotor Alonso de Burgos, nos ha privado de un conocimiento más depurado respecto al estilo artístico de los Colonia.

Para los relieves de la Pasión: Camino del Calvario, Crucifixión y Resurrección, se ha hablado de ciertas similitudes con al arte de Felipe Bigarny en el transitar de la catedral de Burgos (1598-1513), cuyo diseño correspondió a Simón de Colonia, razón que permitiría adjudicarle la autoría de la portada arandina. La misma traza burgalesa revela otros puntos de contacto respecto al magnífico retablo en alabastro policromado de la madrileña Cartuja del Paular, fábrica de promoción regia y tal vez sería posible asignar las tres obras a Simón aunque con abultadas dudas.



Una grosera limpieza a la que en 1855 fue sometida la fachada arandina terminó por llevarse los pocos restos de policromía que aún conservaba y son apenas visibles en el gran tímpano. Para la lectura iconográfica podemos recurrir al trabajo de M<sup>a</sup> José Martínez, quien acertadamente señalaba cómo la selección hagiográfica de la portada, relato pasional y exaltación mariana a la par, resultaba además testimonio excepcional para determinar la validez que el pueblo asignaba a algunos santos abogados dadas sus reconocidas propiedades taumatúrgicas y antipestíferas.

Además de ciertos apóstoles, se ha identificado a San Lorenzo, San Antón, San Gil, San Jorge, Santa Margarita, Santa Isabel de Hungría, Santa Agueda, San Lázaro, Santos Cosme y Damián, San Cristóbal, Santa Inés, San Roque, San Nicolás de Bari, San Eulogio de Córdoba, San Dionisio o San Vitores, San Sebastián, San Ambrosio, San Agustín, San Bartolomé, San Jerónimo, Santo Tomás de Aquino y Santo Domingo de Guzmán. En otras peanas o arquivoltas podemos descubrir otras figuras: San Mateo, Santiago el Menor, Santa Catalina y quizás Santa Ursula, Santa Bárbara y Santa Dorotea. Algunos miembros de semejante colegio hagiográfico parece desplegarse sobre la fachada vallisoletana de San Pablo, si bien, predominan allá los apóstoles, evangelistas, santos mendicantes y padres de la Iglesia, en la línea apostólica idónea para un templo dominico.

Sin duda las pestes del siglo XIV, los desgarros del ciclo agrario y el nacimiento de un decidido espíritu

gremial debieron influir sobre el desarrollo del culto hacia ciertas devociones populares. Plagas de langosta, pedriscos y virulentas sequías diezmaron las poblaciones campesinas e incluso obligaron a su abandono, recurriendo a las ciudades del entorno.

Hacia 1506-1507 una apocalíptica epidemia de peste, "de secas y carbunclos", muy recordada por las gentes, asoló los campos de Castilla. Como en la mayor parte de los casos, iba asociada a una aguda crisis de subsistencia, quebrando cosechas de cereales y vides.

La falta de alimentos, las oleadas de tabardillo (tifus), gripe y pestilencia, hicieron que la población más indefensa fuera extraordinariamente vulnerable. Su gravedad fue tal que llegó a extenderse hasta Andalucía y Cataluña. Las infecciones cruzaban de mar a mar, siguiendo los caminos que desde los puertos cantábricos de Bilbao, Santander y Laredo, atravesaban la Península en dirección a Madrid, Talavera, Toledo y Sevilla.

Los arandinos, junto a la ruta más directa que cruzaba por Somosierra, sufrieron intensamente los bubones y apotemas de garganta en ambos sentidos. Y los remedios no eran muchos, apenas la prohibición de comerciar escabeche, la enfebrecida actividad desplegada por los hospitales en los arrabales y los humeantes braseros, ávidos de incienso, benjuí, laurel, romero y maderas de sauce, enebro y ciprés, para aliviar así la corrupción del aire, demasiado pestilente tras la incineración de ropa y los rápidos sepelios.

Más allá de la administración de jarabes de cidro y aguas destiladas de



Convento de *Sancti Spiritus*

accedera, alcaparra y escorzonera o del uso del agresivo catéter que eliminara purulencias, las gentes acudían a la Virgen y los santos terapéuticos especializados: San Roque, San Matías, San Sebastián, San Blas, Santa Catalina, Santa Quiteria, Santa Apolonia, San Nicolás u otros muchos. Iban en procesión a sus ermitas, fundaban cofradías, instituían votos, ornaban sus altares en las parroquias con la esperanza de expiar sus culpas y evitar así el contagio o celebraban ceremonias *a posteriori* en acción de gracias. Así como los vecinos

de las villas y concejos solían pleitear frente a los nobles, endeudándose hasta las cejas ante los procuradores de las chancillerías regias, también pagaban, en forma de misas, procesiones, ayunos y tiempo de trabajo, a los santos que podían librarles de mayores males: la peste, los desastres naturales y el hambre. El castellano aplicaba a la esfera celestial las lecciones aprendidas en los tribunales seculares. Así de claro.

Era Aranda una verdadera villa conventual: el convento de franciscanos se terminó en 1504, el



Colegio de la Vera Cruz. 1900 (Ruinas del Convento de San Francisco)

dominico de *Sancti Spiritus* en 1562, las clarisas conocidas como *antonias* en 1560 y el de las bernardas -trasladado desde Fuencaiente del Burgo en 1587- a los que debemos añadir el colegio de la Vera Cruz y el hospital de los Santos Reyes. Y la religiosidad, en su doble vertiente ortodoxa y popular, impregnaba completamente la vida cotidiana de todos los vecinos durante el primer tercio del siglo XVI.

No comulgar estaba rigurosamente penado con el pago de tres

reales destinados a la fábrica de Santa María. En 1527 sólo tres vecinos se atrevieron a quebrantar la norma. En 1531 el cardenal García de Loaysa instaba a la asistencia a la santa misa dominical e instituía inquisitivo padrón de confesados. Tales requerimientos, como el prohibir trabajar los días señalados, no resultaban descabalados en una localidad donde al colectivo de supuestos cristianos viejos se habían sumado minorías hebreas y moriscas de singular importancia.



Procesión del Corpus. Años 20

Desde mediados del siglo XVI el consistorio pagaba todos los años una serie de misas ante el altar de la Pasión en agradecimiento por la cosecha: era el llamado voto de San Frutos. De algún modo asistimos ante una suerte de voto, inseparable en sí de las obras en la primera parroquia de la villa. A los mismos regidores y cuadrilleros les era obligada la asistencia a todas las procesiones y rogativas, nómina festiva que no era precisamente menguada.

Recogía el padre Silverio Velasco las principales fiestas y procesiones que la villa arandina celebraba a mediados del siglo XVI: San Sebastián (con procesión hasta la ermita del santo), San Blas (con procesión a la Santa Cruz), San Marcos (procesión a la Virgen de las Viñas), San Juan (procesión a San Juan de la Laguna), la Ascensión (procesiones a San Andrés en el arrabal de las Tenerías -años después pasó a San Gil-, Santiago de las Encinas, ermitas de

Santa Marina, San Lázaro y San Lorenzo), la Santísima Trinidad (procesión a la ermita de Casasola en Fuentespina), San Antonio, San Lorenzo, San Bartolomé, Nuestra Señora de Septiembre (procesión a la Virgen de las Viñas) y San Mateo.

Aún se certifica la existencia de otras ermitas como las de Santa Lucía, San Pedro, San Felipe, Santa Catalina, Santa Agueda, San Miguel, San Benito, Nuestra Señora de Roma, San Antón y San Gregorio.

Se celebraba con especial celo la fiesta del *Corpus Christi*, asistiendo el consistorio a las vísperas, cantando la salve y corriendo con los gastos de danzas y autos sacramentales.

A inicios del siglo XVI el templo de Santa María disponía de importantes censos, capellanías y heredades particulares en favor de la fábrica, además de los diezmos de la *cilla de los tercios*, cuatro locales que funcionaron como boticas y otros cepillos en la misma parroquia, en la ermita de la Virgen de las Viñas y en el convento de San Francisco. Tales recursos también debieron servir para rematar las obras, sustentar órganos, campanas y alhajas amén de mantener la nutrida corte de sacristanes, maestro de capilla, infantejos de coro, tenor, bajón e incluso atareado perrero.

La cofradía de San Nicolás fue la más importante de las asentadas en la iglesia de Santa María. Mayoritariamente formada por clérigos, alcanzó nivel de verdadero cabildo capitular -como si de una colegiata se tratara- que instituyó abad, además de suculentos memoriales y aniversarios perpetuos, al menos desde 1517. Destacaron los de Alonso de Quemada,

el comendador Juan de Acuña, Juana de Quemada, Cristóbal de Durango, María del Rincón, Juan Sanz de Hesilla, el procurador Juan Pérez del Campillo, el regidor Gonzalo de Aranda, Pedro de Miranda y su mujer Catalina de Calahorra, Isabel de Mendoza, el mercader Rodrigo Daza, Cristóbal de Garay, el bachiller Juan Rodríguez de Espinar o Leonor Cabeza de Vaca.

Hacia los mismos años el ilustre regidor Antonio de Miranda, el *Primo*, ujier que fue del emperador Carlos I, mandó construir en la actual sacristía y capilla del Santo Cristo del Campo una capilla advocada a las Vírgenes y trajo al efecto desde Maguncia, Worms y Colonia supuestas reliquias de las *once mil vírgenes*, una detrás de otra, obteniendo en 1530 de Clemente VII un breve para la concesión de indulgencias. No es despreciable que sobre la rosca del arco de entrada a su casa de la calle de la Canaleja -hacia San Gil y el Bañuelos- colocara la engreida leyenda: "El gótico de Alemania, primo del emperador, que el aguila trujo a España, en campo de oro se baña, siendo negro su color". El palacio del *Primo*, donde debió hospedarse Carlos I a su paso por la villa, sufrió grave ruina y posterior embate de piqueta aunque tamaña declaración de principios se ha conservado para el municipio.

A lo visto, el abad de la cofradía de San Nicolás llegó a andar en pleitos con el párroco de Santa María por el uso de los ornamentos de brocado, capas ricas, cruces, incensarios y cálices parroquiales a la hora de celebrar la festividad del santo patrón de orígenes tan constantinianos.

En 1568 están documentadas en Aranda las competitivas cofradías de la Santa Vera Cruz (en el convento de San Francisco), Santa Lucía, San Roque, San Juan, San Andrés, San Llorente, San Lázaro, la Santa Cruz, San Sebastián, *Corpus Christi* y la Misericordia.

El mismo consistorio arandino solía reunirse cada primero de enero en la capilla de San Pedro del templo de Santa María, donde se procedía a la elección de los diferentes oficios municipales. Entre los regidores arandinos de la década de 1530 destacaron Cristóbal de Salazar, Antonio de Miranda, Diego Guerra, Gonzalo Mejía de Aranda y Alonso de Huete.

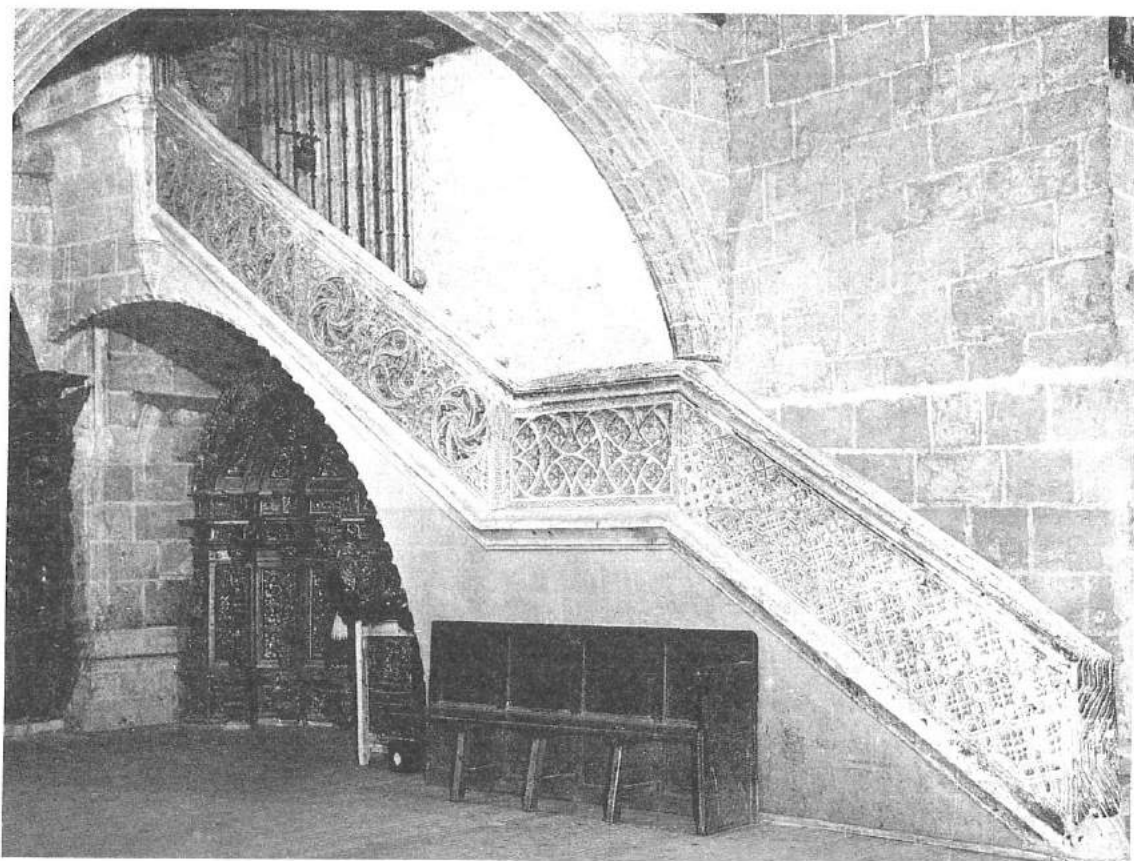
No olvidemos que en Aranda tuvieron casa abierta algunos miembros de los Zúñiga, Avellaneda, Rojas y Sandoval, Acuña, Mendoza, Borja, Curiel, Aranda, Quemada, Santa Cruz, Beltrán de Villanueva, Delgadillo, Proaño, Velázquez, Ortiz de Zárate o Colmenares. Nada desentonaría pues al considerar la peculiar promoción municipal arandina costeando las obras de la excepcional portada de Santa María e incluyendo en el remate de la misma los escudos de la villa.

En el interior de Santa María destacan las escaleras de acceso al coro, delicado encaje de mudéjar yesería, por desgracia incompletas y que, sin la correspondiente refrenda documental, han sido dudosamente atribuidas a la mano de Sebastián de la Torre. Diferente casuística ronda el magnífico púlpito, adherido al primer pilar de la nave de la epístola, es una suntuosa ejecución tallada en madera de nogal cuyos cinco paneles presentan al Bautista y los Padres de la Iglesia, encapsulados en el interior

de medallones, para el respaldo se reservó un *ecce homo*, para el tornavoz el escudo de armas del obispo Acosta y una Inmaculada para el remate. La obra, por la que cobraron 200 ducados, fue encargada en 1546 a los célebres escultores renacentistas Miguel de Espinosa y Juan de Cambay, por entonces vecinos de Palencia. Desconocemos los términos exactos del contrato si bien Silverio Velasco había rescatado la valiosa información entre los libros de fábrica de la parroquia que poco después fue ratificada por ulteriores investigaciones de García Chico.

El retablo mayor -hoy destruido a la nave de la epístola tras resistir viento y marea- fue obrado por Gabriel de Pinedo y Pedro de Cicarte hacia la década de 1610, cuando la moda romanista estaba en pleno auge. Martí y Monsó, infatigable sabueso de archivo, nos reveló ciertos detalles de su hechura. Sufragado por el obispo fray Pedro de Rojas, fue policromado por Juan y Clemente Sánchez, Pedro de Morales y Bartolomé de la Serna.

La *bajada del ángel* del domingo de Resurrección todavía se celebra frente a la galana fachada de Santa María. Un niño con atuendo de querubín suspendido desde un globo multicolor, dirigido mediante poleas, levanta el paño que cubre el rostro enlutado de la Virgen al tiempo que suelta un par de palomas en volatinería maniobra y menea brazos y piernas emprendiendo mecánica ascensión. Aunque el efectismo de la tradición parece encajar mejor con un ritual de origen barroco, los datos más antiguos documentando la festividad remontan sólo a fines del siglo XVIII.



Escalera de acceso al coro. Iglesia de Santa María

En Aranda la funambulística escenografía parece calcada de la ejecutada en Peñafiel, aunque el momento cumbre acontece durante el encuentro entre las imágenes de la Virgen -acompañada de aparatoso abanderado que ejecuta tres genuflexiones en recuerdo a las caídas del Nazareno- y el Resucitado, procediendo el infante a retirar el manto -que no velo- de la venerada.

La iglesia de San Juan se alza sobre la loma que asciende hacia el

este desde el cauce del Bañuelos y, al igual que su vecina Santa María, presenta torre de férrea catadura, sin duda reveladora de su función acastillada. La torre fuerte también parece datar de fines del siglo XIII y tiene planta cuadrada, perforándose en su cuerpo superior mediante dobles vanos rasgados y coronando en recreado amatacanado -algo fantasioso- que data de cuando retiraron el chapitel piramidal, bien cubierto de placas pizarrosas. Así, tan brillante pare-



Bajada del Ángel. 1965

ce un escamado saurio dotado de espolón inmemorial que contemplara ocioso el manso discurrir de las aguas, Duero abajo, donde sumerge su sombra.

Es nuestro más vetusto edificio, testimonio fosilizado de una villa

que durante la Baja Edad Media empezaba a asomar como una de las de mayor empaque del reino.

Aunque proyectado como templo de tres naves hacia las primeras décadas del siglo XIV, reaprovechó el corsé de otro anterior y expe-

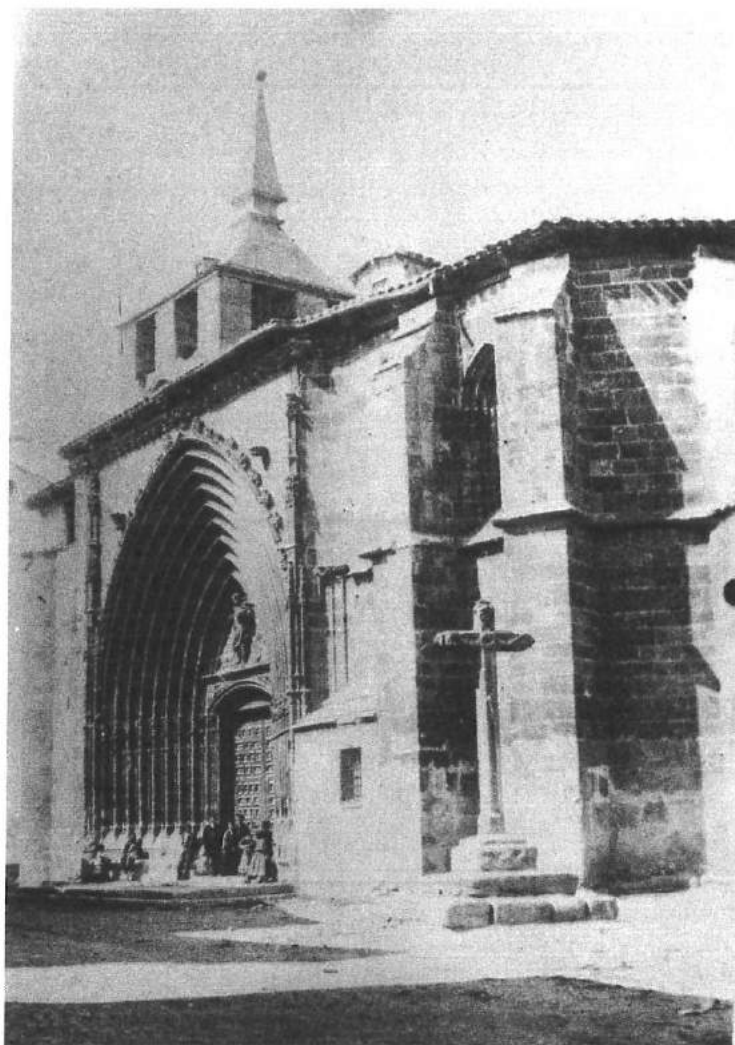




Torre de San Juan. Años 40

rimentó precipitado parón -quizás a consecuencia de las guerras civiles- dando al traste con la traza original. Desde entonces, de cuando un desgarrado replanteo desbarató las buenas maneras originales, su aspecto es más parecido a ranqueante carabela que a grácil galera.

A mitad del siglo XV el edificio se cerró hacia el bloque absidal, abortando una cabecera de hechura poligonal, zanjando cubiertas de chaparra estrelladura y dejándonos fábrica tan patiocorta y zumbona que sus singulares contrafuertes parecen obesas cinchas de baúl. El humilde adobe sirvió



Fachada de San Juan. 1910

para el cerramiento de la cubierta occidental. Debió ser tal la penuria económica que el desmelene de comitentes municipales y gremiales estuvo en consonancia con el agua que impeni-

tentemente empezó a caer del cielo, y así, hasta hoy.

De manifiesta envergadura resulta sin embargo su fachada meridional, cuyos retranqueados haces de



San Joaquín y Santa Ana. Iglesia de San Juan. Atribuidas al taller de Pedro de Sierra

arquivoltas van adormilándose sobre las floreadas jambillas que ostentan capiteles con mascarones femeninos y sutiles frondas. Guardapolvos incardinado, sendos pináculos laterales, dos huérfanas peanas y un interesante tímpano con la imagen barroca del Bautista que asienta sobre rebajado escarzano moderno, completan un conjunto obrado a inicios del siglo XV.

Hacia el norte, constreñida entre contrafuertes, como piojo en costura, se abre la portada plateresca, de las medidas por pie de romano con el visto bueno de Diego de Sagredo y siglos después vilipendiada hasta la extenuación, y no precisamente por canes flojos de vejiga.

La sensación de desmesura vuelve a experimentarse en su interior, jalonado por dos pares de testarudos pilares cilíndricos que soportan sencillas bóvedas de crucería. A los lados del presbiterio se abren sendas capillas. La sacristía se cubre con bóveda nervada del siglo XVI, reservando hacia oriente un arcosolio conopial flanqueado por pináculos que fue utilizado como hito de enterramiento. La capilla de las Calderonas se abre a la nave del evangelio mediante renaciente arco de medio punto, floreado y casetonado en su intradós, cuenta además con plateresca reja, antaño coronada por escudo heráldico coincidente con el visible en el arcosolio, donde fue depositado el yacente del propietario, quizás don Alonso Calderón, que se fue al otro barrio sin concebir varón, y tal vez de ahí proceda el sonoro apelativo femenino -refajado y con manteo en ristre- con el que todavía hoy identificamos la capilla. El mismo recinto fue ornado con un señero

retablo plateresco advocado a Santa Catalina -preside desde un excelente alabastro dorado de fines del XV- que presenta catorce tablas pintadas con un buen desfile de santos e insiste en revelar las armas parlantes del promotor.

El desaparecido retablo debió armarse hacia 1500 y del mismo sólo se han conservado -en la iglesia de Santa María- cuatro espigados grupos escultóricos correspondientes a las escenas de la Oración en el Huerto, la Última Cena, el Camino del Calvario y el Santo Entierro, quizás también corresponda al mismo un calvario alzado en uno de los retablos de la nave del evangelio. Los relieves, aunque permeables a referentes nórdicos, rezuman cierta palurdez, nada que ver con las yemas y empiñonados de Gil de Siloé. Otros coetáneos que ilustraban escenas de la vida de San Juan fueron integrados en dos de las calles de la máquina neoclásica del nuevo retablo, de mármol veteado al trampantojo, costeado en 1758 por la cofradía de la Virgen del Carmen que, de paso, colocó a su patrona -magnificencia de don Alonso Isidro de Narváez y Vivero, muy devoto de los carmelitas de Peñaranda- en el centro del mismo, iluminándola con teatral transparente, como llameante abogada de la buena muerte.

De mayor calidad son las tallas exentas en madera policromada que se sitúan sobre los escalones de acceso al altar mayor y parecen identificables con San Joaquín y Santa Ana. Su estilo sigue de cerca el nervudo *pathos* de Juan de Juni, el gran escultor francés que obró para Aranda el sepulcro del obispo don Pedro Alvarez Acosta, antaño instalado en

el templo del *Sancti Spiritus* así como su retablo mayor, fundación debida a la munificencia del mismo eclesiástico. De ambas realizaciones sólo nos ha quedado una escueta descripción y como señalaba Pedro Abad, las dos tallas custodiadas en la parroquia San Juan bien pudieron haber pertenecido al retablo mayor de la iglesia dominicana. Investigaciones más recientes han atribuido las esculturas al taller del imaginero vallisoletano Pedro de Sierra, lo cual parece dislocar un tanto las siempre subjetivas apreciaciones estilísticas.

El Católico rey don Fernando redactó en Aranda su testamento, allá por el mes de mayo de 1512, en el que nombraba regente en primera instancia a su hermano Fernando hasta la llegada del jovencito Carlos, el toisonado elegido para ostentar toda la gloria, él solito, del Imperio.

Don Fernando fue hospedado en las casas arandinas de Juan de Acuña, comendador de la orden de Santiago, ya desaparecidas aunque sitas junto a la ermita de Santa Ana, donde redactó segundas mandas y asistió achacoso a su última entrevista con el cardenal Cisneros en 1515, al año siguiente fallecía en Madrigalejo.

El purpurado asumió finalmente la regencia, desplazándose con Adriano de Utrech y la corte hasta la villa de Aranda en agosto de 1517 a la espera de Carlos, si bien prefirió despachar en la *Domus Dei* de La Aguilera. Allí recibió al infante don Fernando, adalid del espíritu antinflamenco, que ambicionaba el trono asignado a su hermano, conminándole a deponer su actitud hostil y reduciéndole en Aranda, jaula dorada para digni-

dad tan principal, en el palacio del marqués de Aguilar. Tras despejar las viperinas intrigas cortesanas, un Cisneros exhausto aflojaba su último suspiro en el palacio del conde Siruela de Roa el 8 de noviembre de 1517.

Hacia el último tercio del siglo XV se instalará en Aranda Martín Vázquez de Acuña, corregidor de Avila y señor de las villas de Villaester, Hoyales y Fuentelisendo. Junto a su mujer, doña Constanza de Avellaneda, fundó el convento franciscano de la Inmaculada Concepción, dotándolo con reliquias, reservándose enterramiento junto a la capilla mayor y promoviendo la creación de un hospital. Ambos nobles fallecieron antes de ver iniciadas las obras y terminaron por ser sepultados en las Claras de Tordesillas.

Los menores de Silos habían pleiteado contra los nuevos observantes por cuestión de limosnas, el dichoso tema de siempre, y habían conseguido del vicario general la paralización de las obras. Tras pasar los silenses a la custodia de La Aguilera, el convento de Aranda continuó su fábrica trazando hermosa iglesia tardogótica y extendiendo sus fincas hasta el colegio de la Veracruz. Cuatro décadas más tarde algún fallo de estabilidad ocasionó la fatal ruina del templo que se vino abajo como un castillo de naipes, siendo reconstruido con especiales prerrogativas de Carlos V.

Sabemos incluso que para su claustro ofreció mandas Fernando de Magallanes y que hasta su cabecera fueron trasladados los despojos de los fundadores y sus directos descendientes cuyos epitafios transcribía Loperráez, a saber: Juan Vázquez de

Acuña, su mujer Catalina de Avellaneda y don Juan de Acuña, *continuo* de la casa real, defensor de la causa realista frente al bloque comunero y corregidor de guerra en Aranda, San Esteban de Gormaz, Murcia, Lorca y Cartagena, para rematar su *cursus honorum* como regidor del concejo arandino.

La casa de Acuña contó con otros linajudos miembros, casi todos hombres de armas: Juan de Acuña, general de las galeras de Sicilia; Cristóbal Vázquez de Acuña, corregidor de las cuatro villas del Cantábrico, corregidor de Palencia y regidor perpetuo de Burgos; Martín Vázquez de Acuña, con casa abierta en el barrio de San Juan y padre de don Pedro de Acuña y Avellaneda, futuro obispo de Astorga.

Haciendo caso omiso de los interesados rumores que vaticinaban peste, el emperador pasó en la villa la Semana Santa de 1518. Procedente de San Martín de Rubiales y Ventosilla hizo solemne entrada en Aranda el martes santo acompañando la ceremonia toda suerte de verdores, ramajes, galanaduras y adornos, obligado ornato de martingala. Para Lorenzo Vital, verdadera demostración de entusiasmo ("no he visto lugar donde se portasen mejor, ni donde las gentes del rey fuesen mejor tratadas") que hoy nos resulta difícil de valorar, le acompañaban la reina doña Germana, el problemático infante don Fernando presto a retornar hacia Flandes -por impecinable imperativo sucesorio- y la infanta doña Leonor.

Al atardecer del Jueves Santo el emperador Carlos se desplaza hasta el convento franciscano de La Aguilera, atraído por la milagrera fama del futuro patrón pucelano aunque sincero venerador del Regalado. Asiste a los seráficos oficios hasta la noche del sábado, retornando a Aranda para cumplir con sus obligaciones dominicales y despachar asuntos ultramarinos, indudablemente más mundanos porque afectaban a los confines de su imperio: valorar los incisivos dictámenes de Bartolomé de las Casas y el portentoso viaje -con tornaviaje incluido- de Magallanes.

Hoy nos resulta tarea inalcanzable intuir la pose del emperador cuando asistía a misa de Resurrección en Santa María y se embelesaba con los melifluos cantores y ministriles del séquito, desplazados desde la *Grande Chapelle* de Borgoña. Tal vez pudo conciliar un ligero sueñecito que contagió al resto de feligreses, poco habituados a las *delicatessen* musicales recién importadas del extranjero. Pero para notas foráneas, de órdago a la grande, la campanada que nos dió el trotamundos arandino Hernando Burgueño acompañando a Cortés en su sangriento periplo mejicano. A la expedición de conquista siguió la cruzada evangelizadora y de nuevo otro arandino, el fraile agustino Alonso de Borja, se embarcó sin muchos miramientos para presentarse en tierras aztecas, donde predicó mucho y bien, tanto que halló la muerte en 1547.

## AL SESGO DE LOS VELLONES.

Carlos I también tomó las de Villadiego y ejerció como viajero recalcitrante, adentrándose en tierras germanas, donde aspiraba tomar posesión de la corona imperial. Dejó como gobernador a Adriano de Utrech, aquel que llegó a ser coronado con la tiara papal, sin preveer siquiera que las prósperas ciudades castellanas, escandalizadas por una epidémica afección nacionalista (si se nos permite el mancillado término), se unieran en Santa Hermandad e iniciaran el durísimo conflicto de las Comunidades.

La nobleza menos encumbra da se encontró concubinada con la germinal menestralía y también en Aranda cuajó rebelión sonada, uniéndose a las pretensiones castellanistas de la ciudad de Burgos y a los nuevos cuadros de la *Junta Santa* de Avila que recayeron sobre Miguel Daza, el doctor Ventosilla y el alcalde Sebastián de Sinovas.

Entre dos aguas, el Regimiento arandino fue tomando partido, al principio remilgadamente, después con mayor aplomo, por la causa comunera, negándose a colaborar en la soldada exigida por el condestable don Iñigo de Velasco, adalid burgalés de la causa imperial. A todas luces escurridizos, los municipales alegaron la condición realenga de la villa, justificando su maniobra como aplica-

ción de juicioso celo a la hora de velar por la conservación de un patrimonio que seguía siendo propiedad de la corona. El farol no tiene precedentes. De nada sirvió conducta tan recatada pues tras la derrota de Villalar veinte arandinos fueron pasados por la horca y otros treinta fueron desterrados quedando privados de sus bienes. Al menos la villa se libró de cotizar los 8.000 ducados de multa que les exigía el reforzado condestable.

Entre los "traidores, desleales, revolvedores y alborotadores" se encontraban algunos de los más ilustres municipales: los alcaldes García Ximeno y Sebastián de Sinovas, los regidores García Tomillo y Alonso de Moradillo, el presidente del concejo Francisco de Torquemada, los diputados Miguel de la Gallega y Alonso de Aranda apodado el *Bermejo*, el escribano Ramón Cestero o los hombres de armas Sancho de la Peña, Gaspar de Mansilla, Juan Sánchez de Quemada, Miguel de Alcázar y Miguel Daza. Entre los leales al emperador: Juan de Acuña, Martín Vázquez de Acuña, Juan de Olmedo, Martín de Torquemada, Pablo de Castro y el capitán Valle.

Dicho así, de corrido, semejante nómina de próceres resulta heladora, sobre todo porque desconocemos las circunstancias de su



Entrada a la Villa. Arco del Ayuntamiento

cautiverio, sumarísimo juicio y ejecución. Aunque como ocurre con respecto a cualquier pena capital, casi mejor no saber nada, por infame, apabullante y despiadada. A degüello o empicotada, ilustra perfectamente unos usos nada respetuosos sobre los que sin duda el gotoso emperador reflexionó desde su retiro en Yuste, cuando poco le quedaba ya en este

mundo y se enfrascaba en jerónimo antifonario.

Más optimista resulta saber cómo en 1551 una provisión real autorizaba a la villa "para que pueda dar soterraños en la parte concejil della, pagando censos", aludiendo sin duda a nuestra portentosa red bodeguera que entraba, con todas las de la ley, bajo el avieso yugo fiscal.





Convento de *Sancti Spiritus*

No obstante, el grueso de las bodegas subterráneas arandinas parecen obra más moderna, de los siglos XVII y XVIII, cuando el monocultivo vinícola seguía dando pingües beneficios. Que alguna se conserve desde la Edad Media resulta juicio demasiado aventurado, por más que nos empeñemos en llevar las cosas -sobre todo las de los monumentos- más lejos de lo que fueron. Y si no fíjense en muchos de los carteles informativos que datan nuestro patrimonio o en las cinegéticas leyendas tempranas que explican el porqué de tantas fundaciones sacras.

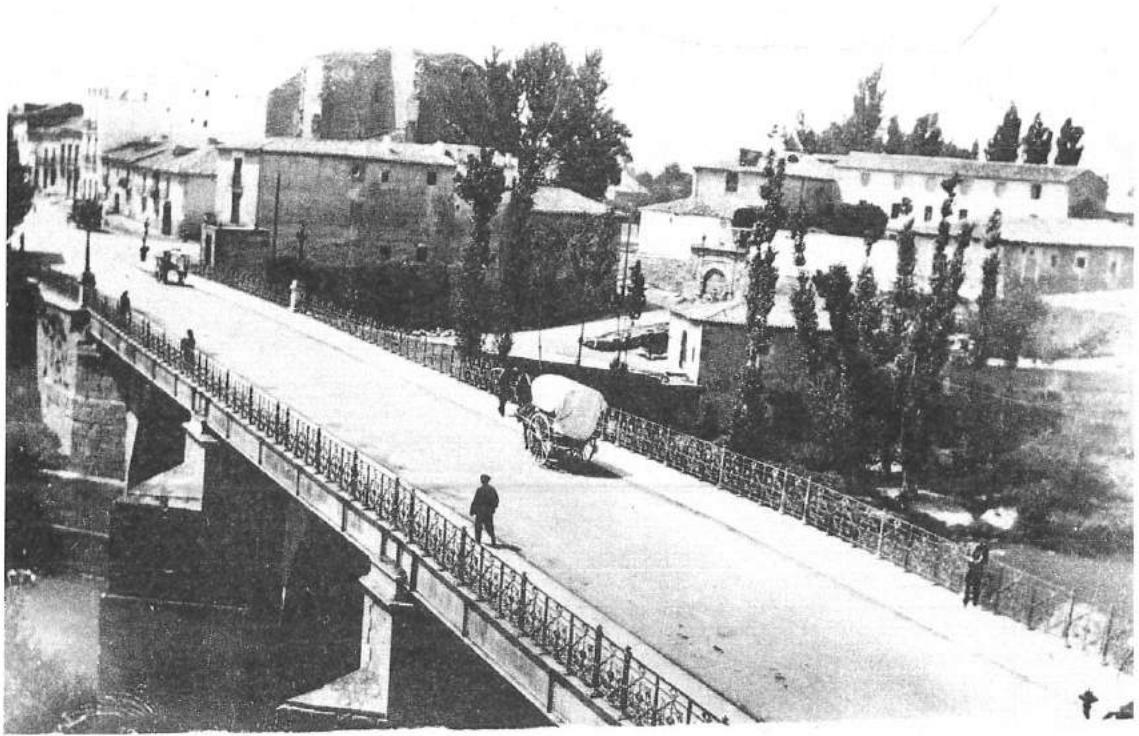
Tan viejo como la pana es el recuerdo de don Diego de Avellaneda, primo de don Bernardino González de Avellaneda, primer conde de Castrillo, que ostentó el cargo de alguacil mayor de Aranda. Era hermano de don Francisco de Zúñiga y Avellaneda, tercer conde de Miranda y de don Iñigo López de Mendoza, obispo de Burgos. Entre otras dignidades don Diego acumuló las de provisor de Osma, auditor presidente de la Chancillería de Granada, virrey y presidente del Consejo de Navarra y -cual San Telmo- obispo de Tuy. Fundó el monasterio jerónimo de Espeja, en las cercanías de la localidad soriana de Guijosa, donde encargó suntuoso cenotafio al afamado Felipe Bigarny, conservado hoy en el *Museo Nacional de Escultura* de Valladolid. Del exclaustro convento apenas quedan cuatro muros en pie, tristísimos e incapaces por sí solos de hacernos recordar la suntuosidad del conjunto.

Para nuestra desgracia, Aranda asistió a la pérdida del convento dominico del *Sancti Spiritus*, debido

al patrocinio del luso don Pedro Alvarez de Acosta, obispo de Osma. Aunque los frailes ocupaban desde 1542 las estancias *treintanarias* sitas sobre el coro de Santa María y más tarde la ermita de San Lázaro, el convento del *Sancti Spiritus* empezó a construirse en 1545, consagrándose su iglesia en 1562. Allí fue enterrado el mecenas oxomense un año más tarde, donde había dispuesto suntuoso sepulcro labrado en jaspe con mimético bulto de alabastro. Para rematar las obras dejó manda por 14.000 ducados y otros 150.000 maravedís sobre las alcabalas de Sepúlveda. El templo dispuso de fachada clasicista aunque es presumible suponer que su interior reflejaba aún el peso del abovedado estrellado, según la más rancia tradición tardogótica.

En el impagable *Viage de España* (sobre todo para los generales franceses necesitados de una buena *Guide Vert* Michelin que les ahorrara tiempo), don Antonio Ponz realizaba una breve descripción del retablo mayor y del sepulcro del eclesiástico, instalado en el centro del crucero. Al final, su aparatoso basamento fue desmontado para componer un púlpito, que mejor ciencia reportaba la pastoral retórica que el macabro *ars moriendi*.

Sobre estos ornamentos, donde intervinieron algunos de los mejores imagineros del reino, ya hicimos mención al hablar de la parroquial de San Juan. Además de las referidas tallas de San Joaquín y Santa Ana, en Santa María se ha conservado el Cristo de la Salud y en la iglesia de la Veracruz otros cuatro relieves -donde bien pudo trabajar Inocencio Berruguete- y un



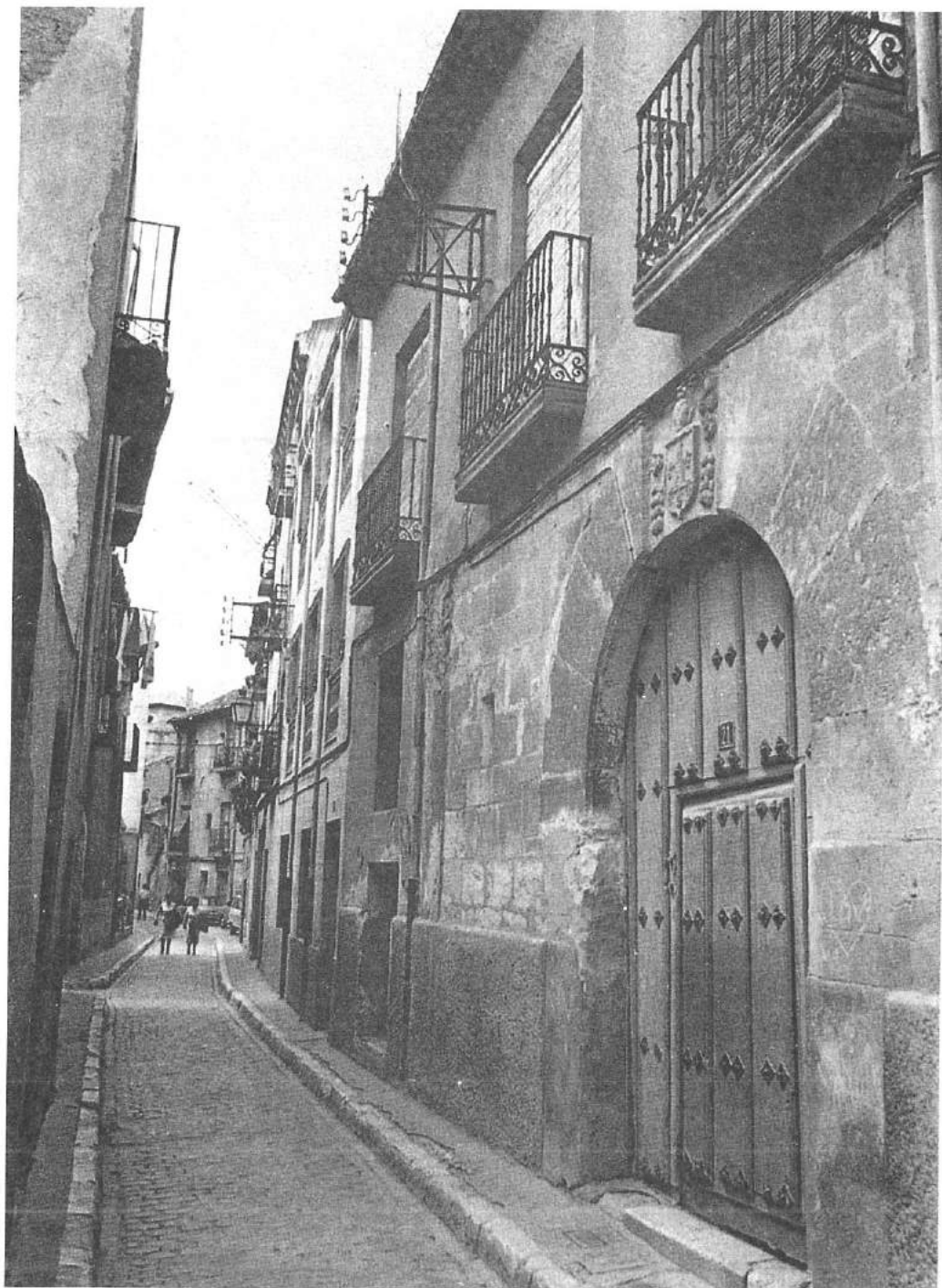
Vista del Puente del Río Duero. 1940. Convento de *Sancti Spiritus*, Hospital y Fuente de Santo Domingo

crucifijo. De los claustros, la desamortización no dejó títere con cabeza, tampoco de las series pictóricas encargadas a Clemente Sánchez durante el siglo XVII ni de la sillería del coro, compuesta por más de una cincuentena de siales y obrada hacia 1611 por el entallador vallisoletano Cristóbal Velázquez. Las huertas del convento de predicadores se extendían hacia el sector occidental de lo que hoy en día es el barrio del polígono.

A la vera de la casa dominica fundó el obispo Acosta el hospital de los Santos Reyes, en sus mandas lo dotaba con 200 ducados anuales y con el paso de los años fue recibiendo donaciones que permitieron su sustento, sobre todo del Regimiento y de particulares como Bernardo García de Calatañazor. El hospital disfrutó después de rentas inmobiliarias en Madrid, derechos de peso y algún que otro arbitrio. Contaba con capellán, mayordomo y enfermeros.



Calle Costanilla



Calle Cascajar

No eran muchas las atenciones sanitarias de las que los arandinos pudieron gozar en aquellos tiempos, así es que iniciativas de este género, o las que tuvieran a bien ofrecer los frailes franciscanos, aliviaban los cotidianos andancios. Para las dolencias más quejumbrosas que barruntaban ocasos misereres, las que en nada amortiguaban boticas ni galenos, sólo cabía encomendarse al cielo. Aunque tampoco estaba de más andar al corriente de pago con la cofradía, reconfortante y posadero seguro de muerte al cabo.

Gracias a la generosidad atestiguada en el testamento de don Pedro de Acuña y Avellaneda, oidor de la *Real Chancillería* de Valladolid, inquisidor y obispo de Astorga, que durante el invierno de 1551 había certificado asistencia a varias sesiones del pomposo concilio de Trento, pudo crearse y dotarse el colegio de la Veracruz, con capilla propia y estatutos al estilo del de San Bartolomé de Salamanca, donde el arandino se había licenciado en leyes y había obtenido suspirada cátedra, calcando modelo y obra quizás por nostalgia de juventudes.

A tal efecto, el Regimiento de la villa ofreció unos terrenos entre el convento de San Francisco y el curso del Bañuelos y una franja de monte en el pago del Picocho. El templo, cuyo actual acceso daba a la cabecera de San Francisco, sigue aún en pie como iglesia parroquial que acoge los sepulcros del fundador y de sus progenitores. A pesar de contar con elegantes trazas antiguas del célebre Rodrigo Gil de Hontañón, fueron finalmente modificadas por el arquitecto carmelita Antonio de Jesús.

Por cuenta del obispo se suministraban importantes rentas rústicas en Aranda, Villalba y Sepúlveda. Con anterioridad el concejo pagaba los servicios de un preceptor de gramática, responsable de un itinerante estudio que antes ocupó estancias en la ermita de Santa Ana (antaño sinagoga), junto al palacio de los Avellaneda, y en la de Santa Lucía. En 1553 la plaza fue ocupada por Diego de Viniegra. Conocemos los nombres de otros dos bachilleres que alcanzaron tan humilde cátedra: Bartolomé Mateo y Lázaro de Buenatierra, que se mantuvo a su frente durante cinco años. Los docentes recibían del concejo arandino emolumentos anuales por valor de 20.000 maravedís, otros 2.000 a cuenta de la capellanía del Regimiento y 40 fanegas de pan. La Veracruz mantuvo claustro con más de una docena de profesores, de teología, gramática, filosofía, sùmulas y cánones.

En 1554 el corregidor García Álvarez de Toledo realizó obras de remoce del estudio, tal y como daba fe una inscripción desplegada sobre el empecinado pilón de Fuente Minaya, donde en alarde fontanero, había abierto fuente y caños.

Ahora mismo nos asola fundada duda, de si los pensionados fueron capaces de sobrevivir sin estrecheces, malo fuera que en horario vespertino no completaran sus vaivenes como contables, chupatintas o estirados bedeles. Por esas épocas, el mismo García Álvarez de Toledo había adquirido unas casas medianeras cerca de la Torre de la Plaza Mayor, donde fueron instaladas las nuevas dependencias municipales, la sala de juntas y la cárcel.



Calle Isilla. Años 40 (Convento de las Bernardas)

Falleció el obispo Acuña en 1555, cuando andaba enfrascado en la construcción del colegio arandino y sin llegar a tomar posesión de la silla episcopal salmantina de la que había sido nombrado titular. Los testamentarios del eclesiástico, don Gaspar de Zúñiga y Avellaneda y el doctor don Diego Gonea modificaron las cláusulas de la fundación en 1559, disponiendo 3.000 ducados para alzar una casa y pagar al lector de gramática, nómina que nunca lle-

gó a alzarse y durante el siglo XVII siguió adelantando el consistorio.

La sencilla iglesia del colegio -en nuestros tiempos parroquia de San Juan de la Veracruz- tiene una forzada planta de cruz griega y un frontis barroco occidental cerrado a fines del siglo XVII, disponiendo de columnas dóricas que soportan frontón partido donde campean anchurosamente las señas heráldicas de los Acuña y Avellaneda. Hacia mediodía abre otra portadilla plateresca con nuevas armas parlantes y todo lujo

de cuartelado tumbado. Menos señorero resulta el estado de la piedra, demasiado quebradiza ante la capilaridad del sector, tuvo que ser remendada con prótesis más nervudas que los implantes dentales. Hacia lo alto se aprecian los perfiles de las bóvedas que en su día conectaron con la cabecera del templo de los franciscanos.

Las cigüeñas del nido, en las alturas de la cumbre, no parecen reparar demasiado en el actual bullicio urbano, surcado por las voces de los recreos escolares, los vehículos a motor, sus afiladas bocinas y hasta unas hambrientas máquinas que controlan cada minuto de estacionamiento. Se acuerda uno de aquellos aros, bien anclados entre las grietas de los muros pueblerinos, donde quien más quien menos, ataba su burra y ¡arreando que es gerundio!.

La vida colegial de la Veracruz fue modesta, nada que ver con la egregia universidad de Santa Catalina en el Burgo de Osma. Con el paso de los años el número de capellanes fue mermando y las mandas fundacionales, vestir seis pobres -tres ancianos, una doncella y dos criaturas- y ofrecer comida a cuantos *sin hogar* se personaran cada dos de junio, se quedaron en 1801 en auspiciar uno o dos labradores pobres -suponemos que no necesariamente "de solemnidad", que eran como pobres patentados provistos de matrícula- y dotar alguna que otra huérfana. Los recortes se hicieron asfixiantes tras la Desamortización, las exiguas rentas sólo dieron para malpagar a un preceptor de latines cuyo sueldo debía ser reforzado, ¡qué remedio!, por las modestas cuotas del alumnado. Funcionando como colegio menor en época de don Diego Arias de Miranda,

siguió acogiendo estudiantes varones hasta 1912, fecha en que fue finalmente cedido a las *Hermanas de San Vicente de Paúl* para desempeñar las consabidas tareas docentes.

Silverio Velasco y Pedro Abad no olvidaron mencionar que Aranda acogió durante la primera mitad del siglo XVI a varios paniaguados de corte: boticarios, aposentadores, mayordomos, coperos y tesoreros. Lo que no sabemos es si fueron esporádicos visitantes, oriundos de la villa, parientes de residentes o conspicuos vecinos. Debieron pasear por sus callejas, luciendo sus ropillas y acariciando sus roperas.

Transeúntes de mayor enjundia resultaron don Juan de Zúñiga y Avellaneda, mayordomo del entonces príncipe Felipe, sus hermanas doña Juana, doña María y el germano regente Maximiliano. Se les supone ricamente oropelados y flanqueados por preceptores, consejeros y criados de librea, correteando por los montes más cercanos y visitando a los franciscanos de La Aguilera, donde seguía estando el túmulo de San Pedro Regalado, hoy más que descuarjeringado, aunque lleve enseriado el marcapasos de una hermosa flecha que apunta hacia el cielo.

La propia Manuela de Portugal, primera esposa de Felipe II, fue intitulada Princesa de Aranda en 1543, distinción que sobrevino truncada tras su súbito fallecimiento. Pero, don Carlos, el hijo que nació de ambos, residió en Aranda durante los años 1549 y 1550, donde disfrutó los cuidados de su tía doña Juana hasta que partieron rumbo a Toro, cumpliendo severas órdenes de Carlos V. Debieron ocupar algunas de las casas



del concejo pues, tras su marcha, se arrendaron a particulares hasta una nueva singladura cortesana. El Emperador se guardó muy mucho de mantener alejadas a ambas hermanas, no sabemos muy bien si por extremar los rigores educativos o por evitar ingerencias del tarambanas consorte Maximiliano que, junto a María residía en la ciudad del Pisuerga.

Intramuros empiezan a construirse algunas de las casas más señaladas: la antes citada de don Antonio Miranda en la calle de la Canaleja, a la vera de la del regidor Gonzalo Mejía de Aranda. La casa de los Acuña, situada en la calle de Santa Ana, pasó a depender de los Ortiz de Zárate. Tras la iglesia de San Juan se alzó la casa de los Acuña y Avellaneda. A la izquierda de la calle del Centeno, cerca de donde estuvo la cilla de los Tercios, una casona ya desaparecida fue ocupada por el licenciado Caparoso, que sirvió como párroco en el templo de Santa María. De ésta sólo se salvó un blasón pontificio, esculpido sobre un dintel que fue reutilizado en la fachada del nuevo edificio. Pedro Sanz recordaba haber visto allí un patio columnado, de los que hubo muchos en las casas nobles de Aranda, algún arco conopial y una excelente reja. ¡Pregunte usted a los charnileros!. De carpinterías, pavimentos, portones, artesonados, arcas, bufetillos, fraileros, braseros, lozas, morrillos, cordobanes y tapicerías, mejor ni hablamos. Pero como los nobles eran selecta minoría, la mayoría de los ajuares de las casas más afortunadas no eran de mucho vuelo: un arca de pino, una o dos camas de cordeles con sus correspondientes jergones y sus aplastados col-

choncillos de lana. Pequeñas escribanías, calentadores de cama, candela-bros y palmatorias. El resto del ajuar estaba formado por una vajilla de madera, fuentes de loza cascarillada y bandejas de estaño, algún calderillo de cobre, un par de juegos de sábanas de Holanda, mantas de buen vellón abatanado y pesados cobertores de invierno. Y si descendemos hasta el estamento humilde, el *menage* era de auténtica supervivencia y la relación se tornaba tan breve que cabría en una tarjeta: jergón maicero, tazadas ropas de cama, enseres de madera, perol parchado, puchero a prueba de fogones y taza lañada.

La Plaza Nueva asistió también a la *erección* de nuevas construcciones nobles adosadas junto a la ya deteriorada muralla, allí moraron insignes *miembros* de los Mendoza, Sandoval y Rojas, Proaño, Beltrán de Villanueva, Delgadillo, Colmenar o Velázquez. La propia casa del Regimiento se amplió con nuevo anejo junto al torreón y la puerta del Dueño, propiedad del corregidor García Álvarez de Toledo.

La calle de la Dehesilla fue ensanchada -que es hoy la Plaza del comandante Requejo- y dotada de hermosos soportales a los que abrían fachada las casas de los Salazar. Las de los Ortiz de Zárate -ya del siglo XVII- ocuparon el mismo solar donde contemporáneamente se construyó el pobrecito *Cine Principal*. La misma calle de la Dehesilla dió cobijo al convento de monjas bernardas, que en 1596 habían salido de Fuencaliente, y fue alzado sobre un solar propiedad de don Juan de Acuña. Los Borja plantaron casas en la calle de Cascajar y don Diego de Curiel en la

Plaza del Trigo, vendiéndolas más tarde a Juan de Valmaseda.

Con el fin de evitar la entrada de los incontinentes apestados, hacia mediados del siglo XVI, varios lienzos hundidos de la muralla fueron recompuestos. Toda un sutil lección de avanzada asistencia social.

No estaría de más indicar que las puertas de las cercas urbanas se cerraban durante la noche, impidiendo la entrada de todo tipo de alimañas -de dos y cuatro patas- y dejando a los rezagados al raso, una posada al fin y al cabo cuyos techos ofrecían vistas al firmamento.

Mientras tanto, los regidores arandinos adquieren cargos perpetuos que se reparten entre la flor y nata de la nobleza local: los Avellaneda, Miranda, Acuña, Salazar, Zúñiga, Garay, Torquemada o Santa Cruz entre otros.

Velaban por atajar el fraude en las transacciones comerciales, regulando pesos y medidas según fiel contraste al tiempo que fijaban los precios de los artículos de consumo cotidiano. El concejo compraba y vendía todo el pescado que la villa consumía en un establecimiento expresamente habilitado entre la calle de la Sal y la plaza de Santa María. También la venta del trigo era monopolizada por el ayuntamiento, que disponía de graneros propios, tantas veces aprovisionados con cereal foráneo para combatir los años de escasez comarcana. Figones y pastelerías estaban vedados a los arandinos y servían exclusivamente a la clientela forastera, procurando el Regimiento regular los precios y mantener el juego a raya, el de naipes y dados, que levantaba turbulentas pasiones y quebrar de haciendas.

## DE PAN Y VINO Y OTRAS VIENDAS.

**S**in duda, tanto celo respondía a requerimientos de orden fiscal, gravando los productos con tasas contantes y sonantes y obteniendo por ello succulentos beneficios.

No resulta fácil intuir el paso de las cansinas borriquillas camino del mercado. A buen seguro que en sus serones transportaban hogazas, melones y sandías. Los muchachos, camino de la pescadería, cargaban sobre sus cabezas cajas de nieve de hasta siete libras para mantener frescos los congrios y las truchas. Los puestecillos, de frutas y verduras, legumbres, tapines, alpargatas, telas, cántaros y pucheros, guantes y avalorios ya se habían plantado a primeras horas junto a los soportales, desplegando sus mercaderías sobre remendadas arpilleras.

Aprovechando el trajinar de gentes, aparecían buhoneros que ofrecían toda suerte de baratijas y vendedores ambulantes que pregonaban sus artículos: artesoneros, zorreros, componedores, carraqueros, traperos y afiladores.

Los caballeros ceñían ropillas de tela basta, de bayeta o estopa, ferreruelos cortos, calzas y botas de piel. Sólo los más ricos usaban camisa de lino, pedorrera de gamuza, capa de terciopelo y sombrero de tafetán. Las damas se vestían con justillo, sayas y delantal, además de camisas, dengues y mantillas. El traje de diario era discreto, con abundantes composturas y zurcidos en las zonas de

rozadura. Entonces las calles se llenaban de vida, de pregoneros y charlatanes, de voceros y tullidos, chiscaban los cascotes de impertinentes cabalgaduras y salpicaban en furiosos embates los vertidos de las bacinas, confundiendo en un mismo lodo las secreciones más golfas con las más madrugadoras. Las de los niños con las de los ancianos y las de los próceres con las de las prostitutas. Todo un denso fluido de mierda que, con el tiempo y una caña, acabaría adornando el Duero.

Los derechos por tala de leña que se realizaba en los montes del concejo representaban otra importante fuente de ingresos. Los viejos pleitos sostenidos contra los municipios próximos durante la Baja Edad Media volvieron a reproducirse a cuenta de la Ventosilla y los Fustales de Gumiel de Hizán. Pero el Regimiento también acogió singulares medidas en pos de la repoblación forestal, así la iniciativa del corregidor don García Álvarez de Toledo promovió en 1553 la plantación de sauces y chopos junto a las riberas de los ríos, arroyos y lindes de las fincas particulares. No contento con reforzar la grata frescura ribereña, comisionó a don Diego de Mansilla ante la villa de Peñafiel para que se instruyera en el amable arte de plantar pinos y ensayara la práctica en el Pinar de los Tomillares. Es de suponer que la empresa se saldara con un razonable éxito.

Semejante conciencia ecológica recuerda las inteligentes campañas de repoblación que don Pedro Fernández de Velasco había puesto en práctica en su señorío palentino de Herrera de Pisuerga. Y no es que el noble hubiera sido un furibundo ecologista, no vayan a pensar ustedes, sólo que funcionaba con la cabeza y no con la cuenta corriente. Aunque entusiastas herederos existan, no son todos los que fuera desear.

Los abundantes conflictos que surgían entre ganaderos mesteños y agricultores darían para redactar todo un *memorandum* de cainítica apostura. Poco a poco los trashumantes cedieron, cejando en su empeño por ocupar aranzadas de tierras aradas. La más sustanciosa riqueza de estos reinos empezaba a

declinar en favor de los labradores, consumados devoradores -a la chita callando- de cañadas, cordeles y veredas.

En el ámbito de lo devocional el concejo arandino vigilaba el cumplimiento de las obligaciones religiosas y ejercía el alto patronato de las ermitas de la Virgen de las Viñas, San Roque, Nuestra Señora de Roma y San Lázaro (que en 1502 había sido inútilmente reclamada por el reverendo palentino Juan Santos en favor de la orden de caballería homónima, dedicada a la asistencia a los leprosos). La propia casa del Regimiento contó con una capilla destinada al culto privado donde Juan de Acuña instituyó capellanía, Antonio de Miranda sufragó el retablo y Alonso de Hueté una aparatosa pieza de plata.



Plaza Mayor. 1900



Plaza Mayor con templete de madera. 1890

En tierras de pan llevar la siega se realizaba a mano, una actividad durísima que solía ceñirse a las horas más frescas del amanecer y que continuaba cuando los chorros de sol remi-tían sus efectos: "el sol se está poniendo y el sol se pone y el cornudo de mi amo qué cara pone".

Los segadores empleaban la hoz con auxilio de la zoqueta e iban confeccionando las consabidas gavillas. Tras el acarreo hasta las eras, se procedía al desgranado mediante el

trillo de lascas de sílex a golpe de jamelgo giróvago. Mientras tanto, las espigadoras iban recorriendo fincas y caminos, recogiendo pacientemente hasta el grano más miserable. No saliéndose de la parva, todo es trilla, aunque también era necesario un poco de viento para separar el grano de la paja.

Pero quizás fuera la vendimia uno de los laboreos más destacados en el ciclo agrario arandino y donde el Regimiento ejercía como juez y parte.



Plaza Mayor. Hojalateros y alfareros. 1904

La fecha de los trabajos se determinaba de común acuerdo con los viticultores más expertos y era sacada a pregón por los verederos allende las calles de la villa y las localidades cercanas como Roa, Peñafiel, Lerma o Cuéllar. Como quiera que las artimañas debieron

ser habituales, el fijar fecha de forma tan precisa trataba de evitar la comisión de robos y la invasión de merinas que apacentaran los succulentos planteles.

Las vísperas, los vendimiadores a jornal afluían hasta Aranda con sus escasos enseres y se ajustaban



Plaza del Trigo

con los amos junto al arco de la Dehesilla. Muchos eran serranos y dada la frugalidad de su dieta cotidiana, bajar a vendimiar a la Ribera, compensaba con mucho las aguadas, sudores y riñonadas que iban a soportar. Los propietarios ofrecían además techo y comida: bacalada

con pisto, cocido con tocino, carne y berzas, escabeche con cebolla, ensalada de alubias, chanfaina con hígado y así, toda una ristra de viandas hasta configurar una nutritiva carta de pucheros y cazuelas devorados a cucharón y al unte. Manjares templados a pie de tajo o bajo las tenadas de

las casonas. Era una España que arrastraba una gazuza tan secular como invertebrada. Iniciados los trabajos bajo la atenta mirada y las precisas voces del cachicán, todos los vendimiadores tenían que tirar de garillo, vengan cestas y cunachos, a los carros y hasta el cocedero.

Las faenas de pisado y prensado, bien seguro el cargadero, eran diligenciadas en los lagares y permitían obtener el preciado líquido, pegajoso y saturado en milagroso azúcar, que se preparaba ya para ser sometido a la vertiginosa mostería. Tras el taponazo, a golpe de carrera y corambre, prendiendo cascabeleras de sus tobillos, no fuera que el tufo dejara mudo al más plantado, los eslomados mozos transportaban las pesadas pellejas hasta las cubas de las bodegas subterráneas, donde vertían un mosto atiborrado que dormiría un sueño tan tumultuoso como prodigiosamente alquímico.

Al escullar las pellejas de mosto y sebo, la suciedad en los trasegadores era manifiesta y servía de mofa a las muchachas, que debían salir pitando para no verse embadurnadas por los ufanos trabajadores provistos -al menos durante unos días- de licencia de lagareja, que era babosa coartada.

La villa se convertía en un hervidero de vendimiadores que colaboraban en las intensas campañas, coincidiendo con las cíclicas conmemoraciones festivas. A los hijos de la tierra, la escena se nos revela tan vívida como palpitar de corazón: basta dejar esplayar los recuerdos, empaparse del olor de las pajuelas, registrar las exhaustas voces de los tiradores y sumergirse en el color de la pez, de rotunda moradura, parto y muerte al tiempo.

Aunque quizás sólo sean fantasías de nuestra mente, cuya memoria colectiva se mantiene ensimismada a la altura de la sexta costilla y cuyos genes siguen atrancados por la caricia de tanto rampujo. Resulta una delicia caminar por las tripas de una saneada bodega, palpar sus paredes y pensar en la testarudez de sus cavadores. Aquellos que intentaban burlar los recovecos del covachón adyacente, apenas a unos centímetros perforando la greda petrificada, o calculaban la exacta proyección de una zarcera.

Quejas debieron existir para todos los gustos. Incluyendo las del licenciado Contreras, párroco de Santa María, que hacia los años posteriores del siglo XVI mandó llamar al atareado cantero Pedro Díaz de Palacios, maestro mayor de las iglesias de Sevilla, para tasar ciertos trabajos de refuerzo en las bodegas cercanas a la iglesia, y es que tamaño hormiguero podría hacer peligrar los cimientos del emblemático monumento. A los propietarios, denunciados ante la *Real Chancillería*, no les quedó más remedio que echar mano de cimbras para trabar convincentes arcadas y bovedillas.

Las tierras blancuzcas de la Ribera, pobladas de cepas, con el arañar del escardillo y las aguas de agosto "que deparan miel y mosto" resultaron idóneas para la elaboración de los afamados caldos. Y salvando las distancias, derivadas de nuestros productos químicos y nuestra fermentación controlada, el procedimiento ha variado muy poco, apenas nada desde que el bueno de Columela redactó su tratado de agronomía. Sólo el desfondante arado malacate, el líneo contra el





Entrada a la Villa. Ayuntamiento



Calle San Francisco

tresbolillo, la férrea presión de la prensa mecánica y el mecanizado invento de la cooperativa postfranquista, hicieron desaparecer los tradicionales secretos a voces. Comezón de azulejos y advocación popular, efímero albañal de plástico y bermeja manguera.

De una primera decantación surgía el luminoso vino *de yema*, que mediante cubos y calderos se intro-

ducía en el pozal, donde se llenaban las pellejas cabrunas -de tres cántaras o más- para distribuir entre los propietarios y transportarlo hasta las cubas, en el *sancta sanctorum* más seminal de las bodegas. El mosto más turbio, *de pie*, se extractaba con la ayuda del castillo. ¡A Dios rogando!.

La lagarada, de cascás y hollejos, se destinaba a las mañanadas más



Puente, vista panorámica. 1945

irreverentes, de las destiladas en silenciosas fábricas de alcohol, rescoldando tiritonas y crujir de vísceras. ¡Que no saldría cetrino orujo de nuestras viñas capaz de aplacar las más crudas heladas¡. Claro que al informante de don Pascual Madoz, de pico fino curtido en brandis y chinchones, tal brebaje le parecía de mal gusto y poca fuerza.

Algún purista podría aducir que el prolongado abrazo del racimo con los escobajos otorgaba al vino porcuno color y maledicente grado de acidez. Los amplios lagares, se llenaban lánguidamente, de modo que la fermentación duraba holgado tiempo y provocaba un acusado retraso en las primeras cargas, ya recalentadas cuando se vertían las posteriores.

Pero el coletto popular era generoso y transigente. Y si no, venían los afinadores, expertos sanitarios que intentaban auxiliar la cuba con lustres de gelatina y sangre bien sentada. Nada que ver con las sentencias vomitadas por expertos catadores, que en el albur del nuevo milenio, se empeñan en hacer de cejijunta palabrería *summa* doctrina culterana. ¡Allá ellos con sus condumios y sus enervados zarcillos!. Mientras tanto a Madoz el vino arandino le recordaba el bordelés "y acaso sería mejor si se trabajase con más esmero". El tiempo le dio la razón hasta el punto que la comarca engendra ahora -siglo y medio más tarde- tintos tan elegantes que son capaces de codearse con los afamados crianzas salidos de las riberas del Ródano y Garona.

Para aplacar la auténtica sed no hay como el agua, y ciertos cultivos precisan en abundancia. El siglo XVI se caracterizó por los proyectos de traída de aguas. Los franciscanos la sacaban de un canalillo que sangró al Bañuelos e intentaron proveerse desde el Arganzuelo a la altura de Sinovas sin culminar con éxito.

En otro abortado proyecto, los regidores arandinos quisieron canalizar las aguas desde el Duero. A tal efecto durante el verano de 1535 encargaron al clérigo Juan Muñoz que se acercara hasta la ciudad de Cuenca para traerse a los expertos *maestros de agua* Juan y Rodrigo Vélez. Una vez en Aranda, los facultativos fontaneros realizaron una meticulosa exploración en las márgenes del Duero hasta proponer la dehesa de Valdeguma como lugar muy adecuado para la apertura de un doble canal. Tan antiguo peritaje

debió ser certero y honesto pues la hidráulica contemporánea coincidió al elegir idéntico paraje para la apertura de los canales de Guma y Aranda.

Eran obras lentas y extraordinariamente costosas, así es que la mayor parte de ellas se quedaron en agua de borrajas. Sí pudo ser la construcción de la Fuente Minaya, obrada entre 1553 y 1554 por los maestros Miguel y Esteban del Valle. Por esas mismas épocas Juan de Naveda reparaba el puente mayor sobre el Duero que, por cierto, sufrió el traicionero embate de las aguas muchas veces más.

El siglo venía preñado de puentes, traídas de aguas, caños y arcas reales, ingenios de elevación, proyectos para hacer navegables los ríos meseteños y engranadas turbinas, pero por muchos geniales Turrianos, Zubiarrés y Lastanosas que se prodigarán, el ordeño al que la maquinaria imperial sometía a sus súbditos tenía sus limitaciones.

A pesar del elogio del agua, las calles del centro de la villa no eran precisamente limpias, atiborradas de barrizales, basura arrojada desde las viviendas y excrementos de cochinos, no fueron empedradas hasta esta centuria. El juicio del corregidor don Pedro Ruiz de Tapia, emitido en 1596, resulta de lo más explícito pues las calles eran "muy sucias y bellacas". Semejante lodazal no debió precisamente agrandar a los viajeros que surcaban Castilla a través de sus infectos caminos reales. Claro que tampoco Burgos, Toledo, Madrid o Valladolid eran precisamente modelos de pulcritud: esguevas y esguevillas, pendientes resbaladizas y panta-

nillos de pecina eran el pan de cada día. Lo de andar en seco, sin hundirse en cieno hasta los tobillos, resulta avance del alcantarillado de nuestros tiempos. Cuando llovía con ganas, el barro alcanzaba las gualdrapas de los caballos. Los calzados y botines, medias y polainas de los más afortunados se enchocolataban asquerosamente mientras los humildes hollaban descalzos y encabronados las pútridas charcas anegadas de ratas, así hasta el siglo XX. Las polvaredas quedaban para entretener el verano poblado de chínfanos.

Los arrabales fueron creciendo al albur de los conventos mendicantes. Al mediodía Allendeduero, junto al *Sancti Spiritus* y los caminos que conducían hacia Milagros, Osma y Castrillo; al noreste San Francisco, con los cenobios de Antonias y el colegio de la Veracruz, en el cuadrante desde donde se abría el camino de la puente Minaya, Cantarranas, los Pozos, la travesía de San Antonio, la Puerta Nueva y el puente de San Francisco (que data de 1813). Algo más allá, surgía otro

balbuceante arrabal que se proyectaba desde Carraquemada hacia San Gregorio, la actual calle Pedrote y el Sol de las Moreras. El de Carraquemada era suburbio extramuros, formaba trama con las calles de las Brujas, la Ronda y Ricaposada y bordura mayor con la achacosa muralla, que andaría ya herniada y atacada de lumbago. La irregular urdimbre la ponían las casas arrabaleras, de peor calidad, arrambladas unas contra otras y con trasera de sinuosa tapia de bardal, acogían a aquellos vecinos que entre sus punteras preocupaciones no estaba precisamente la de tallar escudo de armas.

Durante el último tercio del siglo XVI el solar arandino se ampliaba gracias a la incorporación de dos municipios de abadengo como Fuentelcésped en 1566, antes dependiente de los premonstratenses de La Vid; y Milagros en 1567, que dejó de ser propiedad de los bernardos de San Pedro de Gumiel. Las viejas órdenes iniciaban un progresivo ocaso al tiempo que las abanderadas por lo trentino tomaban posiciones.

ALBARRACÍN DE LA ESPERA. Vista panorámica



Puente y entrada a la villa. Vista panorámica. 1902.







## CONDUCTAS DE ¿CRISTIANO VIEJO?

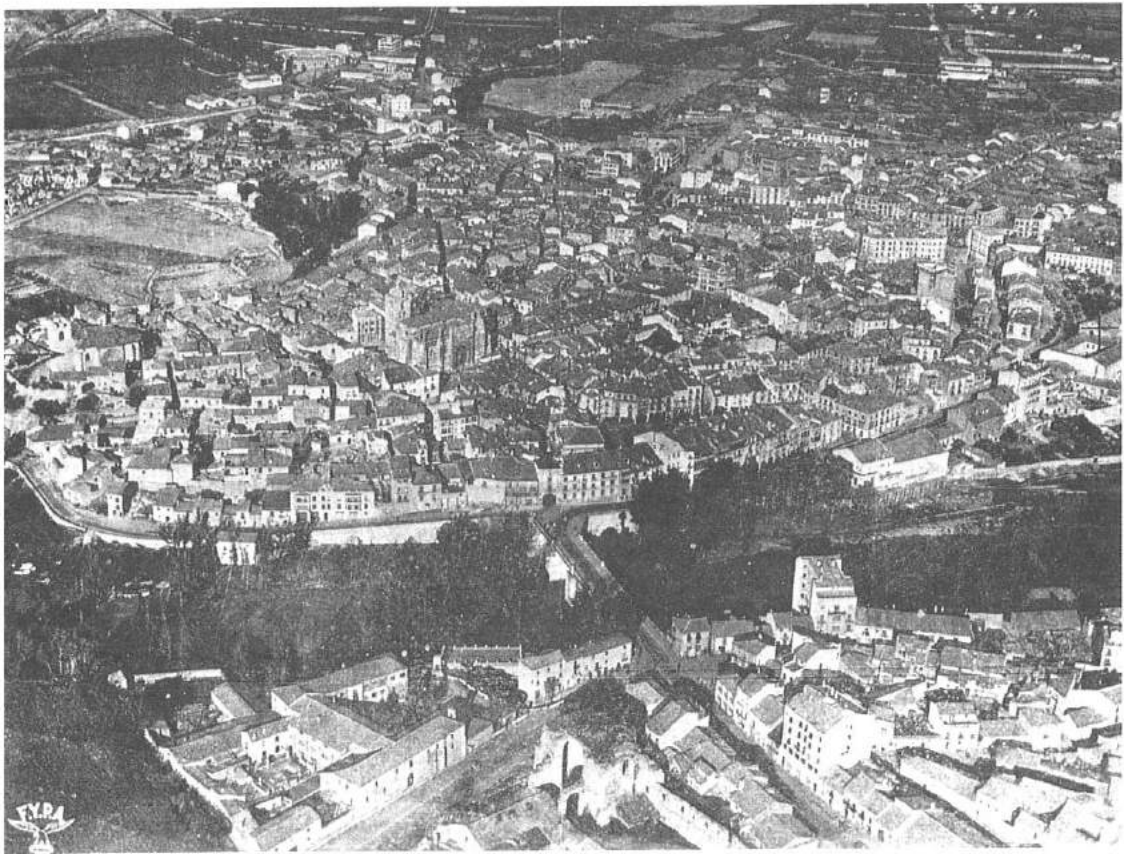
Uno de los arandinos más célebres durante las últimas décadas del siglo XVI y los primeros años del XVII fue don Bernardo de Sandoval y Rojas, tío del duque de Lerma, futuro cardenal y arzobispo de Toledo, consejero de estado e inquisidor general. A pesar de estar envuelto en feos asuntos como el de la expulsión morisca en 1609, fue hombre culto y refinado, colocó la primera piedra del madrileño convento de la Encarnación, hizo buenas migas entre intelectuales y artistas y fue protector de literatos, amparándoles de los rigores del *Santo Oficio*. El mismo Cervantes le rinde pleitesía en el prólogo de la segunda parte del *Quijote*. Vicente Espinel le dedica la *Vida del escudero Marcos de Obregón* y otros insignes hombres de letras le hicieron sobrado panegírico: Lope de Vega, el padre Mariana, Góngora, Quevedo o fray Hortensio fray Paravicino. Aunque fallecido en la ciudad del Tajo en 1618, fundó capellanía en Santa María, el templo donde había sido bautizado en 1546.

Felipe III y Margarita de Austria recalaron en Aranda en 1610, huéspedes de don Francisco Sandoval y Rojas, duque de Lerma, se alojaron en sus casas de la Plaza Nueva. El Príncipe de Asturias andaba con la salud alborotada y el diagnóstico del doctor Valle no fue nada esperanza-

dor. Más bien todo lo contrario: sólo un milagro podría salvar al niño. A saber qué pócimas se le administraron. Pero parece seguro que reforzaran su dijero con más higas, más escapularios, más patas de la gran bestia y más yemitas de coral.

Ya pensaban que se les iba al otro barrio, cuando el Regimiento organizó solemne procesión a la Virgen de las Viñas, donde invocaron clementemente a la patrona, recogieron su imagen y la endosaron en la principesca alcoba. Por si la intercesión mariana no estaba a la altura, que nunca se sabe, un fraile se había esforzado por traer con toda rapidez desde La Aguilera una reliquia de San Pedro Regalado, antibiótico de efectos sorprendentes. Tal cruce de suplicatorios obró maravilla y, contra todo pronóstico, el niño sanó. Cuentan que la reina, inmensamente agradecida, ofreció vestido y joyel a la Virgen. Desde luego, y tras superar tan fatídico percance, poco rumbosa fue. Claro que los tiempos no estaban como para echar el palacio por la ventana.

También pasó por Aranda don Juan de Austria, donde fue obsequiado con patriotera fiesta taurina allá por 1659. El mismo año que Carlos IV, de camino para Francia con la misión de estampar su firma en el tratado conocido como *Paz de los Pirineos*, hizo noche en la villa. Carlos II, el último monarca

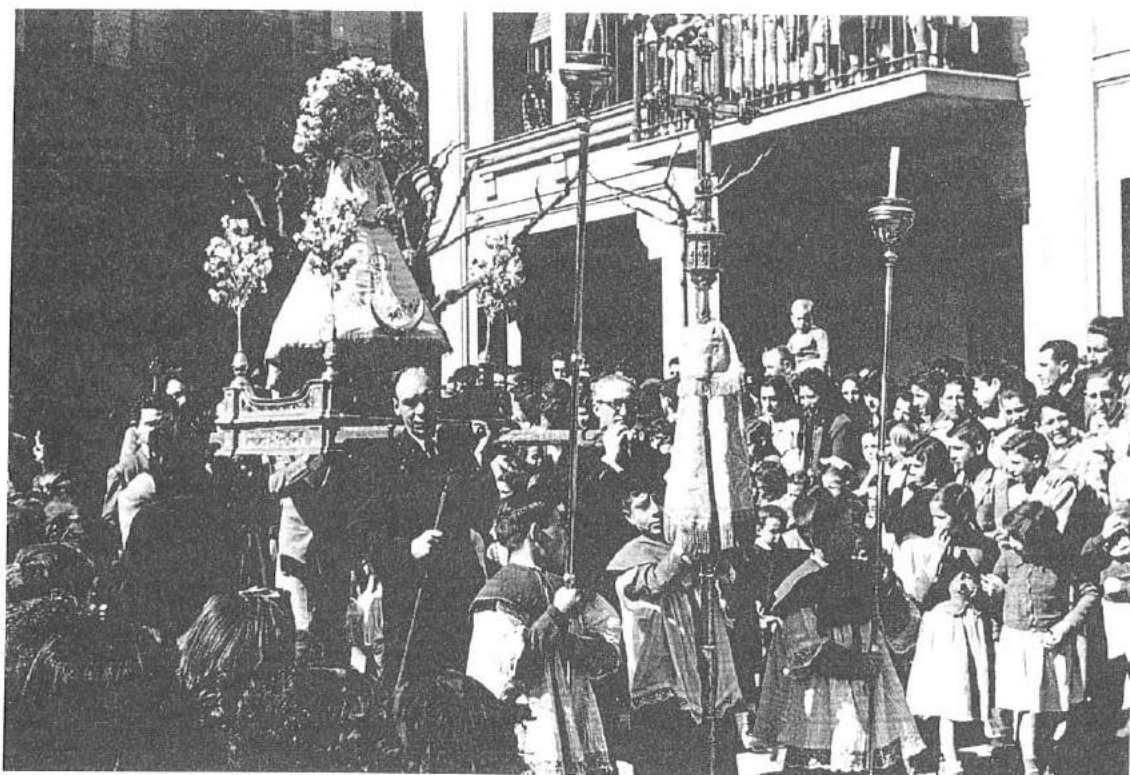


Vista aérea de Aranda. Años 60 (Ruinas del convento de *Sancti Spiritus*)

de entre los Austrias *menores*, merodeó por estos andurriales en 1679, cuando se dirigía a la frontera para recibir galanamente a su futura esposa doña María Luisa de Orleans. La pobre, no sabía la que se le venía encima.

La cofradía de San Nicolás, compuesta por el grueso de las sotonas de la villa y otros egregios seglares, fue la más importante durante el

siglo XVII y solía conceder becas a los arandinos que cursaban estudios superiores. A buen seguro que los afortunados no resultaban hijos de ningún desheredado, tal fue el caso de Manuel Esteban de Vedoya, hijo de Gabriel, antiguo regidor perpetuo, que tras ser ordenado a temprana edad, prestó sus servicios pastorales en Santa María. En 1628 la cofradía



Procesión del Domingo de Pascua. 1956 (Cofradía de "Las Candelas")

obtuvo Constituciones otorgadas por el obispo de Osma don Martín Manso de Zúñiga y que fueron renovadas por su sucesor Palafox en 1658.

La cofradía del Santísimo Sacramento centraba sus actividades en la organización del culto durante el día grande del *Corpus*. Disponía flores y desplegaba telas por las calles, haciendo desfilas a todo el cle-

ro de la villa, regular y secular, las cofradías encabezadas por sus banderolas y el Regimiento. Tras la procesión se representaba un auto sacramental, especialmente redactado por el más hábil preceptor o el clérigo de turno con dotes de literato. La cofradía del Sacramento acompañaba también el Santo Viático que era llevado a los enfermos, la práctica piadosa se



Carrequemada. Años 50

vió reforzada con especiales mandas por parte de los licenciados Juan Bautista Herrera y Juan de Garay que la aseguraban cierta holgura, pues hasta una docena de sacerdotes acompañaban los sobrecogedores recorridos sacramentales.

Otra cofradía fue la de la Inmaculada Concepción, radicada en el convento de los franciscanos y a la

que en 1622 accedieron 22 cofrades de entre las familias más acaudaladas del vecindario, renovando -muy con los tiempos- anual juramento concepcionista.

Las finanzas no andaban viento en popa y el número de regidores arandinos iba aumentando de año en año, y para mayor escarnio, se convertían de un plumazo en perpetuos



Entrada a la Villa. Puente sobre el río Duero con pretil de piedra. 1880

y enajenables. En época de Felipe IV, la corona, endeudada hasta las cejas, solía otorgar servicios, la muy ladina, por cuenta de concejos y municipios, allá se las compusieran en materia de dádivas y retribuciones.

Como el monto total de las nóminas rozaba cifras encarnadas, el juicioso procurador general Juan Gómez consiguió del rey en 1650 que el número de regidores arandinos

fuera drásticamente reducido a diez. La noticia no debió convencer a ninguno de los retribuidos, se reunieron las cuadrillas por separado y tras arduas deliberaciones -juros y perjuros por añadidura- alcanzaron acuerdo.

Por su parte, los regidores cesantes exigieron indemnización acorde, pechugoncilla más bien. Y sólo el vino ¡preciado tesoro en tiem-



Antigua carretera de Madrid. 1950

pos de demudo y parcheo!, podía aliviar las tensiones.

No es que el Regimiento decidiera apiporriarse hasta la muerte, sino que el rey otorgó licencia para abrir nueva taberna expendedora de caldos blancos -osea clarete- durante ocho años, hipotecándose los beneficios para hacer frente a un censo que satisfacía el vecindario al obispo de Palencia por valor de cuatro millones

y medio de maravedís y renta anual de 187.000. Así las cosas, y no se asusten, el censo quedó redimido en 1664. Una taberna de las de antaño, no se vayan a pensar ustedes, poco tenía que ver con los ambientados mesones de nuestros días. Una rama de pino o una banderola colorada hacía las veces de cartel luminoso y hasta allí se acercaban los parroquianos para echar unos tragos y las cria-



Margen izquierda del Duero. 1904

das para llenar los jarros que habrían de llevarse hasta las casas más principales para remojar los almuerzos y meriendas. A veces, tras los portajones, una talanquera o un mostrador, tal vez forrado de zinc y un barreñón para lavar los útiles. Y poco más, algún que otro banco y tajas para hacer corrillo y charlar de cómo venía la cosecha, comparar las propiedades de los caldos, repasar los

trapos sucios del vecindario y suspirar por un amante sobrenatural.

Astutos como raposos debieron ser los contables del Regimiento pues conocían sobradamente las costumbres del lugar en materia de libaciones. Si las bolsas no daban para tostón, buena apañadura tenían los escullantes jarros, despachados por nuestros sedientos antepasados. Echando cuentas y frotándose las

manos, en un abrir y cerrar de ojos, ventilaron la cuestión. En aquellos tiempos la objeción fiscal sólo era practicada por los abstemios. Heróicos ascetas que, cántaro en ristre, recorrían tristísimos los caños del casco urbano, soñando quizás con un supremo milagro, tan pistonudo como el del bodorrio de Caná. No nos constan semejantes sucesos, aunque hubieran sido mano de santo, brazo, torso, medio cuerpo, retahilas de nimbados por año entero y verdadero, para certificar conversiones multitudinarias que hubieran sepultado parte de las ganancias de los mesoneros.

Al tiempo, el ayuntamiento volvía a chamuscar a los arandinos con nuevo impuesto indirecto de cuatro reales por cada cuba de doscientas contra aval de finca rústica. No fuera que se sintieran demasiado livianos e hicieran abundante acopio de garrafones que alguno reconocía como de certera aplicación terapéutica. Por si colaba.

La monarquía seguía enfrascada en la política de vender los cargos a riñón la echada, así endosó al Regimiento el del Fiel Ejecutor, una especie de inspector de cereales; el del Peso Real y el de Corregidor del vino. Cargos que debieron costar la friolera de más de tres millones de maravedís. Todo para sostener el boato real, permanentemente enlutado y más tieso que la mojama.

A la larga fue inevitable hipotecar montes y aldeas en favor del convento de la Santa Cruz de Segovia y de otros tragaldabas particulares. Quemada fue vendida al conde de Castrillo, de la estirpe de los Haro y Avellaneda, incluyendo la Calabaza y

la hacienda de Vegaduro, antes arrendada a los labradores de Vadocondes. Las masas forestales del Pinar y Mata de San Juan terminaron en manos de las obras pías segovianas dejando, hacia la década de 1670, los términos de Aranda más sableados que un cepillo sin cerrojo a cargo de escolanía.

Tampoco las cosechas de mediados del siglo XVII fueron a contraciclo, los hielos provocaron hambruna y las riadas arruinaron casas, puentes y corrales, arrastrando -Duero abajo- las escasas pertenencias domésticas. El padre Velasco apunta cómo en 1658 los cielos debieron quebrarse, sacudiendo agua tres meses seguidos, un día sí, el otro también. La Carraquemada parecía el Duero, quedaron sumergidas las tenerías, se inundó el barrio de San Lázaro, el convento de los dominicos y cedieron los puentes de La Vid y Vadocondes. En el puente mayor los hundimientos y reparos fueron constantes a lo largo de los siglos XVII y XVIII, cuando había que echar mano de barcazas y peritos tasadores o exigir pagos a todos los pueblos que distaban menos de diez leguas de Aranda (eso incluía localidades como Lerma, Roa, Peñafiel, Sepúlveda, y Burgo de Osma, Cuéllar, Baltanás o Riaza). El puente de las tenerías salió mejor parado, pasando las aguas por encima sin sufrir graves desperfectos. Una traicionera helada a contrapelo, el 13 de mayo de 1659, abrasó todas las yemas de los planteles.

Como las desgracias nunca vienen solas, la década de 1660 trajo contantes y sonantes devaluaciones de moneda y grandes sequías. Largísimos veranos de fogata diurna ape-



nas estrangulada tras la salida de las estrellas. De repente un buen día, el olor del viento y la luz más nítida, endiabladamente pura, anunciaban la llegada de los otoños, sin más remilgos, ni avisos, ni entreactos, con tal saña que el 30 de septiembre de 1672 hubo conatos de huracán, enciñando las tejas por los aires a tales alturas que daba miedo verlas. Llovían tejas. Y de paso, la ventolera desgranó plantales, arrancó de cuajo pinos y tronzó olmos y chopos. En el libro de bautizados de Santa María anotaba entonces el párroco que semejantes dislates meteorológicos algo tendrían que ver con las malas relaciones entre las esferas de lo secular y lo clerical: "Fué un día de juicio; pero no me admiro, pues estaban enemistados los Regidores con los Sacerdotes sobre haber pedido Juez de cuentas en Madrid; los odios y rencores eran grandes, y así Dios nos avisó; quiera su Majestad escarmentarnos". Sentencia de lo más científica e imparcial.

Mientras tanto, procesión arriba, rogativa abajo, súplicas agónicas, a machamartillo, y redoblar de impuestos. Ruego tan tenaz deparó divina benevolencia y en 1676 la cosecha resultó tan formidable que debieron desalojar el vino viejo para rellenar las cubas con el mosto nuevo. Desconocemos si los anguilas del río sufrieron efectos psicotrópicos en los tajamares del puente del ayuntamiento o si los barbos se agolparon panza arriba en los remansos del puente Conchuela pues Leonardon, de viaje hacia Irún, afirmaba que 33.000 cántaras fueron derechitas al río, que es el morir. Piensen ustedes en las tristes caras de nuestros difun-

tos vecinos, contemplando compungidos el teñir-tañir de aguas como quien asiste al funeral de un familiar querido. A mudo responso, virtual gollete.

La historiografía señala cómo el XVII fue el siglo de máxima eclosión en el culto a la Virgen de las Viñas. El santuario alzado durante el reinado de Juan II y apenas retocado en su cabecera por el obispo Acosta, fue enteramente remozado por los maestros canteros Felipe de Velasco y Pedro Ontañón gracias a un donativo de Enrique de Cabrera, heredero del rioscano Almirantazgo de Castilla y otras generosas limosnas vecinales.

Pero hacia 1688 el ayuntamiento acometió la construcción de una nueva fábrica para la ermita siguiendo -a grandes rasgos- las elementales trazas maestras de la iglesia de las Bernardas, consagrada en 1666 por el abad cisterciense de San Pedro de Gumiel fray Bernardo de Mesa. A la obra se destinaron las tasas que gravaban el comercio sobre los pescados, escabeches y salazones, además de la sisa sobre lechones y cecinas. Sobre fundación tan gastronómica pecharon otras dignidades como la del obispo oxomense don Sebastián de Arevalo, que aflojó 1.000 reales del ala, presumiblemente de la caja capitular. Nos recuerda el obispo Velasco que durante las obras el padre Sebastián de Arévalo visitaba la ermita mandando que "nadie usase de la superstición de pasar los niños por los árboles en ciertos días determinados del año, ni se comiese, bebiese ni bailase dentro de la ermita, y que se hiciese inventario de los vestidos, joyas, plata, corales y otras cosas pertenecientes al ornato de la

Virgen, y que obraban en poder de la Camarera".

Cosas del curato, una partida de bautismo, datada el 28 de agosto de 1695 y suscrita por el párroco de Santa María, Juan Martínez de Soto, da fe de cómo cristianó a don José Agustín, muy con el día, "turco de nación, y natural de la ciudad de Navigrado, y esclavo que al presente era del señor don Jacinto Castrillón, corregidor de esta villa". Hubo misa solemne, vino español para todos, toros y jarana. Lo que no sabemos es si el pobre diablo fue manumitido, aunque para el caso, bien poco debió darle.

Muchos pueblos de la comarca elevaron importantes construcciones durante estos años: Fuentespina, Fuentelcésped, Fuentecén, Sotillo de la Ribera, Guzmán, Gumiel de Hizán, Roa, Hoyales y Nava de Roa. Sorprende que en una Castilla en crisis, la revolución vitícola ribereña propiciara un pujante despegue demográfico parejo con la proliferación de todo tipo de edificaciones: templos parroquiales, ermitas, humilladeros, fuentes públicas y palacios. Los recientes trabajos de M<sup>a</sup> José Zaparaín así lo certifican. La vid ocupaba más de la mitad de la superficie labrada, los cereales panificables empezaban a cultivarse en menor medida y el mosto constituía hasta el 80 por ciento de los diezmos satisfechos a la iglesia.

La condesa d'Aulnoy se alojó en Aranda durante la primera semana del mes de marzo de 1679. De su relato se desprende que todos los ríos se habían helado, impidiendo cualquier molienda. El alcalde, muy rumboso, les proporcionó el pan de la cena. Precipitadamente, de madrugada,

la señorona es súbitamente despertada por los posaderos que se deciden a resguardarla en el piso alto, un súbito deshielo estaba inundando casi todas las viviendas de la villa. Semejante experiencia no parece verosímil pues un desbordamiento fluvial de tal envergadura no puede producirse en un abrir y cerrar de ojos. Pero lo más descerebrado del pasaje hace referencia a las montañas que rodean la población y que agravaron las venidas. O la cortesana fue un tanto embustera o confundió nuestra villa con otro paraje: Riaza, Sepúlveda, Buitrago, Rascafría o vaya usted a saber. Si seguimos fiándonos de su testimonio, señalaremos que recibió visita del hijo del alcalde, tan galán como su progenitor aunque de mejor apostura, un buen mozo vestido con calzas de terciopelo, chaquetilla, jubón negro, capa, golilla, sombrero ancho y que iba armado con largo espadón y con malandrín puñal. Buen conversador, es posible que ragalara los oídos de la *madama* con una sarta de agradables lisonjas, confesándose además torero que arriesgaba valientemente su vida. De haber sido así, estaríamos frente al fanfarrón de turno bregado en estos lances, que siempre los ha habido y los habrá, pero es más de suponer que semejante muchachote fuera sólo espejismo de la dama, embuste evanescente, especialmente sensible a la calentura fantasiosa, de las de bajo-ventre, después de apurar más jarros de la cuenta. Los galos siguieron en sus trece, y dos siglos después, recuerden si no a Davillier, Merimée, Dumas o Gautier, se empeñaban aún en describir pintorescas aventuras,

copadas por reales hembras, bandole-  
ros y toreros, bien provistos de afila-  
das navajas. Emblemático distintivo  
de nuestra identidad cultural, de la  
del más rancio abolengo.

Eran tiempos de crisis y la  
población iba mermando. En 1673  
Aranda tenía, clérigos y viudas aparte,  
entre 3.500 y 4.000 habitantes. Los  
moriscos habían sido expulsados en  
1610 y el grueso de la nobleza se hizo  
absentista, ahuecando el ala rumbo a  
los mentideros de Valladolid o Madrid -  
según los periplos de la corte- y dejan-  
do a sus administradores en la villa del  
Duero para que velaran por sus propie-  
dades, rentas y censos.

El camino real de Francia vio  
pasar al flamante Felipe V, el primer  
Borbón, que en 1701 se dirigía a  
Madrid para tomar posesión del tro-  
no peninsular. El ayuntamiento  
estaba firmemente decidido a sanear  
su maltrecha economía, recuperan-  
do los cercanos montes del Pinar y  
de la Mata de San Juan en 1746 y

regularizando las mojoneras con  
Sinovas en 1756. La agricultura  
mantiene su *status* como primera  
fuente de ingresos, preferentemente  
volcada sobre el vino. También se  
cultivaba abundante trigo, cebada y  
morcajo, cáñamo, lino y productos  
de la huerta, pero las viñas seguían  
siendo el monocultivo por excelencia.

Sobre la excelencias de las  
cosechas habría mucho que hablar,  
ya se sabe que sobre lo que abunda se  
exagera: tal vez se recogieran entre  
100.000 y 200.000 cántaras anuales,  
que daban hasta para destilar orujo,  
despachado en públicos estancos y  
exportado a América, donde nuestros  
compatriotas andaban hastiados de  
ron. En 1771 algunos comerciantes  
catalanes intentaron industrializar la  
artesanía del alambique sin obtener  
los rendimientos deseados. La ver-  
dad, una pena, porque de haber pros-  
perado, a lo mejor nos hubiéramos  
codeado con los de Cognac.



Plaza de la Virgencilla

## AZARES QUE VAN CAMBIANDO

El obispo oxomense don Bernardo Antonio Calderón construyó en Aranda palacio episcopal aprovechando los terrenos adquiridos a la cofradía de San Roque por 6.000 reales. Debió ser trazado por Angel Miguel Ubón, maestro responsable de alzar la casa consistorial del Burgo y miembro de la *Real Academia*, que remató la obra en 1784. La fábrica episcopal, de talante neoclásico y construida a la vera de la casa de postas, donde se detenían los coches que efectuaban el trayecto entre la corte e Irún (la ruta estuvo jalonada por un total de 35 casas de postas), fue convento del Corazón de María y desapareció durante la década de 1970, devorada por la especulación inmobiliaria.

Al prelado Bernardo Antonio Calderón no sólo se le recuerda por su voluntad edilicia sino porque además tuvo la originalidad de introducir en la Ribera cultivos tan novedosos como la morera y el olivo, pero que se sepa, nunca dieron para muchas alegrías. El clima no perdona. A Loperráez tantísimo vino le parecía desgracia sin parangón pues tras mimar la cosecha "estando lo restante desocupados [de tiempo, se supone], sin mas destino ni ejercicio, que visitar las bodegas, de que nacen los vicios, la pobreza y miseria, que es notoria, causando mucha compasión, por ver es oportuno el país para remediarla, si en los naturales hubiese

la industria, aplicacion y trabajo, á que convida el terreno; pues seria por su calidad y llanura, de los mas abundantes y frondosos de España, si se sembrára, hiciésen plantios de árboles, pusieran hortaliza, y otras semillas".

Conocemos los nombres de algunos nobles, de los que se permitían el lujo de interponer pleitos, solicitar ejecutorias de hidalguía y reclamar cargos: los Mansilla, Rojas y Velázquez (Gregorio de Rojas y Velázquez fue obispo de León y de Palencia), Pérez de Prado (Francisco Pérez de Prado, valedor de los jesuitas, fue inquisidor general y obispo de Teruel), Jaramillo de Contreras, el marqués de Castroserna, Fernández de Navarrete, Gutiérrez Varona (Antonio Miguel Gutiérrez-Varona combatió a Nelson en Canarias y alcanzó el rango de teniente coronel), Berdugo, Calderón o Vázquez de Zúñiga.

A mediados del siglo XVIII la nómina de eclesiásticos rondaba el medio centenar: vicario, arcipreste, dos párrocos, penitenciario del hospital y del cabildo de San Nicolás, sacerdotes para los dos conventos, dieciocho religiosos en el *Sancti Spiritus* y veintidós en el de menores, sin contar legos, mozos, criados y asistentes.

Seguían despuntando las devociones populares fomentadas por tres nuevas cofradías que se sumaban a las ya existentes (Esclavos del Santísimo



Torre del Ayuntamiento. 1900

Sacramento, Cuarenta Horas, Santo Cristo de la Salud o San Roque). La del Santo Entierro fijó sede en el convento franciscano y desde 1762 celebraba la ceremonia del Descendimiento utilizando a tal fin el articulado cedido por la cofradía de la Cruz.

En 1627, Alfonso Colmenero, corregidor de Felipe V, dotaba una nueva ermita advocada a San Isidro que

se elevó en el camino de Sinovas y cuyas imágenes fueron sufragadas en 1758 por el corregidor Alonso Isidro Narváez y Vivero, responsable también de alzar el retablo neoclásico de la parroquia de San Juan y aprobar las constituciones de la cofradía del Carmen.

Por la *Memoria* de Larruga sabemos que a fines del siglo XVIII Aranda contaba con numerosos artesanos:



Calle San Gregorio. Ermita de la Virgencilla

albañiles y carpinteros, zapateros, calceteros, espaderos, ballesteros, silleros y hasta una docena de maestros cordeleros, que traían el cáñamo para confeccionar cuerdas y maromas desde el valle de Aza o lo adquirían a los comerciantes maños. Cita además la existen-

cia de dos tintes y los nombres de una pareja de plateros carantes de título, Matías Castillo y Francisco Esteban, y cuyas quilataciones no debían ser demasiado galanas, muy lejos de las filigranas que dos siglos atrás prestigiaron la obra de Miguel de Espinosa.





## NAUFRAGIOS DECIMONONICOS

**L**a peste de 1804 castigó duramente la villa, al punto de habilitar como cementerios algunos solares anejos a los dos conventos mendicantes y hasta los aledaños de las ermitas de San Lázaro, Santa Catalina, San Antón y San Gil. Durante aquel infausto verano se registraron casi un millar de víctimas y la epidemia no cesó hasta la llegada de los primeros fríos.

A la lacra epidémica habría que añadir, cuatro años después, la intromisión francesa. Como para no levantar cabeza.

En enero de 1808 las tropas del general Moncey, que ya habían ocupado Burgos, se bajaron hasta Aranda. La precisa maniobra de las fuerzas napoleónicas era ejecutada a la perfección para preparar un cierto ataque, llegado el momento, sobre la capital de España.

Hasta Aranda se acercó también Murat, duque de Berg, acompañado por toda la parafernalia de su estado mayor y una engolada guardia imperial, impolutamente uniformada.

Mientras Moncey recibe la orden de avanzar sobre Madrid, la retaguardia arandina es cubierta por el mariscal Bessières, apostando sus fuerzas en los conventos y principales casonas.

Fernando VII pasó por la villa el 11 de abril intentando entrevistarse

con Napoleón en Burgos o en Vitoria pero, pasito a pasito, se llegó hasta Bayona sin tener noticias del corso. Días después el mismo trayecto lo emprendieron María Luisa, Carlos IV y los infantes Antonio y Francisco.

A todo esto, el pueblo madrileño se levantó en armas el dos de mayo. Pepe Botella ciñó la corona española y se presentó en Madrid en julio. Tras la derrota gala en Bailén, los ejércitos franceses se replegaron hasta Aranda, Valladolid y Tudela. Los 30.000 soldados del cuerpo dirigido por Moncey nunca llegaron a instalarse en Aranda pues se batieron en retirada hacia Lerma y Burgos. De entonces datan los dolorosos saqueos que sufrió Santa María. Napoleón, airado, enviará a la Península el grueso de sus operativos, prestos a imponer brutalmente su autoridad.

El conde de Belvedere era derrotado en Gamonal y sufría obstinada persecución hasta Lerma y Aranda, acosado por la caballería de Lasalle. La villa ribereña quedó indefensa, no andaba para muchas gaitas el grupo de ejército de Extremadura que merodeaba los pagos, y los vecinos, temiendo radical acoso e imaginando la somanta de saqueos que se les venía encima, huyeron de sus casas hacia los montes cercanos.

El mismísimo Napoleón Bonaparte se personó en Aranda el 23 de



Casa de los Berdugo

noviembre, alojándose en casa de los Berdugo, desde donde partió hacia Somosierra el 28, con la intención de apoyar al ejército de Savary y alcanzar Buitrago, llave maestra que permitía el acceso directo hasta la capital del reino.

Mientras tanto, las fuerzas de ocupación se atrincheraron en Aranda, tres millares de encabritados húsares y maleada infantería que se apostaron en las casas más principales, los atorados conventos y el palacio episcopal, ejerciendo dura represión contra los lugare-

ños y aforrándose el buche con todo el vino que fueron capaces de digerir.

San Francisco fue incendiado el 22 de diciembre y las parroquias se habilitaron como caballerizas y depósitos de pertrechos. Según otros testimonios, fue la división de Durán, que iba a contener a los franceses, la encargada de incendiar las casas mendicantes arandinas al percatarse de cómo huía el enemigo. En cualquier caso, fuera culpa de unos u otros, ardieron por los cuatro costados.

Restituido el trono a José Bonaparte y enviado nuevo corregidor

sumiso, el arandino hecho a Francia, don Antonio Nougues, las partes fueron soportando los tirones, hasta que los más exaltados estallaron, saltando las chispas en vigorosa espiral de violencia. Del lado hispano, las partidas de resistentes habilitaron cárcavas y encinares como intrincado teatro de operaciones guerrilleras. El general Waudermausein quedó como máxima autoridad en la villa.

Tras la derrota de Arapiles en 1813, los soldados ultrapirenaicos abandonaron la plaza, saliendo por piernas y prendiendo fuego al sector de Allendeduero. El archivo de San Juan se convirtió en pavesas y en el subconsciente colectivo de nuestros bisabuelos quedaron grabadas las emboscadas del Cura Merino y de Juan Martín, el *Empecinado*. De las correrías de José Causín sabemos mucho menos porque fue ajusticiado en la Plaza Mayor de Aranda en 1810.

Los guerrilleros encarnan las más turbias virtudes de lo carpetovetónico, aventados por un endiosado sentido del honor, se amalgamaron con contrabadistas, díscolos asaltadores y aventureros. ¡Malhaya quien los hiera!, vociferarían muchos.

Dios nos libre de restarles mérito, pero algo queda en su forja trasnochada de rebeldía indomable y blasfemia chamuscada. Mucha tozudez a degüello, mucha contundencia vana. Se desataba el instinto de la venganza y los despechos acumulados. Y si no, repasen las estaciones del mito de Juan Martín, porque la cosa tiene miga.

Detenido por apropiarse de pordiosera carga de leña en monte acotado, consiguió escapar de la cárcel municipal arandina con la borrica

a cuestras ceñida por su faja. Para escalar el terroso muro de abode, había practicado escaloncillos a punta de navaja. Y menudo salto le esperaba al otro lado. Ni Sansón. Prueba número uno.

La razón de echarse al monte tiene que ver con un pulcro francés que le limpió la novia. Era menester que tamaño ultraje se saldara con rebanadura de pescuezo y carnicería de trabuco. ¡Ah, sí!, sabrá ese pedazo de pelele disfrazado de cosaco cómo las gastamos por estos pagos, ¡pues que se vaya enterando!. Prueba número dos.

Atosigando a los foráneos en Milagros, Carabias y Bahabón se hizo con golosos botines, uno de los cuales incluía cierta dama francesa, familiar de Moncey, a la que llevó hasta su solar natal, Castrillo de Due-ro. Nada pudo hacer por obtener inconfesables favores de la perfumada y optó por pantanguélica merienda en la bodega rodeado por sus compañeros de partida. Desde Castrillo, la criaturita huyó con comodidad sin entrometerse en *kermesse* alguna. Prueba número tres.

El perfil del guerrillero se nos desmorona en toda su ternura. Y es que la máscara del honor esconde pulsiones enteramente humanas, de las del sector masculino. Y apostó Juan Martín: ¡pues si no valgo para seductor, valdré para miliciano, para saqueador o para matarife!, y ahí le tuvimos, tan presto a darle al sable y masticar refriega. Carne de diván.

Lo del cura Merino fue otra historia, aunque siguiendo el mismo rastro, de complejo de insecto, de orgullo a borbotones. Galdós lo retrataba como clérigo pragmático, sórdi-



Calle Isilla. Años 40

do e intransigente, ignorante de latines pero tan preciso como la maquinaria de un cronómetro suizo.

El retrato de don Pío es más sórdido, Merino tenía mata de pelo negro y cerdoso, piel atezada y velluda, tirando a feo, jamás miraba a la cara de su interlocutor. Definitivamente no era muy de fiar. Su cuadrilla rondó las tierras del mediodía de Burgos y Palencia, desde el Cerrato al Riaza y desde el Arlanza al Pisuerga, refugiándose después, tras asestar sus certeros golpes, en los espesos bosques de Quintanar.

En 1814 regresan los regulares a sus conventos, muy deteriorados tras la ocupación francesa. Las bernardas tuvieron que reparar todas sus instala-

ciones y los dominicos del *Sancti Spiritus* se encontraron con tapias y huertas completamente arruinadas.

Fray Francisco Marinero emprendió la reconstrucción de la casa dominica. Tras una seria consultoría económica, exigió unos cuantos reales -por censos, juros y rentas- a los deudores y puso en orden las sufridas cuentas. Con un donativo episcopal y la venta de una bodega pudo hacer frente a la restauración del destartado convento.

Los franciscanos habilitaron para el culto la ermita de la Virgencilla, junto a la puerta de la Isilla, compartiéndola con los cofrades laicos de la *Venerable Orden Tercera*, hasta que fue reparada la iglesia del convento.

## COLETAZOS Y EMBADURNES

Los años que sucedieron a la francesada estuvieron plagados de penalidades y hambrunas. La caja municipal se había disipado por tanta requisita y condumio en balde, dilipendiándose en satisfacer los gastos militares. La población se había reducido a la mitad y una vez más las viñas fueron la tabla de salvación.

Absolutistas y liberales pugnanaban por el poder, quedando literaria memoria de don Eugenio de Avinareta, alcalde de la villa, subteniente de la milicia y comisario del *Crédito Público*, que durante el trenio liberal ejerció su autoridad a rajatabla. Según nos relata don Pío Baroja en las *Memorias de un hombre de acción*,



Vista panorámica de *Las Traseras* desde la otra orilla. 1900  
(Ribera del Duero antes de la construcción del *Cine Aranda* en 1935)



Allende

no dejó precisamente buen recuerdo entre los vecinos. Había servido bajo las órdenes del cura Merino y del *Empecinado* pero su conducta fue cuando menos ambigua, sin terminar de demostrar verdadera fidelidad hacia la causa liberal.

Por aquellas fechas, 1820, el cura Merino, firme partidario del absolutismo, había vuelto a echarse al monte, y fue el *Empecinado* -en nombre del gobierno- el encargado de buscarle las vueltas. Tras la francesada, don

Jerónimo había conseguido un cómodo puesto en Valencia. Pero en el curso de una reyerta cometió el desliz de tirar de pistola y se vio obligado a huir, dando así por clausurada su grata existencia como beneficiado. Cambió la sotana por capa basta, de las que usaban los pastores de Villaciervos, y según contaba el príncipe Lichnowsky, tenía sus excentricidades pues, en cierta ocasión la emprendió a palos con un pintor francés, al que dejó hecho un ceomino, pues odiaba que lo retrataran. El

*Empecinado*, por su parte, nunca manifestó inconveniente alguno hacia los artistas, en los museos está la prueba.

El cura Merino usaba siempre dos caballos, montaba uno al tiempo que arrastaba el otro por la brida. Es de sospechar que tan curioso medio de locomoción debió ser un vicio adquirido durante sus primeros años como guerrillero, cuando frecuentemente se veía obligado a salir huyendo como un rayo, después de prepararles alguna pica bien gorda a los franceses.

Cuando el *Empecinado*, iba camino de Lerma en 1821, tierra más benevolente a la cuadratura de Jerónimo Merino, fue emboscado en las cercanías de Aranda y sufrió una vergonzosa derrota, sólo mitigada por su pálido éxito en las correrías de Cebrecos y Roa. Mientras tanto, Merino, aún sufriendo estrepitosos pinchazos, seguía campeando a sus anchas.

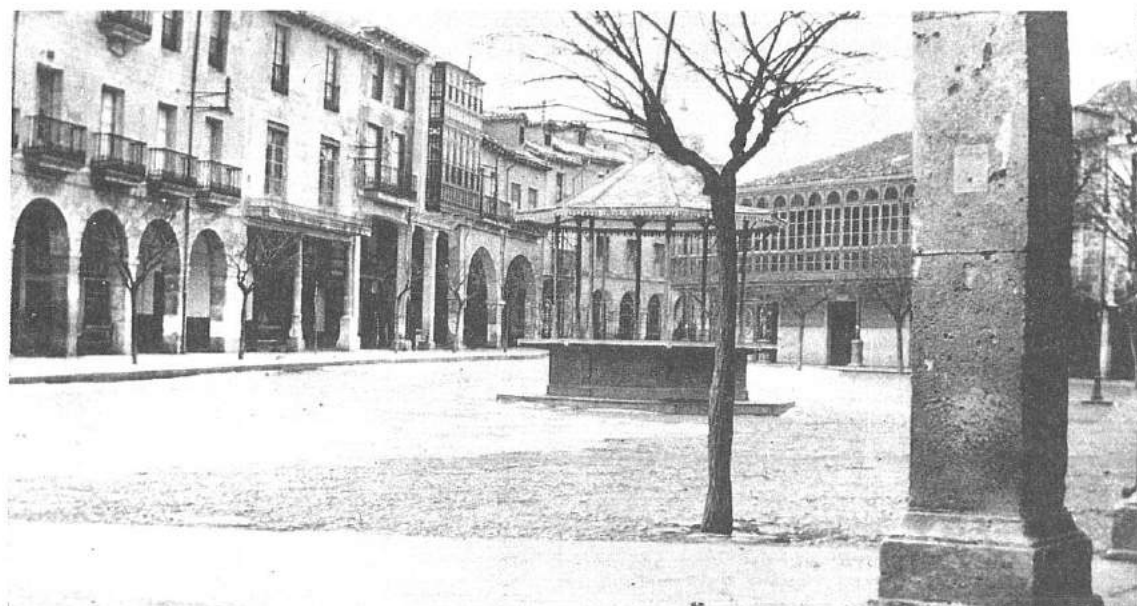
Por la villa aparecieron en 1823 el comandante lermeno Ramón de Santillán y el coronel Cevuti, dispuestos a salvar la causa liberal. Del otro lado, rondaba el general Bessières que se hizo dueño de Aranda, apenas defendida por unos pocos soldados atrincherados en Santo Domingo. Santillán entró en combate en la Virgen de las Viñas. Las fuerzas fueron descendiendo desordenadamente hasta la Plaza Mayor sin que la caballería se hiciera dueña de la situación, Santillán apresó al brigadier Iriberry y puso en jaque a las tropas realistas que huyeron hacia Vadocondes, tomando el capitán Pastor dos centenares de prisioneros. Los realistas más combativos resistieron más allá del puente, junto a la casa

del portazgo (un impuesto de paso que fue arrendado en 1818), pero sufrieron un último empujón liberal que machacó su capacidad de resistencia y les hizo claudicar definitivamente. Al mediodía de la villa existió un fortín, al oeste de la carretera de Madrid, donde se guarnecieron los gubernamentales.

La derrota de Aranda hizo que muchos años después, cuando los realistas ostentaban el poder y Santillán había pasado a ser funcionario de Hacienda, Bessières le acusase de ciertas ejecuciones y consiguiera dar con sus huesos en presidio. Algunos testigos defendieron al lermeno, quien consiguió librar las injurias inculpatorias y seguir escalando puestos en la administración hasta detentar la mismísima cartera de Hacienda.

Fernando VII fue repuesto por el duque de Angulema al frente de los *Cien mil hijos de San Luis* -que suponemos en disciplinada reata desfilar por la villa camino de la corte- al tiempo que los defenestrados liberales se exilaron en Francia e Inglaterra.

El injustamente olvidado Manuel Flores Calderón, hijo de Peñaranda y ex-presidente de las Cortes en 1823, formó parte de la entregada junta revolucionaria que desde Londres intentaba avalar la causa liberal. El ribereño, excelentemente biografiado por Javier Iglesia, acompañó a Torrijos hasta su fatal desembarco malagueño de 1831, la traición del conde de Montijo hizo que el mismo general González Moreno les echara el guante, siendo fusilados *ipso facto*. El célebre lienzo de Gisbert nos da una idea del corte-



Plaza Mayor con templete fijo. 1925

jo que, sin coletilla sumarísima, fue pasado por las armas a mayor gloria del absolutismo reinante. El retratado como Manuel Flores era en realidad su hijo Lorenzo, que vestido con una casaca marrón, sujeta la mano de Torrijos.

Este don Lorenzo Flores Calderón, se hizo años más tarde con un acta de diputado a Cortes por el partido de Aranda. Carente del romanticismo que caracterizó a su progenitor, su posición económica debió ser

boyante pues adquirió las propiedades del monasterio de La Vid tras ser exclaustado, aumentando de paso el canon a sus colonos para lograr ser el mayor contribuyente de la provincia y alcanzar así el nombramiento de senador vitalicio. Por cierto que algunas de las estanterías de la biblioteca de La Vid estuvieron a punto de irse derechitas al *Congreso de los Diputados*. Pero a don Lorenzo Flores nunca le sonrió la suerte, su esposa acabó mochales y terminó suicidándose en





Plaza Mayor. 1931

1860 y su abultada fortuna se fue al garete, falleciendo de cólera en 1865. Los deliciosos retratos de dos de sus hijos, Manuel y Rafaela, pintados por Antonio María Esquivel, se han conservado en el *Casón del Buen Retiro*.

Según indicaban Adelfo Benito y Santos Arias de Miranda, una iniciativa de Lorenzo Flores Calderón permitió que hasta Aranda llegaran en 1846 las primeras farolas de su historia. Eran donación del ayuntamiento madrileño, a lo visto, moder-

nizaron el alumbrado capitalino el mismo año y soltaron lastre hacia provincias, estando en uso casi dos décadas, hasta que otras más modernas, de aceite primero y petróleo después, jubilaron a las castizas, veteranas resistentes de tantas caramas y soles justicieros. Antes del alumbrado público, sólo las hornacinas de los santos instaladas en algunas calles disponían de iluminación nocturna.

Reinando Fernando VII fue el *Empecinado* quien se echó al monte.



Vista panorámica de Aranda. 1900

Apresado por el corregidor raudense Domingo Fuentenebro en Olmos de Peñafiel, fue ajusticiado y ejecutado en la localidad que antaño vio morir a Cisneros. Las memorias del alcalde realista Gregorio González Arranz relatan cómo en noviembre de 1823 había intervenido una carta redactada por un liberal donde anunciaba a su padre que el *Empecinado* caería pronto sobre Roa. Alertado de la llegada del veterano guerrillero hasta los montes de Cuéllar y de su posterior arresto, se presentó en

Nava de Roa, donde le entregaron la espada y el bastón de Juan Martín, cuya empuñadora decorada con diamantes valía más de 5.000 reales. El mismo alcalde se encargó de conducir al reo hasta el Torreón de la Escuela de Roa, mostrándolo a la burla y escarnio público e invitando a merendar a toda la comarca. Tras un montón de problemas derivados de la custodia del preso, el 25 de agosto de 1825 era ahorcado en la Plaza Mayor no sin antes cascar los grilletes e intentar la huida. En las memorias de

ARANDA DE DUERO. Plaza de Primo de Rivera



Plaza del Palacio. Años 20

don Gregorio se aludía al momento de colocar el cadáver en el hoyo y de rezarle un responso "que si no a él, aprovecharía a los demás difuntos y se le echó encima muy cerca de treinta carros de tierra y piedras". Como al Cid, se nota que algo de miedo aún le tenían.

Con la crisis sucesoria que se montó al fallecimiento del rey, don Jerónimo Merino, que ya no podía parar quieto sin meterse en marimorenas, se hizo carlista y se puso al frente de las milicias realistas recluta-

das en Roa y Aranda. Los ribereños se desplazaron hasta Arauzo de Miel y más tarde a Salas y Villafranca Montes de Oca con la vana esperanza de tomar la ciudad de Burgos. El ex-guerrillero llegó estar al frente de un variopinto ejército compuesto por casi 10.000 hombres. En las colinas cercanas a la villa caminera se apostaron los de Roa y Aranda a la espera del enemigo. Cuentan las crónicas que un disparo involuntario efectuado por un gastador raudense le hirió aparatosamente en la pierna y, de

paso, puso en fuga a casi todos los batallones, cuyos nervios estaban destrozados y su valor no andaba muy templado, saliendo en aterradora estampida al creer que los partidarios de María Cristina iban a por ellos. La milicia campesina, a maratónico paso, no paró hasta Pancorbo, donde fue desmilitarizada y recibió el pasaporte de vuelta a la Ribera, para seguir así laborando sus terruños que, en definitiva y más allá de las golas, divisas y oxidados fusiles, era su verdadera dedicación.

El siglo XIX fue fatídico para los regulares. En octubre de 1835 el gabinete Mendizábal promulgó el decreto de excomunión que tantos perjuicios causó a los monasterios españoles o lo que es lo mismo, al patrimonio histórico nacional. Los religiosos de los dos conventos mendicantes se ven forzados a abandonar la villa y las cofradías allí instaladas fueron desmanteladas o terminaron trasladándose hasta las parroquias: la de la Cruz a San Juan y las de la Purísima, el Cristo de la Salud y las Cuarenta Horas a Santa María. El *Sancti Spiritus* y la casa franciscana fueron temporalmente utilizados como cuarteles durante la primera guerra carlista, fortificándose entonces para detener los impactos de la fusilería. Tan irreverente destino terminó por arruinar sus fábricas. El caso no resulta aislado, repitiéndose por doquier allende la geografía del país. Al final, ambos conventos terminarán desempeñando la postrera función de camposantos.

Durante el verano de 1837 las tierras arandinas fueron testigo de abundantes refriegas militares. El ejército de Zariategui, afecto al bando carlista de Zumalacárregui, acampó junto a Pinilla-Trasmonte, buscándole las

cosquillas el general Méndez Vigo, con quien se topó en las proximidades de Oquillas. El reto a entrar en combate fue rechazado y el gubernamental siguió camino en dirección a Gumiel de Mercado y La Horra, para continuar más tarde hasta Roa, Segovia, La Granja y Las Rozas. Zariategui -que llegó a ser director de la Benemérita- sufrió después el acoso de Espartero, replegándose hacia Aranda, entonces fiel a la causa de María Cristina. Nuevas presiones del liberal Méndez Vigo obligaron a que Zariategui eligiera una salida hacia Vadocondes y Peñaranda, pasando después a Espeja y Huerta del Rey. Cosechó relativos éxitos en Salas, Lerma y Burgo de Osma, localidades donde reclutó numerosos voluntarios.

Los carlistas ocuparon Aranda y marcharon sobre Valladolid, desde donde regresaron a tierras burgalesas. A finales de septiembre hubo numerosos tiros a cuenta del puente de la villa, entre Endeduero y las casas de las traseras. Zariategui y el liberal general Lorenzo se enfrascaron en decisivo combate. Mientras tanto, don Carlos venía echando la lengua desde Burgo de Osma, acosado por un envalentonado Espartero que le pisaba los talones. La suerte fue ligeramente favorable al pretendiente al trono, aunque derrotado más tarde en Retuerta, se vio forzado a salir zumbando definitivamente hacia el País Vasco. Se le habían agotado los últimos cartuchos. El león carlista, rugía más afónico que nunca y, como en los chistes gráficos que se hicieron famosos durante el desastre cubano, andaba más escuálido y pulgoso que un espantajo. Para mayor escarnio, al pretendiente Carlos V le salió un hijo constitucionalista, don Juan, que



Colegio e Iglesia del Corazón de María. 1950

en 1868 terminó abdicando en favor de su heredero Carlos VII. Años después el viejo león engordó un poco y debió cazar a gusto pues volvió a dar la matraca esgrimiendo los viejos ideales católicos y nacionalistas a ultranza.

Hacia 1850 contaba Aranda cerca de 4.000 almas y 800 casas, el grueso de adobe con entramado y sin cimiento adrede, razón de su precoz jorobadura. De fiarnos del informante que tuvo a bien enviar sus relaciones a Pascual Madoz, los vanos apenas dis-

ponían de cristales y los balaustrados, del noble color de la madera, ofrecían pobre aspecto. ¡Cómo cambian los tiempos!.

Las casas formaban una trama irregular, como congelada desde siglos atrás, de calles angostas y quebradas. Pero eso sí, bajo las viviendas, seguían prestando servicio las orondas bodegas, cuidadosamente talladas en la greda subterránea, como rupestres catacumbas a las que diariamente acudían sus sedientos acólitos.

La Plaza Mayor, de la Constitución antaño (y de otros cuantos nombres a elección del vencedor al uso, cosas del nomenclátor) presentaba desde fines del siglo XVI esa fúnebre disposición trapezoidal -con facha de ataúd- que rondó Avinareta. Estaba convenientemente soportada y enlosó su lado septentrional, conocido como la *acera*, a cuenta de las piedras trasladadas desde el arruinado convento dominico. Por allí paseaban los más ociosos, curioseando tal vez entre los escaparates de los modernos comercios. Para los menesterosos quedaba el mercadillo del centro.

Hacia el mediodía seguía en pie la veterana casa de la Torre, donde compartían estrecheces el ayuntamiento, la cárcel, además de las viviendas del corregidor y del Juez de Primera Instancia. Otra casona aislada aneja alojó la *Tercena* o estanco de la sal.

A la escuela de la Plaza Mayor, instalada al final de la *acera*, acudían unos 120 alumnos que, junto al centenar que frecuentaba las aulas de otras dos particulares, arrojan un importante saldo de chiquillería. Nótese que el género advierte del olvido sufrido por las niñas, cruelmente marginadas de la enseñanza y sólo acogidas por preceptoras privadas sin alcanzar nunca el bachillerato.

Seguía existiendo pósito de grano tasado de 600 fanegas, para que los labradores sembraran llegada la época. Junto al núcleo municipal de la Plaza Mayor, en los bajos de la escuela, frecuentada a veces por compañías itinerantes de teatro, quedaban las casas del hospital, la carnicería y el peso público. Los dos últimos establecimientos vedados a muchos, porque es

de resaltar que practicaban obligada cuaresma todo el año. Así de severas son a veces las devociones.

Pero incluso los más humildes pugnaban por presenciar cuantas corridas de toros se celebraban en la Plaza Mayor, escenario ideal en pos de nutrida concurrencia que se apretujaba bullanguera junto a balcones y ventanales. Los últimos festejos taurinos allí celebrados tuvieron lugar en 1886.

Un plano de la misma fecha permite reconocer muy a las claras la topografía urbana que apenas presentaba cambios respecto al siglo XVII. Aunque se fueron construyendo nuevas casas en el entorno de las parroquias, desaparecieron las calles de Santa Ana y de la Santa Cruz, al inicio de la de Santa Lucía. También se demolió la casa de la Fresquería, sita en una plazoletilla, entre Santa María y la calle de Santa Ana. Las mejores viviendas se distribuían en el entorno de la Plaza Mayor y sus arterias de la Isilla, Cascajar y Barrionuevo. La casa de Mediavilla, la primera entre las construcciones "modernas" de la villa no se levantó hasta fines del siglo pasado. La Alojería lucía calle empedrada y en la Miel -donde se instalaban los talletes de zapateros- garrapateaban los viejos adoquines.

Más allá de la casa de Postas venía la plaza del palacio -episcopal- o de la feria (los actuales jardines de don Diego) y la ermita de la Virgencilla (la del Santo Cristo del Buen Suceso). A la plaza del palacio episcopal, atravesada por el camino real hacia Irún, abríanse portales mezquinos que acogían las posadas (hubo otras en Allendeduero y la Plaza Mayor) donde se alojaban quienes concurrían a las ferias. Allí seguían teniendo la suya los obispos de

Osma, bien adecentada tras el incendio que durante la francesada chamuscó sus inmuebles, aunque tras un tenso contencioso con el poder local, terminó como cuartel de la Guardia Civil, aledaño a la Administración de Consumos y un par de cubos aspilleros, marcial trampantojo presto a defender el camino real.

En las inmediaciones del palacio se daban cita toda suerte de gana-

deros y carniceros enfrascados en la ferias. Por los mismos andurriales se apostaban los frugales carreteros serranos con su mercancía maderera: tablas, puertas, ventanas, taburetes o artesones.

Las comunidades mendicantes masculinas se habían esfumado. Las sufridas antonias emigraron en 1808 a Valladolid y de las bernardas sólo aguantaron cinco.





## EN LOS UMBRALES DE LA HISTORIA ORAL

**D**isponía Aranda en 1850 de tres fuentes públicas un tanto descuidadas: Santo Domingo, San Francisco y Minaya, además de otra particular, destinada al riego de la huerta del palacio episcopal.

En un delicioso pasaje redactado por los Arias de Miranda se describen las modas del decimonónico vecindario, presto a lucir el palmito por la *acera*. Las señoras arrastraban enormes faldas escondiendo las capas de enaguas -cual cebollas- y disimulaban sus traseros con polisones, coronadas por llamativos peinados, iban pertrechadas con mantones de Manila, sombrillas de marfileñas empuñaduras y abanicos, que hasta tenía sus códigos y sus señas, todo un lenguaje de habladería y galanteo: *me gustas, ya nos veremos, no te aguanto, vete al infierno, déjalo para otro rato, anda y que te zurzan*.

Las sobradas labradoras, en cambio, optaban por los refajos de paño encarnado ribeteados de negro, los juboncillos ajustados y los moños de picaporte, eran otra categoría.

Para los señoritingos no había como ceñir ajustado pantalón -versión endomingada de nuestros *jeans*- y calzar bota de charol, abrigarse con levita faldonera, tocarse con desproporcionada chistera y enfundarse guantes amarillos. Así, a la europea, inflaban pecho como los pavos rea-

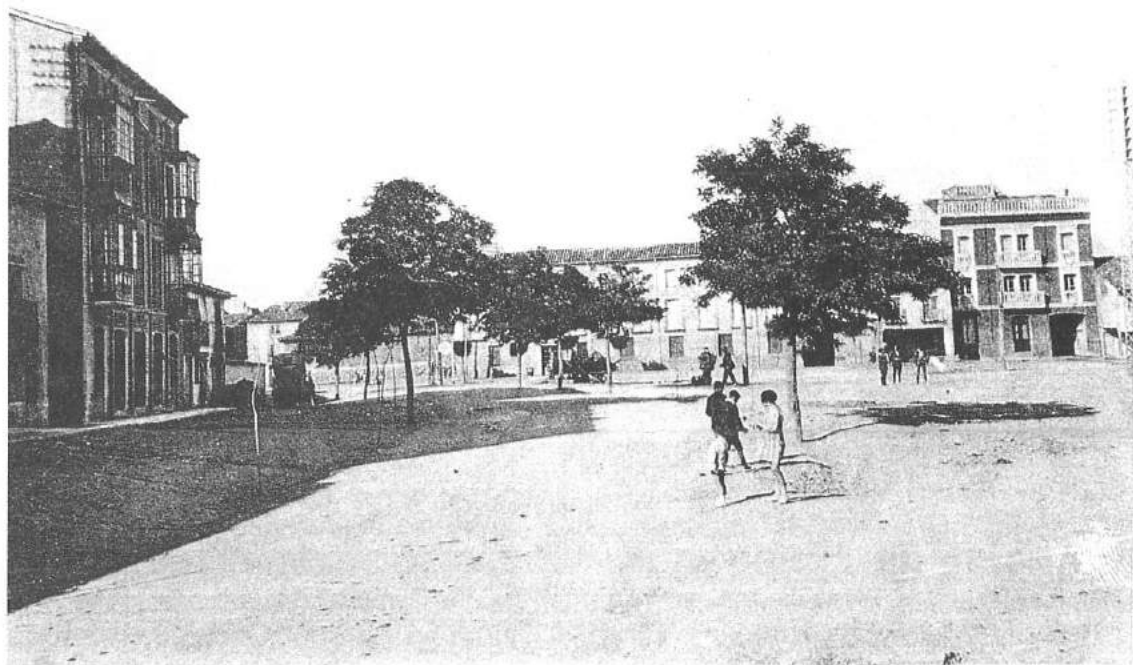
les, se llevaban la mano hasta la cintura y paseo arriba, paseo abajo, iban golpeando la palma de la mano con un junquillo. Como para toserles, aunque sus lecturas nunca pasaran de la hoja parroquial.

Las que no se permitían el lujo de perder el tiempo paseando por la *acera* eran las amas de casa y las criadas, cuya indumentaria incluía largas faldas plegadas, blusas azulonas, delantal y cabellos armados con rodete. Para los menestrales, blusillas y fajas, raídos trajes de pana y borceguíes de becerro; para los de los pueblos camisas de lino, calzones cortos y chaquetas de paño pardo, sin que falten unas buenas alforjas y las boinas.

Qué nos irán a contar ahora los que se empeñan en confeccionar trajes regionales, chapuza tan gorda como quien pinta escudos de armas y los pega por parejitas sobre placa de madera pirograbada.

Por el Madoz sabemos que el camino real estaba plantado de frondosos chopos lombardos en más de 14 kilómetros, formando paseo urbano en su prediscurrir por la villa y tendiendo glorieta hacia Fuentencina. Cerca de la ermita de la Virgen de las Viñas descolaba la alameda de olmos, pobres espectros ahora, que entonces medraban también por anegar el acceso hasta la ermita de San Isidro. El Montecillo

ARANDA DE DUERO —Plaza de Primo de Rivera. Hotel Ibarra.



Plaza Primo de Rivera. Hotel Ibarra

servía de asueto a la población, con limpios manantiales naturales e intrincado monte bajo, ni estigma de lo que fue.

El camino de Aragón a Portugal, carente de grava, sólo era practicable durante el verano, cuando las traicioneras roderas y los charcos oceánicos convertían el discurrir de los carruajes en un auténtico infierno. La carretera general de Madrid a Irún estaba bien conservada. Por ella transitaba

la *mala de Francia*, un correo-diligencia que llegaba a la villa entre cuatro y seis de la madrugada y tras parar quince o veinte minutos para el cambio de mulas, partía con destino a Madrid, donde se presentaba entre las cinco y seis de la tarde. De doce a catorce horas duraba el trayecto que a fecha de hoy efectuamos en apenas hora y tres cuartos. El coche capitalino -suerte de *limusina* de la época- disponía de siete

asientos y en algunos casos transportaba viajeros por cuenta del gobierno, pero el común de los coches resultaba infinitamente más incómodo.

Desde 1821, entre diciembre y mayo, la ruta hacia Irún era surcada por las góndolas de aria de dos compañías: la de *Diligencias Generales de España* y la de *Diligencias Peninsulares*, turnándose días alternos. Los molidos viajeros se desayunaban en Aranda en ambos sentidos. Con el tiempo ambas compañías se fusionaron en la de *Reales Diligencias* y surgieron otras como *El Norte* y *La Estrella*.

Los coches eran dirigidos por un mayoral vestido a la marsellesa, con calzón de cuero, polainas, pañuelo a la cabeza y sombrero calañés, contando con el apoyo de un zagal. Ambos ocupaban el pescante y con la tortuosa red carretera de entonces no era extraño que volcaran. Los coches que llevaban el correo eran más rápidos pero sólo admitían dos o tres viajeros e iban custodiados por disuasivos escopeteros. Hacia Valladolid y Burgo de Osma partían otros coches dos o tres veces por semana. Como el precio de los billetes en las diligencias era prohibitivo, 400 reales de Madrid a Irún, los más humildes sólo podían viajar a pie o aprovechando las recuas de arrieros serranos, maragatos o cantalejanos. Aunque bien mirado, poco debían viajar los pobres. Como en el resto de la Península, las diligencias tiradas por mulas, además de la semoviente arriería, desaparecieron con la llegada del ferrocarril, en su cacerolada de caballos de vapor relinchando cara al viento.

A media legua, aguas arriba del Duero, existía un batán destinado

a las manufacturas laneras, más abajo del puente mayor laboraba un molino harinero. El Arandilla movía otro par de piedras francesas y otro batán y el Bañuelos molino y batán. Pero tal densidad fluvial no fue aprovechada para el riego hasta 1873, tirando mientras de ancestrales cigüeñas que dignificaban los santos pozos y permitían elevar el agua hasta los surcos de las huertas.

Las aguas movían las aceñas donde se molturaba el trigo candeal, materia prima imprescindible para amasar tortas y hogazas que cocían en la enrojadura de hornos enlucidos con arcilla hornagal. Existían además tres tenerías para el curtido y algunos alfares que elaboraban la tradicional cacharrería aún superviviente. Entre los oficios más comunes se prodigaron la cordelería, la alpargatería y la tejeduría de lana, cáñamo y lino, según se desearan mantas, estameñas, costales, mantelerías o ropa de ajuar.

Al occidente de la villa se habían ido formando varias charcas entre las barrancadas "y como los vientos procedentes de dicho punto son los más comunes en el país, y el hospital está en la misma dirección y muy cercano á las mencionadas balsas, suelen perjudicarle sus efluvios, respecto á que en ellas se tolera indebidamente la colocación de estiércoles que se repudren y fermentan". El Diccionario compilado por el ilustre oscense añade la inexistencia de cloacas, sólo paliadas por dos alcantarillas que, desde la cárcel y la carnicería, evacuaban al Duero.

Quejábese el Madoz respecto a la imperiosa necesidad de mejorar las comunicaciones y las infraestructuras públicas: una buena carretera que comunicara Barcelona con



Plaza Mayor. Calle La Miel. 1905



Arco Isilla. 1910

Portugal, una canalización para riego desde La Vid hasta Roa e incluso un proyecto de navegabilidad para el Duero, lo menos hasta las cercanías de Oporto. Eso permitiría comercializar mejor los caldos ribereños, que suelen venderse a precios irrisorios o terminan arrojándose por las callejas.

A fin de cuentas Aranda resultaba una población en óptimas condiciones para fomentar los transportes de norte a sur y de este a oeste.

Tampoco estaría de más contar con una casa de beneficencia "en que se recogiese a los mendigos, y con especialidad á muchos jóvenes de 10 á 18 años, que cubiertos de andrajos asaltan y rodean á los viajeros, criándose de este modo unos verdaderos vagos", ¡ah!, y una buena cárcel pues la existente resulta insana y peor distribuida, no restando apeltone de presos de todo el partido.

En la misma línea de Loperzáez, que pensó en una atrocidad

como la de arrancar las viñas, insiste la entrada arandina del Madoz en fomentar otros cultivos como la morera -que ya ensayó el obispo Calderón- o las plantas tintóreas "reemplazando poco a poco el excesivo producto del vino, que sobra en esta comarca, por otros de mayor utilidad". Siglo y medio más tarde no parece que se hayan cumplido los vaticinios, a Dios gracias se atajaron muchos de los problemas de marginalidad y la moderna red de carreteras -el ferrocarril vamos a dejarlo para otro rato- ha obrado milagros, pero de suplantar el perenne monocultivo, ni hablar.

Durante el efímero reinado de Amadeo de Saboya, en enero de 1872, la situación económica del municipio, dirigido entonces por el alcalde Dionisio Miguel Cuesta, volvía a ser alarmantemente deficitaria. El problema del cantonalismo azotaba al país. El primero de febrero entró nueva corporación, alcanzando la alcaldía Fermín Rojas, que intentó conseguir liquidez a toda costa con el fin de rematar la obra de la casa consistorial, cuya fachada meridional amenazaba ruina. Nuevos gastos le surgieron a la hora de cotizar la soldada exigida por los voluntarios que andaban persiguiendo cuadrillas de recalcitrantes carlistas. Así las cosas, el munícipe emigró hacia Toledo, donde ocupó plaza de funcionario de hacienda, quizás requerido por el arandino Faustino Moreno, que había alcanzado el cargo de gobernador civil en la provincia manchega e intentaba saldar así viejos favores. El anterior alcalde, Dionisio Miguel, ya repuesto del susto, volvió a ostentar el cargo.

Mientras tanto, hacia fines de año, se daban por concluidas las obras de apertura del canal del Duero que, sorbiendo aguas en La Vid, se dirigía hasta Hoyales y Berlanga. La inauguración oficial, amenizada con dulzaineros, baile y jugosa merendola, costó más de 2.600 pesetas, que fueron religiosamente apoquinadas por el exprimido municipio. Claro que el evento contó con la presencia del gobernador civil, terna de diputados provinciales más el nacional recién estrenado don Diego Arias de Miranda, amén de las autoridades locales, los ingenieros y, cómo no, el clero local, regocijado como gato panza arriba y bien entrenado en estas lides. El canal fue bautizado años después con el nombre de *Reina Victoria* (luego *de Guma*) y con una longitud final de casi 36 kilómetros, permitió el regadío de siete municipios. Los canales experimentaron un nuevo impulso durante la década de 1930, cuando se abrió el de Aranda, que siguiendo la margen izquierda del Duero, enlazaba San Juan del Monte con Villalba en un trayecto endiabladamente complejo de casi 30 kilómetros.

El 11 de febrero de 1873 abdicaba Amadeo de Saboya y era proclamada la I República, acontecer del que la villa era informada telegráficamente desde la capital de la provincia.

Los carlistas, creyendo que ésta era la suya, hicieron lo propio por atosigar al poder gubernamental. El destacamento militar acuartelado en Aranda ahuecó el ala por razones de servicio y el 24 de abril el municipio convocó pleno urgente -con participación de varios oficiales del ejér-

cito, el poder judicial y el diputado don Diego Arias de Miranda- para constituir un comité de defensa y hacer frente a las posibles correrías patrioteras que, a la postre, nunca llegaron a implicar un peligro real.

La milicia de voluntarios arandinos agrupaba hasta una sesentena de soldados que obedecían las órdenes de diez tenientes, dos subtenientes, un capitán y un comandante.

Pedro Sánchez Arribas, consorte de doña Jacinta, la de la tertulia, ostentó el mando, siempre a cargo del ayuntamiento que les proveía de víveres, municiones y armamento. La milicia formó una curiosa banda de música que amenizaba menesterosa la procesión del *Corpus*, curioso destino para batallón tan constitucionalista.

En mayo de 1873 el viñedo sufría el envite del cuquillo y en junio un pedrisco tumbaba los campos. Desde el mismo municipio se requería la asistencia parroquial para elevar rogativas a la Virgen de las Viñas. Y sin ningún remilgo fueron anunciadas mediante bando reglamentario. El decidido republicanismo del consistorio no parecía sufrir mella ante una causa de fuerza mayor, y juzgaron conveniente y natural recurrir a los consabidos exorcismos para intentar librarse de la plaga.

Lo que no quedó claro es si a San Gregorio le cambiaron la mitra por el gorro frigio (algo tienen que ver, no crean), porque como dice la conseja, a veces hay que desvestir a un santo para vestir a otro, e incluso travestirle, y seguramente a ellos no les importe, acostumbrados como están, a sufrir los picores de la carco-

ma y lucir el mismo atuendo durante siglos y siglos, sin que se caiga a cachos, condenados a soportar las galas dominicales de la feligresía, que como van con las modas, cambian de temporada en temporada.

Lo de retratar al santo con atuendo de centurión romano, o de cortesano renacentista, o de mulato tiene sus ventajas, por aquello de mantener las distancias. Pero a saber qué nos deparará la creciente avalancha de secularización. Tal vez se prodiguen los trajes chaqueta, los calzones deportivos o las *coreanas*, bien empapadas en vino de *tetrabrik* y recostadas sobre cajas de cartón, pero eso sí, todos con reverberante nimbo, que es como el sello de denominación de origen.

El año de 1873 la cosecha no dio como para tirar cohetes y hubo que pagar a plazos los festejos taurinos. Hacia septiembre las nuevas elecciones municipales dieron cabida a representantes liberales más moderados, haciéndose con la alcaldía Andrés Cabestrero tras un proceso de votaciones hartamente complejo. En vista de no presentar mayoría absoluta, el gobernador civil revocó el nombramiento del cargo. Tras el chaparrón salió elegido Antonio Merino.

La villa se animaba durante los dos mercados semanales, que venían celebrándose los miércoles y sábados, cuando los que habían hecho un buen trato lo celebraban comiendo asado en los figones del Zaborro o de Mínguez. En *Cosas del siglo pasado*, Adelfo Benito y Santos Arias de Miranda nos han dejado un fascinante fresco, mitad romántico mitad nostálgico, de lo que fue la vida arandina hacia las dos últimas



Ermita de la Virgen de las Viñas. Años 20

décadas del siglo XIX. Los bailes eran amenizados por expertos gaiteros y las fiestas se clausuraban con fuegos de artificio.

Las corridas de toros nunca faltaban y allí se dieron apretones de manos y codazos los mejores diestros. En 1884 Lagartijo fue largamente ovacionado, aunque dejando un saldo de 32 caballos destripados, ¡nada menos!, y no fue de los peores. Trabajo no les faltaba a los mulille-

ros, fosilizados años después hasta la agreste caricatura.

Mientras los lidiadores salían a hombros y los pasodobles cautivaban al auditorio, funcionarios bigotudos tiraban de bota y oficiales del *Cuadro* echaban el ojo -menos es nada- a las mozas más prestigiadas (por cierto que Jantipa, Milburges y Visia, las bellezas locales, lo pasaron bastante mal procurando disuadir a los moscones o al menos éso hacían



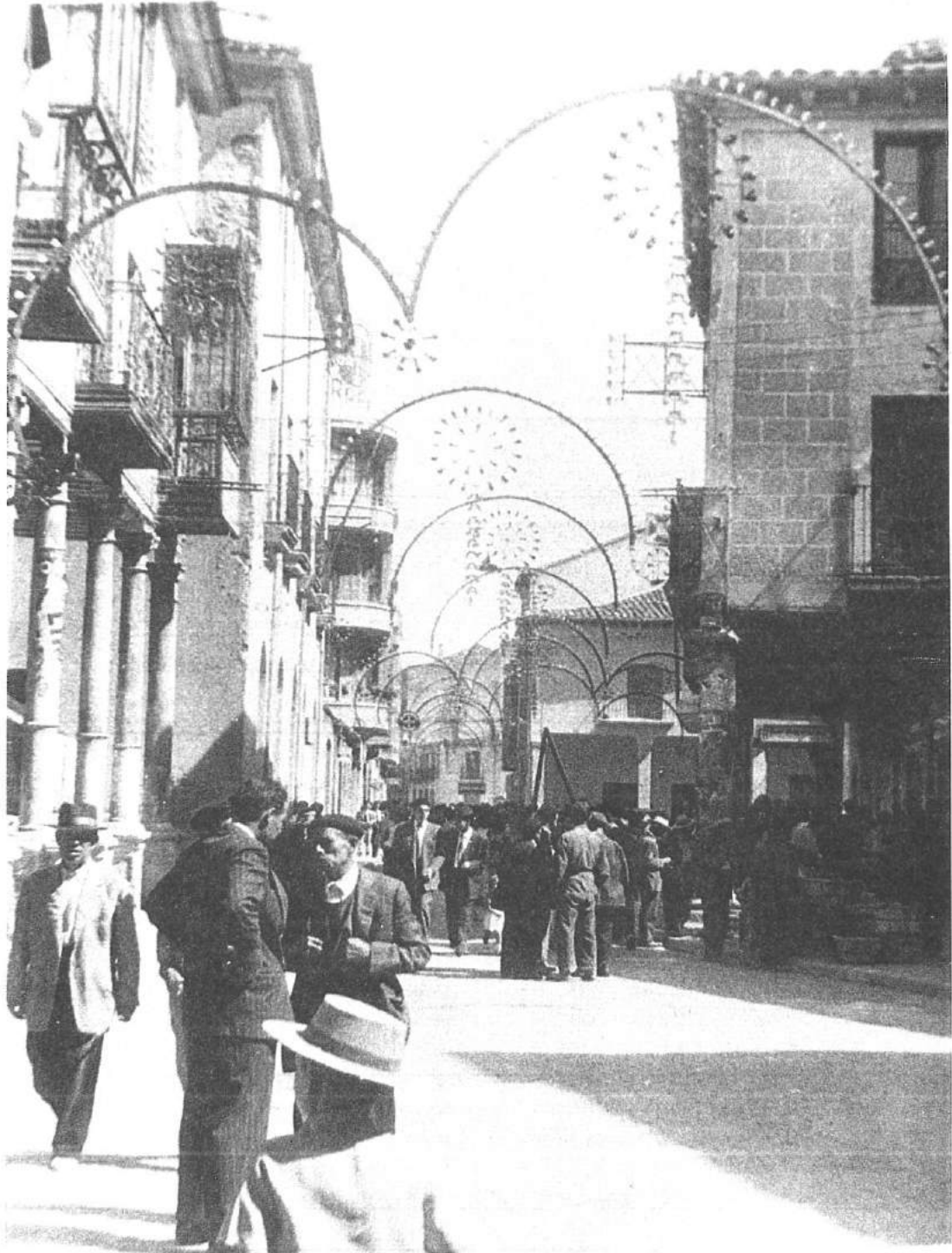


Don Diego Arias de Miranda en una corrida de toros. 1910

ver ellas, que nunca se sabe). Durante las ferias la Plaza Mayor, aparecía atestada de barracas, donde se pregonaban las primeras audiciones fonográficas y los primeros pases cinematográficos. Hasta Aranda llegaban ya las locuras de los Lumière. Pero eran más tiernos los ciegos de la guitarra, acompañados de lazarillo y basto cartelón, donde se ilustraba la copla que recordaba el truculento crimen del boticario de Nava de Roa

y que luego vendían en forma de pliegos de cordel.

Los días de mercado se convertían en feriadós, mucho gentío y muchas voces, las verduleras y fruteras tomando posiciones, los queseros del Esgueva en la plaza Ugarte y los alpargateros en la Alojería. No andaban a la zaga los alfareros de Peñafiel, ni los puchereros de Tajueco y Quintana Redonda o los panaderos de Vadocondes.



Plaza del Trigo. Años 50 (Primera iluminación en fiestas)



Gigantes y cabezudos en la calle Isilla. 1960

En los puestecillos de tortas y rosquillas las moscas pululaban por escuadrillas que era un contento. Desde los comercios de la plaza los carniceros iban preparando añojos y cuartos mientras que algún puestecillo ambulante ofrecía raciones de bacalao con tomate y chanfaina.

De los pueblos, por el Arco o la calle Isilla, donde se instalaban los boteros con sus corambres, llegaban los carros de los labradores cargados de trigo en busca de buen comprador. A buen seguro que la clientela entrechocaba las monedas contra las escasas talanqueras para



Plaza Mayor. 1890 (La Tertulia)

comprobar así la dudosa legalidad del vil metal.

La vida social discurría entre los derroteros de tres sociedades recreativas: *La Tertulia*, el *Casino Artístico* y *La Filarmónica*, amén de las visitas a las aguardienterías, la botillería de la Vitina y los cafés de Blanco y Calixto.

Pero lo más interesante parece haber sido la secular afición popular por representar sainetes y comedias en el viejo teatro de la Plaza Mayor, no es que las piezas fueran prodigios de dramaturgia ni los actores estrellas de la escena, pero el vecindario amigo de candilejas hacía lo que podía y

sin mucha mandanga. A decir verdad, los modestos beneficios obtenidos en taquilla iban a parar a la beneficencia, los hospicianos, los heridos en las fatídicas guerras del Rif y el Hospital de los Santos Reyes, osea que la nobleza de la causa excusaba todo gallo, tartamudeo, chanza o morcilla salida de la boca del plantel de cómicos aficionados.

Durante algunos años estuvieron de moda las invernales tertulias en domicilios particulares, destacando las de don Eulogio Berdugo y doña Jacinta, frecuentada por los conservadores la primera y por los liberales la segunda.

Pasaban las tardes dándole al pico, al buche y al cuchicheo hasta las diez de la noche, pero a mentideros de tomo y lomo, de los de conspiración y grueso *komplot*, ¡a Dios gracias!, no creo que llegaran, todo lo más sorber chocolate en sus jicarillas, mofarse de los vecinos, sentirse importantes y organizar ágapes.

Los republicanos del *Comité del Sol*, más concienciados con su causa, armados con persuasivas cachabas y fumando cigarros de tres cuartos, preferían reunirse en la barbería de Berzosa, junto a la plaza del palacio episcopal. Por aquel entonces las barberías seguían siendo algo más que rapaderos de pelos y barbas pues también administraban sangrías y hasta se atrevían con los asuntos odontológicos, arrancando muelas y aliviando morrocotudas infecciones.

La sociedad de *La Tertulia* data de 1848 y tuvo su sede en la calle de la Miel, aunque en 1870 emigró hasta el eterno inmueble de la Plaza Mayor, permutado al ayuntamiento por la casa del conde de Adanero. Desde sus filas se escindieron en 1865 los fundadores

del *Casino Artístico*, cuyos estatutos societarios eludían cualquier conciliábulo deshonesto y aconsejaban huir de toda riña política o religiosa. Todo muy pulcro. Fijaron su local en la Plaza Mayor, en la esquina de la calle de la Miel, trasladándose un año más tarde hasta la Alojería y terminando en la *acera* de la Plaza Mayor.

*La Filarmónica* tuvo origen mucho más lúdico y bailongo, organizando desde 1883 los verpertinos saraos dominicales, primero en las Morenas y más tarde en el Rollo. Las protestas del vecindario ante el incesante alboroto nocturno hicieron que las fiestas de *La Filarmónica* terminaran desterradas a la explanada de la Virgen de las Viñas, bien lejos del núcleo urbano, al menos durante el buen tiempo. Con la llegada del invierno alquilaron el teatro municipal y más tarde otros locales en la calle Isilla y en la de Cascajar. Durante los locos años 20 llegaron a estrenar autóctona zarzuela *El Segundo de Pascua* (celebraban su fiesta el segundo día de Pascua de Resurrección) aunque desaparecieron con la sombría postguerra. Se sabe de otras sociedades como el *Círculo de Recreo* que se fundó en 1886 y las del siglo XX, sobre todo la del *Círculo de Labradores*, de católica inspiración y *La Amistad ferroviaria*.

En 1885 el temible cólera hizo irrupción en Aranda y se creó una brigada sanitaria encargada de la fatídica tarea de amortajar y conducir los cadáveres hasta los cementerios. Los meses de verano y otoño registraron el mayor número de defunciones: casi un centenar.

Se recurría al ácido fénico pulverizado y se evitaba la ingesta de frutas y verduras frescas pero apenas exis-

tían medidas sanitarias eficaces para combatir la epidemia. En las calles se montaron improvisadas hogueras sobre las que se arrojaban paletadas de azufre con la vana esperanza de higienizar los aires.

Por descontento que la Virgen de las Viñas y los otros santos abogados del municipio recibieron trabajo a mansalva. Los fumigazos afectaron sobremanera a los viajeros que se aventuraban de una población a otra. A pesar del desolador panorama dejado por el temido *morbo asiático*, el baile al son de la dulzaina nunca cesaba y amenizaba cada anocheada un barrio distinto de la villa.

La tuberculosis provocó el fallecimiento de Alfonso XII y tras el *Pacto del Pardo*, Cánovas del Castillo y Sagasta fueron sucediéndose en el poder, asumiendo doña María Cristina la regencia hasta que el recién nacido Alfonso XIII alcanzara la mayoría de edad. En el ayuntamiento arandino José A. de Quintana y Nicolás Fuentenebro iban alternándose en el sillón municipal, refrendando así el turnismo que reglamentaba la vampírica vida política nacional.

La prensa local daba para todos los gustos, desde el activo republicanismo de *La Bandera Tricolor* dirigido por Andrés de la Hoz al conservadurismo de *La Ribera* y, en tierra de nadie, más proclives a las arenas movedizas de los entonces populares semanarios satíricos capitalinos, *El Independiente* de Pedro Aja y *El Duero* de Francisco Palomares, que se metió en tortuosos líos judiciales tras publicar un libelo versificado considerado por algunos como burda apología de magnicidio antimonárquico. Se nota que los fiscales de entonces se aburrían como ran-

queantes reptiles.

Las ferias de diciembre, antes de 1886 muy cabizbajas, se hicieron famosas por los concursos ganaderos promovidos desde el consistorio. El munícipe Evaristo Miguel dotó con importantes premios en metálico -de hasta 20 duros- a los amos de los mayores rebaños. Pero las ferias por autonomasia siguieron siendo las de septiembre, cuando se celebraban las fiestas en honor a la Virgen de las Viñas, con despliegue de corridas de reses bravas, castillo de juegos artificiales, representaciones teatrales y bailes de sociedad.

En 1893 los ingenieros franceses Lion y Paquet, profesionales con sobrada experiencia adquirida en los ferrocarriles egipcios, bien provistos de coloradas banderolas y milimétricos niveles, habían trazado la línea férrea entre Valladolid y Ariza. Se trata de uno de los escasos tramos transversales en la red ferroviaria hispana que permitía enlazar la línea del Norte en Valladolid y la MZA en Calatayud. Se ha hablado de su interés estratégico, como escalón defensivo ante un presumible ataque militar desde el norte, pero su importancia real fue preponderantemente comercial, permitiendo la salida de cereales, vinos, madera y piedra desde el valle del Duero hacia los principales mercados del país. Algún reportaje fotográfico -de los de compendio de puentes metálicos, túneles y andenes- debió cuajar y debe andar ¡Dios sabrá dónde!.

Con una celeridad sorprendente, inhabitual en las obras públicas del reino y aunque el proyecto más antiguo databa de 1864, el tramo era inaugurado el primero de enero de 1895.



Procesión de la Virgen de las Viñas. Años 60

Noventa años justos nos duró el tren, hasta que el *TER* y el correo mixto nos dijeran adiós para siempre.

En Aranda se instalaron los talleres y los depósitos de maquinaria de la línea, permitiendo la llegada hasta la capital ribereña de un buen número de obreros que contribuyeron a incrementar su población y promover el desarrollo urbanístico

de la villa al sur del Duero. Se institucionalizaba entonces la operación de ir de paseo hasta la estación, gozoso deambular que gratificaba la vista a la par que distraía de los tedios y surtía de novedades.

El ferrocarril Valladolid-Ariza fue una de las principales vías de salida de la emigración hacia Cataluña y Europa, gentes humildes que desde

Galicia, el Bierzo, Maragatería, Tierra de Campos y la Ribera intentaban escapar a la miseria del terruño, conquistar una situación más digna y aspirar a trabajos estables decentemente remunerados. Durante décadas, el antañón *Shangai* fue el cordón umbilical de muchas familias, lanzadera de lágrimas, responsable de adioses y restallidos de dientes. Carbonilla hasta en las cejas, duros asientos de madera, maletas de cartón atadas con cintos y cuerdas y sobre todo, rabia contenida, mucha rabia que todavía se refleja en los clichés de Manuel Ferrol y Xavier Miserachs, hurgando en los rostros de quienes iban a cruzar el charco desde Coruña o arribaban a la estación de *Francia* de Barcelona.

Ahora de pronto, hemos perdido la memoria, y nos las damos de europeos discutiendo sobre la inexistencia de xenofobia -oigan, sólo brotes aislados ¡eh!- y la emigración que desde los países más pobres está por venir.

Tantísima hipocresía que durante nuestras opíparas comidas navideñas me extraña no presenciar mayores retortijones de tripas. España, puntera factoría de exilados, la de la diáspora por definición, la que está obligada a ser generosa, porque es de bien nacidos ser agradecidos, vuelve a padecer amnesia.

El nuevo medio de locomoción frenó un tanto la capitalidad comarcana de Aranda, si bien incentivó el desarrollo de la harinería y de los harinócratas, aunque muchos menos adinerados que los alimentados por el Canal de Castilla. Por aquel entonces empezaron a constituirse las cinco fábricas de harinas

más importantes (*La Dulce María*, *La Perla del Arandilla*, *San Pedro*, *La Luisita* y *La Rosario*) molturaban hasta 750.000 fanegas al año que salían hacía las regiones periféricas del país. Sulidiza redondeaba con nombres más populares: la de los Redondos, la de los Romerales o Perreras, la de los García, la de Lámbarri y la de los labradores o los Holgueras.

La luz eléctrica llegó el mismo año que el ferrocarril, constituyéndose para su explotación la sociedad *Ocio, Redondo y Rodríguez*, promovida por el sobrestante de Obras Públicas Manuel Ocio, que realizaba los primeros ensayos en el *Círculo Ribereño* de la Plaza Mayor el primero de abril de 1895.

No nos resistimos a la tentación de citar de nuevo a los Arias de Miranda pues recogían los entusiastas comentarios de muchas damas que afirmaban -a la luz de las nuevas pantallas eléctricas- poder enhebrar agujas y leer como si fuera mediodía. Todo un prodigio del progreso que algunos desde los alrededores creyeron se trataba de un incendio de desmesuradas proporciones. No tuvimos la suerte que Darío de Regoyos nos pintara un nocturno arandino al amor de sus farolas, pero figúrense ustedes los brutales cambios en usos y costumbres que la luz eléctrica estaba provocando: en talleres, escuelas, edificios públicos, templos parroquiales y calles principales. Atrás quedaba el desvariado traspiés y el humeante candil de aceite, las peligrosas velas y las farolas de petróleo. Con el tiempo, Aranda llegó a tener cuatro fábricas de luz: *La Eléctrica Arandina*, *La Industrial Arandina*, *La Ribereña del Duero* y la de *García y Cía*.



En 1896 el palacio episcopal retornaba por sus fueros al clero secular de la diócesis y Victoriano Guisasola, obispo de Osma, ofreció generosamente parte del mismo a la Congregación de los *Misioneros del Corazón de María*. Al año siguiente se colocaba la primera piedra del nuevo templo anejo. Bajo proyecto del padre Naval y ornamentación de los arandinos Alejandro de la Higuera, fue consagrado por José María Escudero en 1901. Como otros edificios históricos de la villa, la sencilla iglesia se derribó en 1972, toda vez que los amazotados bloques de viviendas empezaban a colmar las fincas del casco urbano.

A más de un siglo vista, el desastre cubano no resulta terreno demasiado dichoso como para enfundarnos ropas de rayadillo y entonar la cantinela del heroísmo. Admira uno el arrojo ante la adversidad, lo cual no equivale a dar carta blanca a unos gabinetes finiseculares enfrascados en mantener a costa de la sangre de los más humildes el zangarrón colonial. Pagando 500 o 1.000 pesetas uno eludía el deber con la patria, ponía a otro en su lugar y ¡Santas Pascuas!, a dar vivas al rey y al ejército mientras buscaba consorte y cargo público. Lo de la

oficialía ya era otra cuestión porque al menos habían elegido el oficio -que no servicio- de las armas y cobraban por sostener divisas y ceñir sables. Arandino fue el capitán Maximino Requejo, que en diciembre de 1895 resistió ejemplarmente a las fuerzas cubanas de Máximo Gómez y Maceo en el paraje de *Mal Tiempo*. De aquella gesta fue ascendido al grado de comandante y dejó huella en el nomenclátor urbano y *ex-voto* de arma blanca ante la Virgen de las Viñas.

Sin llegar a participar en el desbarajuste de la manigua otros decimonónicos paisanos como Florentino Melitón Catalán, Luis Calderón y Prado, Eulogio y Carlos Berdugo y Tamayo siguieron la carrera militar.

Entre los jurisconsultos destacaron Luis Ponce de León, Tomás Martín Galán, Sotero Bonifaz y el catedrático de Derecho y académico de la Historia Julián Arribas y Baraya.

Los nombres de las espigadoras, braceros, componedores, ferroviarios, hojalateros, santeros, pastores y salteadores de caminos quedan en el anonimato.

Si cuando dicen que la historia es fría, cruelmente fría, pues sólo trascienden los nombres de quienes pisaron las notarías, algo habrá de cierto.



## AL FILO DEL SIGLO

**E**n 1901 el *Ateneo de Madrid* enviaba a los ayuntamientos de muchos pueblos de España un amplio cuestionario donde se formulaban preguntas en torno al nacimiento, el matrimonio y la muerte.

Un fascinante trabajo de investigación etnográfica a la vanguardia de la antropología europea de la época que suministró un ingente volumen de datos. Apenas una decena de municipios burgaleses remitieron sus respuestas y en la Ribera sólo el informante de Gumiel de Mercado cumplió con el valiente encargo.

La lectura del material resulta de un extraordinario interés: cómo éramos en estado puro. Desde la intercepción de San Ramón Nonato a la hora de los partos al aojamiento, de la alimentación a las cuarentenas, de los bautizos a los convites, de cómo procedía un noviazgo y sobre los ritos de paso, las cerraduras o los amancebamientos, del trance del fallecimiento y las mortajas, las cofradías de ánimas y los velatorios, los *ex-votos* y las ofrendas, y así, en apretada epístola van desfilando cientos de noticias curiosas, sepulturas con hachones y corpúsculos de vida que identificamos con las viejas fotografías de los bisabuelos.

Tiempo de carreteras blancas e interminables novenas, de campanas y pregoneros, de estigmatizados, ferias

de novios, viáticos, capas abatanadas y tamboriles.

Cómo echamos de menos unas cuantas placas de Nadar, o en su defecto de Gutiérrez-Kühn o hasta si me apuran de Ortiz-Echagüe.

Despuntaba ya la figura de don Diego Arias de Miranda. Había nacido en Aranda en 1845 y entre otros puestos ocupó la alcaldía de la villa, ascendiendo hasta obtener escaño de diputado a Cortes en 1872. Desempeñó los cargos de gobernador civil en Ciudad Real y Logroño, fue secretario de las encopetadas Cortes y director general de Obras Públicas en 1888, subsecretario de Gracia y Justicia y director general de Hacienda en Ultramar. Entre sus méritos destacan el haber conseguido ensanchar el puente sobre el Duero en Aranda y mejorar la calamitosa red de carreteras de la Ribera.

Nombrado senador vitalicio por Silvela en 1903, cedió el acta de diputado a su hijo Santos. Ya se sabe que la vida política durante la Restauración daba para estos dislates y otros más gordos, con abundancia de diputados cuneros y encasillados. Afectó a José Canalejas hasta su asesinato, formó parte de su primer gabinete en 1910, alcanzando la cartera de Marina y en 1912 la de Gracia y Justicia. Más tarde fue habitual colaborador del vituperado conde de Romanones.



## GRIPES Y RECUERDOS

**E**n 1913 se asfaltaron las calles de Cascajar y Boticas, se fabricaron algunas aceras y funcionaba a toda mecha el flamante hotel Ibarra. Las crónicas siguen empeñadas en certificar el piadoso celo con el que los arandinos honraron la inauguración en 1912 de la *adoración nocturna* en la iglesia del Corazón de María, donde concurren todas las cofradías con sus mejores galas y el obispo de la diócesis de Osma, apoyando todos la idea del misionero navarro Damián Janáriz. Hubo misa pontifical compuesta por el maestro Eslava, cónclave de meapilas, el alcalde bandera al viento, seis arcos de triunfo e himno grandioso a la Hostia Santa.

En 1917, tras apretado novenario de sermones, los feligreses asistieron a la coronación canónica de la Virgen de las Viñas, permitiéndose encargar áureas coronillas con pedrería para el Niño y la Madre, amén de argénteo rostrillo sobredorado por valor todo ello de más de mil y sesenta duros. Correspondió al prelado Remigio Gandasegui, obispo de la diócesis segoviana, coronar las imágenes. Desconocemos si el mitrado oxomense declinó su participación o todo se debió al enrevesado protocolo litúrgico. Que Dios perdone nuestra ignorancia.

La gripe que asoló la villa durante los meses de agosto, septiembre y octubre de 1918 provocó

118 fallecidos, un tributo brutal para una época en que la epidemiología seguía en mantillas y de nada servía rezar. Pero la cruel sequía vivida durante la primavera de 1921 sirvió para comprobar la efectividad del voto mariano. A primeros de mayo se organizaron procesiones penitenciales y se diligenció un verdadero alud de rogativas. Al poco se formó borrasca persistente y las mansas aguas vertiendo a mansalva vinieron a apagar la quejumbrosa sed de los campos. Los arandinos secundaron novenario y dieron por bien empleados los fastos de la coronación.

Hacia fines de 1922, durante el mandato de León Berzosa, se proyectaron las obras de aprovisionamiento de agua potable desde el manantial de Tubilla del Lago, a más de una veintena de kilómetros de la villa. Con la *Dictablanda* de 1923 el consistorio era sustituido por una junta municipal que incorporaba a los viejos alcaldes de barrio y se siguieron los trámites para la creación de un nuevo grupo escolar en el *Corralón*, donde estuviera antaño la huerta de los franciscanos. La verdad es que durante los últimos años del siglo XIX y todo el primer cuarto del XX el colectivo escolar contaba con unos medios bien miserables y para impartir las lecciones debía contentarse con ocupar centenarios y desvencijados inmuebles (cita Abad las casas del



Regreso de la Virgen de las Viñas tras el incendio de la ermita. 1964 (Al fondo el Humilladero)

Conde de Adanero en Cascajar, de Ortiz de Zárate en Comandante Requejo o la vieja estafeta de correos en General Berdugo).

Los asuntos de la traída de aguas y la construcción del grupo escolar siguieron dando infinitos quebraderos de cabeza hasta 1929. Lo del encañonado fue discutido de pleno en pleno hasta que en 1928 decidieron olvidarse de una estéril mancomunidad con los municipios

de Tubilla y Villanueva de Gumiel y adjudicar un nuevo proyecto a los ingenieros Manuel Tous y Luciano Novo, esta vez captando aguas subterráneas del Prado Marina. Por cierto que en el mismo paraje aterrizaba el primero de abril de 1913 el primer aeroplano que tomaba en tierra arandina, pilotado entonces por Moulinais, que no sabemos si fue as del aire o de la baraja. ¡Menudas caras las de labriegos y pastores!,



Pruebas aéreas. Años 20

apenas acostumbrados a la ruidosa matraca de los extrañísimos motores de explosión y viéndoselas de buenas a primeras con una máquina de volar. Seguro que frotaban sus ojos incrédulos ante un aparato que era capaz de surcar los aires como los mismísimos buitres. Desde los anchurosos cielos de la Ribera, el alma de Diego Marín, un compatriota de Coruña del Conde, dejaba caer una lagrimita: ¡ya os dije yo que era posible y nadie me hizo caso!.

El *Ministerio de Instrucción Pública* tardó más de la cuenta en aprobar la creación de las cacareadas escuelas. El municipio se comprometía a aportar el 30 por ciento de cuanto costaran las obras, pero en 1930 no habían colocado ni un sólo ladrillo.

Por contra, en 1928 se creaba un *Instituto de Segunda Enseñanza*, rehabilitando a tal efecto una casona en la calle del Comandante Requejo por 40.000 pesetas y comenzando



Consagración del Obispo Silverio Velasco. 2 de mayo de 1925



singladura escolar en otoño del mismo año. El edificio había sido comprado al *Banco de Crédito de la Unión Minera* -que había suspendido pagos en 1925- con intención de convertirlo en sede de los juzgados aunque finalmente fue destinado a centro docente, colmando de satisfacción el futuro de muchos adolescentes carentes de recursos suficientes como para cursar el Bachillerato lejos de la villa.

El Grupo Escolar de San Francisco fue terminado en 1933 aunque por razones que se nos escapan, se abandonó al año siguiente. La definitiva traída de aguas y el alcantarillado urbano no fue rematado hasta 1935, cuando la *Compañía Arandina de Aguas Potables* se hizo cargo de los trabajos.

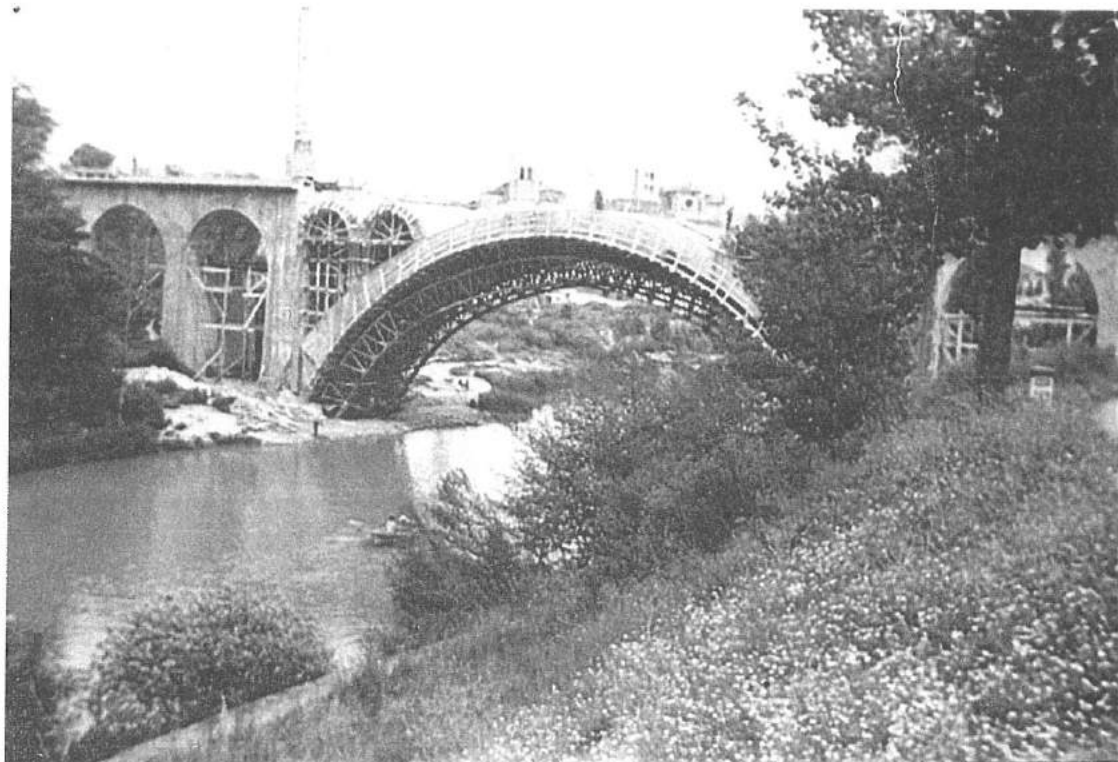
En marzo de 1924 se reorganizaba el cuerpo de policía municipal, creándose plazas de inspector, subinspector y nueve guardias convenientemente acicalados y uniformados. Quienes no andaban tan marciales eran los jornaleros, espoleados por la falta de trabajo, consiguieron que el consistorio contratara a algunos para la repoblación forestal y creara la colonia agrícola de *La Enebrada* en el monte de las Calabaza. Los precios de los artículos de primera necesidad habían experimentado alzas salvajes a causa de las fuertes exportaciones con destino a los países europeos que se habían visto envueltos en el Gran Guerra. Huelga decir que de semejantes operaciones se beneficiaban siempre los mismos.

En noviembre de 1924 don Silverio Velasco Pérez, rector del Seminario de El Burgo de Osma y autor de una de las más interesantes monografías históricas sobre Aranda

(*Aranda. Memorias de mi Villa y de mi Parroquia*, Madrid, 1925), era nombrado obispo de Ticelia y administrador apostólico de Ciudad Rodrigo. Se celebró honorífico cortejo oficial hasta el domicilio del ilustre arandino y el nomenclátor callejero volvió, ¡como no y muy a su pesar!, a dejar constancia del insigne hijo predilecto en la Carraquemada.

El dos de mayo de 1925, con asistencia del nuncio Tedeschini, tuvo lugar la ceremonia de consagración de don Silverio. Se celebró en Santa María, que se llenó hasta los topes entre autoridades, obispos, clérigos de todos los escalafones, agustinos de La Vid, cofrades y fieles de a pie. A la salida del templo descienden la cruz -la Cruz de Mayo- que es pintada en la Plaza Mayor, las jubilosas ceremonias a la salida del templo se completaron con modernistas arcos triunfales, banderolas, danzantes, recepciones, guardias a caballo, solemnes cánticos, himnos y *tedeum*. Como padrinos seculares del obispo Velasco se presentaron la condesa de Güell y su hijo Juan Claudio, en sustitución -ni más ni menos- que de sus tíos los marqueses de Comillas. El marqués, Claudio López había fallecido recientemente. Difícilmente podría haber tenido valedores tan acaudalados aunque sólo se estiraran para regalarle un pectoral, quizás para no quedar en feo ante las cariñosas dádivas con que sus paisanos -un báculo por suscripción popular- y compañeros de seminario -otro pectoral- agasajaron a don Silverio.

El cuatro de diciembre del mismo año, apenas siete meses después de la apabullante ceremonia de consagración, y aquejado de una fatídica



Reconstrucción del puente del ferrocarril. 1966

dolencia estomacal, falleció en Madrid el obispo Velasco. Fue enterrado al pie del presbiterio del mismo templo donde había sido bautizado en 1881 y donde había alcanzado tan alta dignidad eclesiástica.

En 1925, siendo alcalde don Aristóbulo Arranz, el consistorio adquiría una casa en la calle de la Sal para proceder a ensanchar ese sector urbano y aprobaba la convocatoria de un concurso para la construcción de un coso taurino con capacidad para 7.000 espectadores que no pasó de frustrado proyecto. A buen seguro

que la cicatería municipal, al pretender abonar el coste de las obras en 25 anualidades, hizo desistir a todo constructor ambicioso. La plaza permanente que hoy conocemos no se alzó hasta 1948.

Con motivo de unas maniobras realizadas por los cadetes de la *Academia de Caballería* de Valladolid en el monte de la Calabaza el 13 de mayo de 1925 se presentaron en la villa el presidente del gobierno Miguel Primo de Rivera y el ministro del ejército Leopoldo O'Donnell, además del general Cabalcanti y toda



Entierro de D. Diego Arias de Miranda. 1929

una amplia caterva de laureados y oficiales cuajados de pasadores y estrellas. La cosa dio para misas, oropeles, recepciones, bailoteos y festines en toda regla, además de una disertación en *La Tertulia* a cargo del ilustrado comandante José Durango Pardini sobre *Aranda monumental e histórica* que debió amodorrar al más pintado.

En 1928 se adjudicaron las obras del ferrocarril Madrid-Burgos, ejecutándose el tramo hasta Buitrago. Por aquel entonces el ayuntamiento expropiaba los terrenos pertenecientes a los particulares y los entregaba gratuitamente al estado. Nuevos técnicos y trabajadores llegan hasta Aranda para acometer las obras. La lentitud en la construcción del resto

de la línea hizo que las obras se retrasaran hasta 1936, de suerte que no fueron rematadas hasta muchos años después, tras la postguerra.

Además de las fábricas de luz y de harinas, las principales industrias del primer cuarto de siglo fueron *La Unión Resinera Española* (1903), dedicada a la producción de aguarrás y potentes colofonias, tres aserraderos, tres molinos de piedra, dos fábricas de jabón, dos imprentas y una fábrica de hielo, además de las tradicionales panaderías, tejas y alfares, sin que nos olvidemos de los talleres de boteros, herreros, carpinteros, guarnicioneros y carreteros.

Hacia la década de los años 10 la vitivinicultura ribereña experimentó un tardío ataque de filoxera. La aciaga enfermedad, que antes había assolado la Europa mediterránea y casi toda la Península, no tenía cura posible e implicó la destrucción sistemática del ajardinado viñedo y la emigración de muchas familias hambrientas hacia las zonas industriales del país. Los gazznates de los lugareños debieron ir acostumbrándose a varios años de secano, más de una década. Pero como "mientras hay vida, hay esperanza", una estación enológica dirigida por Francisco Giménez Cuende realizó didáctico apostolado en materia de repoblación. Hubo que ir sustituyendo las cepas viejas por injertos de vid americana y acunar nuevos varietales más resistentes hasta conseguir el milagro de ver rebrotar palos inmunes. Un

improbo trabajo del que no fueron partícipes los ángeles de San Isidro, pero que permitió el reverencial prodigio de ver resurgir los planteles. Durante la década de los 30 surgieron fábricas de alcohol que aún aprovecharon la capacidad potencial del viñedo superviviente.

En 28 de junio de 1929 fallecía en Madrid a los 84 años de edad don Diego Arias de Miranda. Al día siguiente el féretro era conducido hasta Aranda para ser solemnemente recibido por una gran multitud que se agolpaba a ambos lados de la carretera hasta cubrir una distancia de casi un kilómetro. El consistorio en pleno, flanqueado por maceros, y las más altas autoridades civiles y religiosas de la provincia acompañaron el cuerpo del político arandino hasta el salón de actos municipal que sirvió como capilla ardiente. El funeral fue concelebrado por el abad de Silos dom Luciano Serrano y el arzobispo de Burgos don Manuel de Castro.

A principios de julio las autoridades de Aranda deciden levantar un monumento en memoria de don Diego, el municipio aportó mil duros, el mismo Alfonso XIII otras mil pesetas "no olvidando su majestad los buenos servicios que el finado prestó a la Patria y a la Causa Monárquica". El ilustre escultor sepulvedano Emiliano Barral, no muy monárquico que digamos, diseñó la pieza conmemorativa que fue inaugurada el 21 de septiembre de 1930 y hoy todavía preside los jardines homónimos.

## TEMORES Y ESPERANZAS

Se proclamó la II República pensando que resultaría un capítulo más en el suceder de barrancas y atajos por los que el país estaba acostumbrado a pasar. O al menos eso pensaron los más acomodados y tradicionales, los verdaderos amos del corral, sin sospechar siquiera que cuando las presas no aguantan más, se resquebrajan y se llevan consigo todo lo que encuentran a su paso. Y la España de la Restauración, salpicada por malabarísticos pronunciamientos, espoleada por Primo de Rivera y las descoyunturas bipartidistas auspiciadas por la monarquía no daba para más. Pero la II República salió corzuela.

Si a la miseria y el hambre en el campo, las indignas condiciones de trabajo en las zonas urbanas, las terribles desigualdades sociales y la intransigencia caciquil y clerical sumamos el estallido del movimiento obrero, el surgimiento del fascismo y las tornas revolucionarias, tendremos una situación a punto de estallar en

mil pedazos. Que fue lo que sucedió en este país.

El consistorio arandino, exceptuando ciertas comisiones gestoras sectariamente inoculadas desde el Gobierno Civil, quedó en manos de aquellos vecinos con rentas más elevadas. En la práctica nada cambiaba con respecto a la dictadura de Primo de Rivera. El poder local se manifestaba por boca de los partidos agrarios y las páginas del claretiano *Eco de Aranda*, desde donde "por Dios y por España" se difundían consignas de orden.

Algunas mejoras sanitarias, educativas y agrarias emprendidas por el gobierno republicano resultaron escasas, demasiado escasas ante grandes masas desposeídas que reclamaban justicia social y grupos de industriales y terratenientes que veían peligrar sus privilegios. En Aranda resultaron mayoritarios los partidos agrarios que abogaban por la filosofía del "buen cacique" (Martínez de Velasco), enfrentados a la agrupación socialista y los sindicatos de clase.



Inauguración del Monumento a D. Diego Arias de Miranda. 1930  
(Escultura de Emiliano Barral)

## NEGRAS TORMENTAS.

Los meses de mayo, junio y julio de 1936 fueron confusos, produciéndose exaltados altercados entre algunos fascistas que los sábados se entretenían pegando tiros en Costaján y ciertos socialistas y cenetistas que frecuentaban los bailes y el frontón. La sensación era de inseguridad, de manipulación y huelga forzada. De miedo en suma, periclitado por la provocación, la connivencia respecto a los violentos, la ignorancia y la falta de diálogo. Iglesia, ejército y propietarios, es decir, el grueso de los que tenían algo que perder, se encontraron, así sin quererlo, en un mismo barco, distanciándose cada día más del republicanismo laico y librepensador, incapaz de hacer frente a la irracionalidad desatada desde los sectores incontrolados, tan analfabetos como pusilánimes, que más les hubiera valido seguir en el ateneo nocturno y no hacer piras con los retablos o asesinar adolescentes con sotana.

A la insurrección militar del 18 de julio se sumó el grueso de la oficialidad burgalesa. En Aranda, García Lasierra, capitán de la Guardia Civil, con el apoyo de algunos civiles falangistas, se hizo con el control. El resto se lo pueden imaginar: desquites y rencillas saldadas, sacas al alba, fosas comunes, depuraciones y extrañísimas adhe-

siones al régimen en forma de patrióticos alistamientos no siempre inquebrantables. Durante la navidad de 1939 se hacinaban en las cárceles y campos de concentración de España en torno a 270.000 presos políticos. Entre el final de la guerra *incivil* y 1951 los tribunales especiales habían condenado a muerte y ejecutado a 165.000 hombres. De serie goyesca.

Las camisas azules fueron haciéndose habituales entre gentes que nunca hubieran sospechado abrazar credo tan excluyente. Yugos y flechas que nada tenían que ver con las presentes, perdón, en lo alto de la fachada de Santa María.

Los prisioneros del campo de concentración de la estación nueva fueron utilizados para pavimentar algunas calles y los desfiles de mujeres con el pelo rapado al cero, junto con la administración del consabido aceite de ricino se convirtieron en los signos de escarnio aplicados por los triunfadores. Las calles y las plazas cambiaron sus nombres por una batería de nuevos apóstoles nacionalsindicalistas. También las fachadas parroquiales estrenaron placas mármóreas con los apellidos de algunos de los asesinados, no de todos. El país entero se había convertido en un inmenso cuartel, de los de quinta obligatoria. El nivel de renta en la

ARANDA DE DUERO.—Casa de Valentín Romeral.



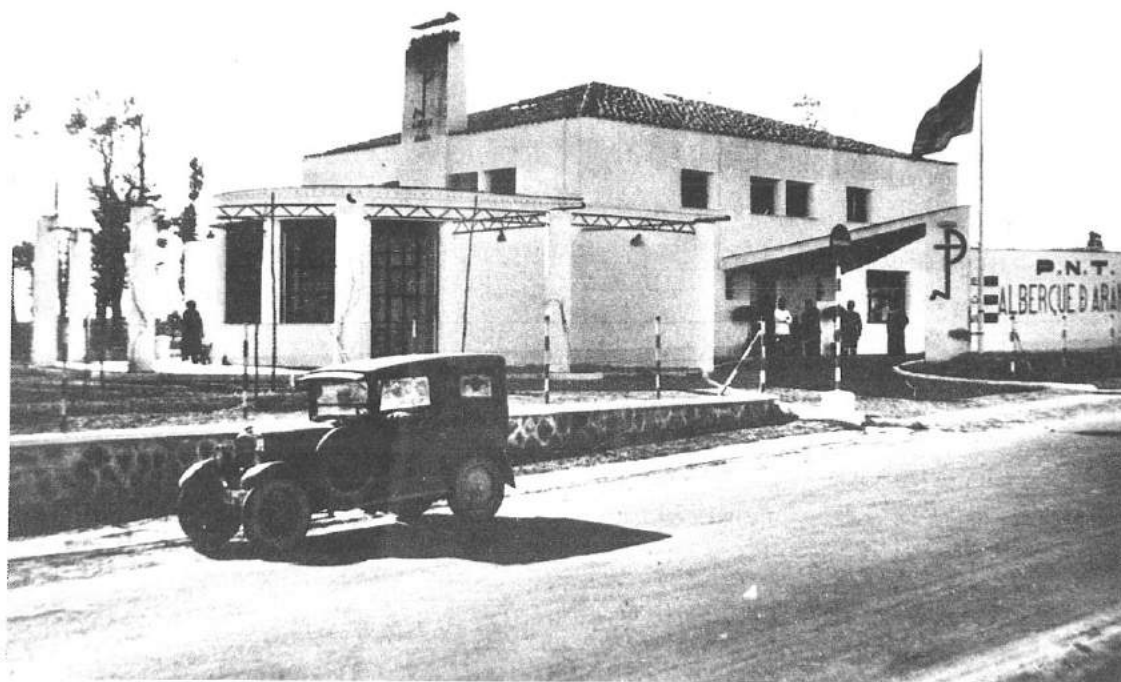
Calle San Francisco

España de 1940 hacía descendido al de 1914. Dionisio Ridruejo, un intelectual afecto al régimen, al menos durante sus primeros años, reconocía cómo los cuarenta estuvieron marcados por el dolor y la vejación, el hambre, el miedo, el salvoconducto de viaje y la cartilla de racionamiento.

Las *Comisiones Depuradoras de Cultura y Enseñanza* dirigidas por José M<sup>a</sup> Pemán expedientaron a

cuantos profesores, maestros de primeras letras, bibliotecarios y facultativos fueran declarados sospechosos de haber mancillado el buen nombre de la España imperial: traslados forzados, inhabilitaciones y separaciones del servicio que beneficiaron a muchos ex-combatientes con pocas luces. Unos 3.000 títulos de libros fueron prohibidos y reseñados en un inaudito *Índice* inquisitivo. Eran años





Albergue de Aranda. 1935

de una incultura dirigida hacia la exaltación de la raza, años de folklorismo, NODO, Flechas, Pelayos y Sección Femenina del Movimiento.

Las medidas proteccionistas adoptadas por los primeros gobiernos del general Franco permitirían crear industrias como la Azucarera, reforzando de paso la plantación de remolacha en toda la cuenca del Due-

ro. Tras la autocracia y el plan Marshall llegó la apertura al exterior y el despegue de fines de los cincuenta. Surgen fábricas de piensos compuestos y se intensifica la producción azucarera, apareciendo industrias lácteas, talleres de maquinaria agrícola y de confección y hasta un secadero de bacalao que rivalizaba con las espalderas de los de Agreda.



## EN UN SUSPIRO

Los tecnócratas de los planes de desarrollo tenían sus ideas al respecto y en 1964 inauguraban en Aranda un pomposo *Polígono de Descongestión de Madrid* -que a mí me suena a sumidero de la M-50- y surgían los barrios de Allendeduero y Santa Catalina.

Poco después aparecen empresas metalúrgicas, farmacéuticas y una gran industria de fabricación de neumáticos que proveía a todas las nacientes factorías automovilísticas del estado. Se suceden los *Festivales de la Canción del Duero*, se van alzando bloques de viviendas capaces de absorber el goteo de población que llega desde los núcleos rurales del entorno y se construyen equipamientos en las zonas de expansión urbana. Los labradores empezaron a experimentar lo del pluriempleo.

La otrora villa agrícola ha dado paso a las modernas industrias alimentarias sin tiempo para el respiro. Hoy por hoy Aranda resulta una de las más ruidosas villas del norte de España y el quinto centro fabril más importante de Castilla y León a la espera de una autovía que nos conecte con Valladolid.

Al filo de 1900 la Ribera tenía plantadas unas 27.000 hectáreas de viña, a inicios de la década de 1980 sólo 8.200. Cuando el abuso del granel estaba imponiendo calidades chuscas y rendimientos deficitarios una serie de

fenómenos invirtieron la caída en picado de la viticultura. En 1982 se creaba la denominación de origen *Ribera del Duero* y se apostaba por la introducción de variedades selectos y portainjertos más resistentes. Al poco la uva empezó a pagarse un 400 por ciento más, afluyen nuevos capitales y se crean un sinfín de nuevas bodegas que sepultan el modelo cooperativista asociativo. La producción anual andará ya cerca de los 20 millones de botellas -en toda la denominación- y a nadie se le ocurre arrancar las cepas para plantar remolacha.

Al precio que se está poniendo el vino -ni el gúisqui de malta- terminaremos por entrar en la órbita del lúpulo, del multienergético zumo de frutas y de la leche calcificada. Las generaciones venideras experimentarán venturosos incrementos en medias de altura y ordenadores personales *per capita* conectados al ciberespacio. Lo que no está tan claro es si la futura globalización dejará un rinconcito para el recuerdo, si la memoria varada no acabará inundada por el deshielo de los casquetes polares o si los rayos del sol no terminarán por magullar nuestras calvas, desprotegidas ya por la ausencia de aquellas tupidas boinas.

Puede que las imágenes fotográficas no coincidan con los recuerdos, a todos nos ocurre que de chavales las mismas calles nos parecían más anchas

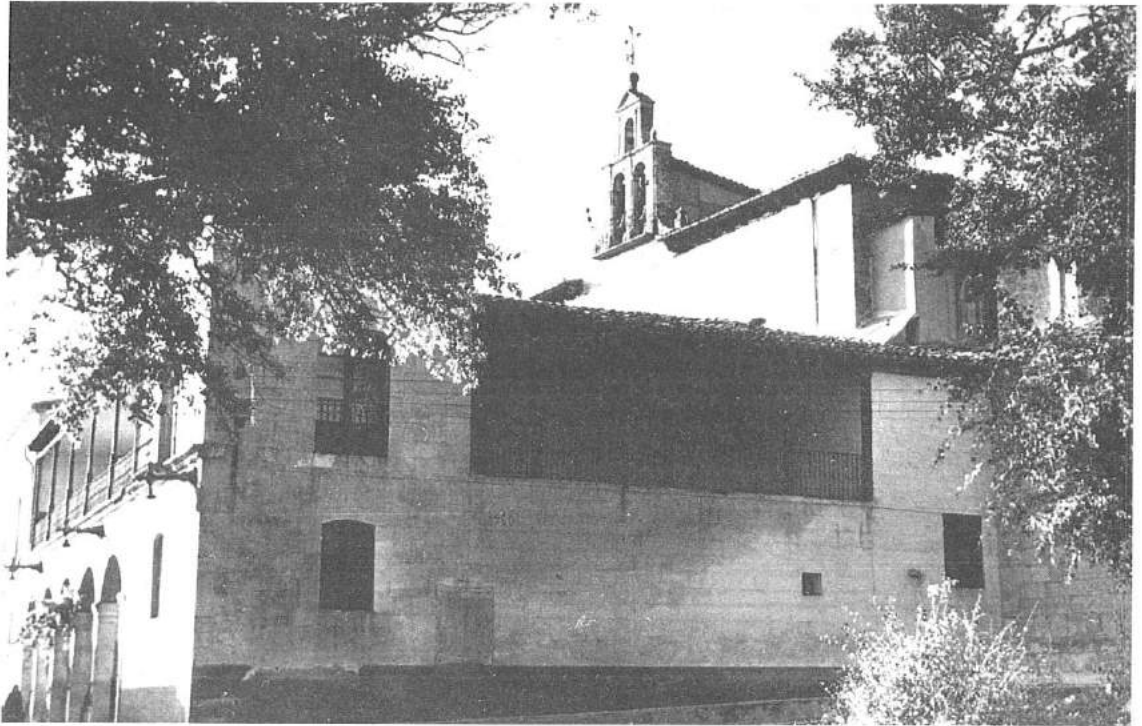
y los desplazamientos más largos. Luego llega la fotografía testimonial y se encarga de desbaratarlo todo, forzándonos a encajar las imágenes de la memoria entre los encorsetados clichés que se han conservado, como desaprensivos notarios de una historia ya esfumada. Pero no, no nos sentimos del todo partícipes de Baudelaire, quien acusó a la fotografía de corromper la memoria, como si esta fuera unitaria y lineal. Dragamos los silencios de unos años sumergidos y sólo nos reconocemos cuando acosamos a nuestros compañeros de viaje con un angustioso: ¿te acuerdas?. O mejor, cuando nos contemplamos ante el espejo, cada vez con menos pelo y más ojeras, con menos palabras y más miradas, tímidas, miopes y extraviadas, a sabiendas que cualquier día dejarán de existir.

Antonio Muñoz Molina sentía las viejas fotografías en blanco y negro a medio camino entre la brujería y la poesía. Pespuntes funerarios encerrando rostros de unos antepasados que se fueron a criar malvas y monumentos que ya no existen, ni siquiera en forma de lamentable ruina. Vaya, el colmo del espejismo y la aparición. Alguien se entretuvo en retratar la villa desde los muros más

altos del convento de dominicos que ya no existe, otros se aliaron con aguileñas avionetas que se fueron a la chatarra y el común en consignar bautizos, comuniones y bodas.

Pero de no ser por las fotos nuestra memoria sería mucho más endeble y quizás por eso estemos obligados a convivir con nuestros mudos fantasmas, a reconocerlos, a amarlos, ofreciéndoles un rinconcillo en los cajones de las cómodas, un abrigo en el interior de cajas de habanos y álbumes e incluso en las paredes de los museos, junto a otros ilustres espectros pintados, tejidos o cincelados que suelen tener mayores dimensiones.

No deseamos ser agoreros, pero desde los altos de Peñalba de Castro en atardecer de otoño se ven las cosas de otra manera. Tal vez terminemos como nuestros predecesores, deglutidos entre las mandíbulas de Cronos, que después del darse el banquete padre, se hurgaba entre las muelas con un mondadientes, escupiendo esquiras de décadas sobre un reloj de arena, modelando orondas pelotillas con migajas seculares y echando una milenaria siesta sobre un jergón de cimientos que ahora creemos indestructible. ¡Buen provecho!.



Ermita de la Virgen de las Viñas. Años 30



Este texto va acompañado de fotografías procedentes del archivo de Máximo López Sanz. Durante muchos años, fue recopilando un gran número de documentos gráficos de la más reciente historia de Aranda, gracias a la generosidad de muchas personas que deseaban que se conservasen todas estas fotografías, como testimonio de lo que fue nuestra villa. Su profesión de practicante, y el lógico trato diario con personas de avanzada edad, facilitó que todas estas fotografías se fuesen completando con distintos datos, que daban la oportunidad de recrear el legado sentimental de un pasado próximo y lejano al mismo tiempo.

El entusiasmo con el que se volcó durante miles de horas en este minucioso trabajo de recopilación y documentación, junto al deseo de hacer partícipes a todos los arandinos, le hizo colaborar en numerosas publicaciones hasta su muerte acaecida el 21 de diciembre de 1998. La familia de Máximo López ha querido que la colaboración en esta revista suponga una nueva contribución para que todos los arandinos quieran y conozcan mejor esta villa a través de su interesante pasado.

